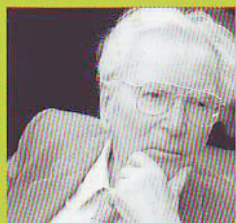
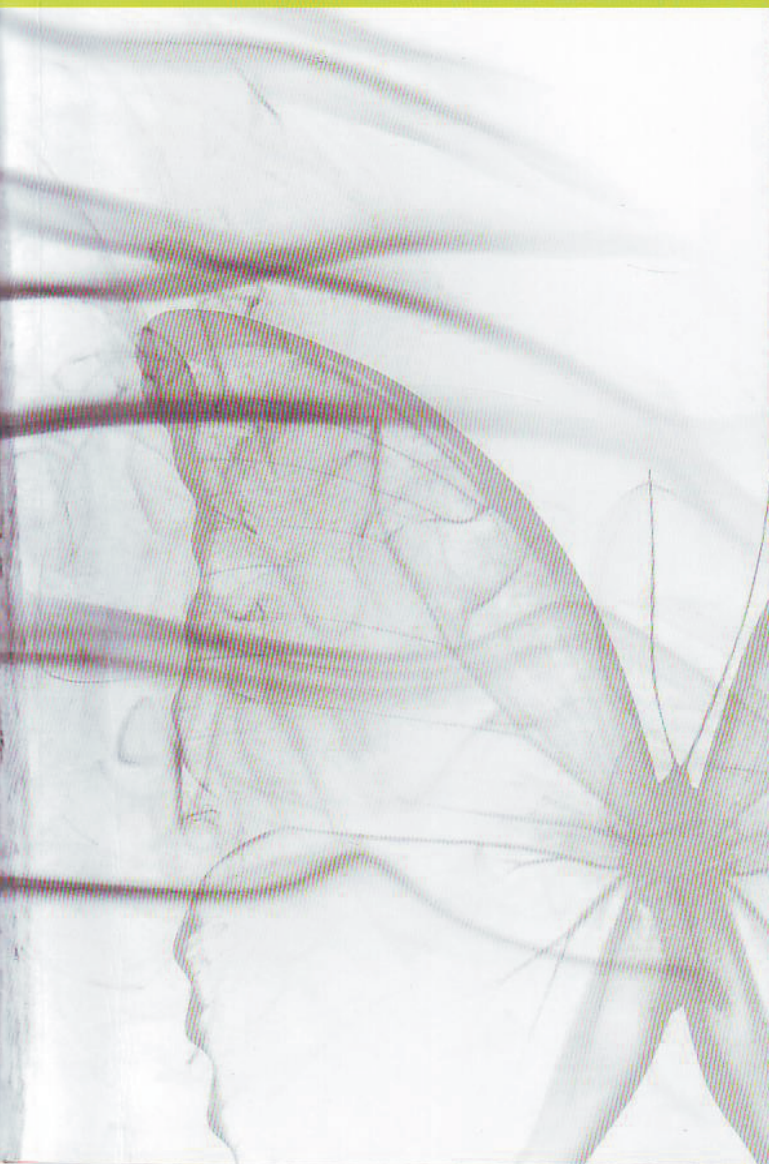


EL HOMBRE EN BUSCA DE SENTIDO



**VIKTOR
FRANKL**



Herder

EL HOMBRE EN BUSCA DE SENTIDO

VIKTOR FRANKL

EL HOMBRE
EN BUSCA DE SENTIDO

Traducción de
CHRISTINE KOPPLHUBER y
GABRIEL INSAUSTI HERRERO

Edición y prólogo de
JOSÉ BENIGNO FREIRE

Herder

Titulos originales: Ein Psychologe erlebt das Konzentrationslager

Man's Search for Meaning

From Death-Camp to Existentialism

Traducción: Christine Kopplhuber (del alemán) y Gabriel Insausti Herrero (del inglés)

Diseño de la cubierta: Ambar comunicació visual

© 1946, 1959, 1962, Viktor E. Frankl

© 1979, Herder Editorial, S.L., Barcelona

4ª impresión de la edición de 2004, completamente revisada y actualizada

ISBN: 978-84-254-2331-4

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Printer industria gráfica newco, s.l.

Depósito legal: B- 35.377-2008

Printed in Spain

Herder

www.herdereditorial.com

ÍNDICE

Prefacio de José Benigno Freire 9

EL HOMBRE EN BUSCA DE SENTIDO

UN PSICÓLOGO EN UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN ... 25

Primera fase: Internamiento en el campo 35

Segunda fase: La vida en el campo 49

Tercera fase: Después de la liberación 111

Apéndice

CONCEPTOS BÁSICOS DE LOGOTERAPIA 117

OTRAS OBRAS DE VIKTOR FRANKL 155

PREFACIO

Recordar la tragedia en su totalidad y en su conjunto, en lo genérico, siempre amortigua el impacto de la turbación y provoca cierta opacidad a la auténtica crueldad del holocausto. Al contemplar el cementerio de Auschwitz, con su inmensidad de hileras de tumbas en perfecta simetría, sólo parece albergar montañas de cadáveres apilados con cierta dignidad póstuma, tras una muerte (aparentemente) sin sentido. Sin embargo, si el espectador detiene la mirada y el corazón en cada una de aquellas tumbas, cambia completamente el paisaje de la abyección, porque le permite imaginar en cada hueco una vida malograda y frustrada: aquí quizás yacía una persona que, en plenitud del vigor y la creatividad, presentía una carrera profesional prestigiosa y útil...; aquí una madre muerta con el corazón dolorido por la suerte de unos hijuelos arrancados de un regazo aún fértil y acogedor...; allá –cercanos– un matrimonio que, tras sortear los múltiples avatares de una larga existencia, esperaba con sosiego el envejecer juntos...; más allá, a una joven le abortaron los sueños de un próximo matrimonio y de fundar una familia feliz...; más allá todavía, el cuerpo inerte de un niño o una niña que aún parece conservar, helada, una sonrisa ingenua nacida de una vitalidad en expansión... Si se suma el conjunto de ese dolor oculto y escondido, más la ignominia, se obtiene el genuino sufrimiento y la barbarie de los campos de concentración...

Una de aquella multitud de vidas rotas fue la de Viktor Emil Frankl (1905-1997).¹

Situémonos a principios de la década de los cuarenta del siglo pasado en la ciudad de Viena. En esos tiempos, Viena aún ejercía un señero influjo y romántico embrujo en los ambientes intelectuales de la época por su abrigo y mecenazgo en las artes y las letras, en la cultura. Aquella «Viena –nadie lo puede negar o menospreciar– era un foco excepcional de la cultura, las artes y el civismo europeos. Se ha dicho bien que Viena es el último esplendor del pasado» (L. Brajnovic). Y para un psiquiatra, además, Viena era el lugar de Sigmund Freud y de Alfred Adler.

Viktor Frankl se encontraba en la rampa de lanzamiento hacia una previsible brillante carrera profesional. Bien posicionado en los círculos médicos y con una incipiente pero prometedor consulta privada, acababa de ser nombrado director de la sección de Neurología del Hospital de Rothschild (1940), que atendía únicamente a pacientes judíos; aceptar ese nombramiento significaba, a todas luces, un desafío y una temeraria audacia, pues ya arreciaba la persecución nazi. Todavía resonaban en los cenáculos psiquiátricos, en medio de censuras y alabanzas, los ecos de las apasionadas disputas y controversias de aquel joven médico con las autoridades del momento: Freud y Adler. Esos desacuerdos, que conducían a una crítica-superación del psicoanálisis, y sus aportaciones personales para ofrecer una psicoterapia rehumanizada, los recogió en un manuscrito recién finalizado y ya en fase de encontrar editor. Esa obra reunía y compendia el estudio y la experiencia clínica de casi dos décadas. El ámbito de lo personal lo cubría un gratisimo, afectuoso y sereno ambiente familiar, de una familia de origen judío. A ese ambiente acogedoramente hoga-

¹ Para agilizar el texto de esta corta introducción omitiré las citas a pie de página; las palabras textuales de Frankl irán en cursiva. La casi totalidad de las referencias a la biografía de Frankl corresponden a uno de estos tres libros, o a los tres: Viktor E. Frankl, *Lo que no está escrito en mis libros*, San Pablo, Buenos Aires, 1997; Alfried Längle, *Viktor Frankl. Una biografía*, Herder, Barcelona, 2000; Haddon Klingberg Jr., *La llamada de la vida (la vida y la obra de Viktor Frankl)*, RBA, Barcelona, 2002.

reño de siempre se unió la feliz boda con la joven Tilly Grossner (diciembre de 1941).

La paz y el sosiego personal y familiar chocaba frontalmente con la situación de encrucijada social que se vivía en la calle. La invasión nazi provocó una aguda agitación social y política, y en lo cotidiano creó un clima de miedo y zozobra; los judíos se desenvolvían bajo el terror de la angustia y el futuro cercano se presagiaba aterrador. Ya había comenzado abiertamente la destrucción de sinagogas y el encarcelamiento, el confinamiento y la deportación de la población judía. Los Frankl, al comprender lo dramático de la situación, intentaron encontrar alguna solución. La única alternativa sensata parecía la huida. Stella, la hermana de Viktor, escapó a Australia. Su hermano intentó a la desesperada una salida hacia Italia como refugiado político; pero sus movimientos fueron descubiertos por los servicios de seguridad y lo confinaron, con su familia, en el campo de Auschwitz, y allí murieron.

Viktor Frankl consiguió un visado para emigrar a los Estados Unidos. Ese visado, además de eludir la persecución nazi, le brindaba la oportunidad de desarrollar y defender sus teorías psiquiátricas en un marco de mayor resonancia científica y cultural. Pero sus padres no lograron proveerse de una documentación que presentara alguna garantía para no correr el riesgo inminente de ser encarcelados o deportados. Además, ancianos ya, y sin la ayuda de ningún hijo, se quedarían ciertamente desvalidos...

La situación de sus padres planteaba a Viktor una difícil disyuntiva, una grave duda de conciencia: ¿debía atender a sus padres o proseguir una esperanzadora carrera?, ¿asegurar su reciente matrimonio o ayudar a su familia en su incierta suerte? El visado ofrecía un caminar exitoso en lo profesional y en lo personal, pero en Viena quedaba el inminente y seguro riesgo de la deportación de sus padres a un campo de concentración...

Desconcertado e indeciso salió a caminar un rato con la intención de solucionar el dilema. El vagar errante le condujo hasta la catedral de San Esteban, mientras en el interior se escuchaba música de órgano. Le pareció un lugar propicio para reflexionar. Permaneció aproximadamente una hora, sosegado por la paz del ambiente pero con un íntimo desasosiego. No veía manera de encontrar

una salida cabal: «¿Cuál era mi responsabilidad? ¿Ocuparme de mi obra o cuidar de mis padres? ¡En un momento así, uno siempre espera una señal del cielo!».

Regresó a casa con una pesadumbre. Al entrar observó un pequeño pedazo de mármol sobre el aparador. Se dirigió a su padre:

«¿Qué es esto?»

«¿Esto? Oh, lo he levantado hoy de un montón de escombros, allí donde antes se encontraba la sinagoga que han quemado. El pedazo de mármol es una parte de las tablas de los mandamientos. Si te interesa puedo decirte también de cuál de los mandamientos es el signo en hebreo que se encuentra allí grabado. Porque sólo existe un mandamiento que lo lleva como inicial.»

«¿Cuál es?», le insistí a mi padre.

Entonces me dio la respuesta: «Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas por mucho tiempo en la tierra...».

Así es que me quedé *en la tierra...*, junto a mis padres, y dejé vencer la visa.

Dejó caducar el visado para los Estados Unidos y sucedió lo previsible: unas semanas después la familia Frankl fue deportada al completo. En Auschwitz se separó de su mujer, Tilly, de la que nada supo a lo largo del cautiverio. De su madre se despidió en el campo de Theresienstadt al presagiar una indefinida separación. Como un adiós reverente la pidió la bendición:

Nunca olvidaré cómo ella, con un grito que le brotaba de lo más profundo de su ser, y que sólo puedo calificar de fervoroso, dijo: «Sí, sí, yo te bendigo», y luego me dio la bendición.

Unos días antes presencié la agonía y muerte de su padre en el mismo campo de Theresienstadt. Con ochenta y un años de edad, totalmente desnutrido, los síntomas del edema pulmonar se acentuaron. Viktor Frankl, como médico, le notó la dificultad respiratoria extrema anterior a la muerte; en ese momento, para aliviarle el angustioso dolor, a modo de cuidado paliativo, le inyectó una ampolla de morfina que consiguió esconder de contrabando dentro del campo. Fue casi al amanecer, antes de partir para los trabajos forzados, cuando se entabló el último y escueto diálogo:

«¿Todavía tienes dolores?»

«No.»

«¿Tienes algún deseo?»

«No.»

«¿Me quieres decir alguna cosa?»

«No.»

Entonces lo besé y me fui. Sabía que no lo iba a volver a ver con vida. Pero tenía la sensación más maravillosa que uno puede imaginarse: había hecho lo mío, permaneciendo en Viena por mis padres, acompañando hasta la muerte y evitando un sufrimiento mortal innecesario a mi padre.

En breve tiempo se separó de los suyos, y nada más ingresar perdió el libro que abarcaba su largo quehacer profesional. Sucedió de una manera brusca y brutal, como era habitual en Auschwitz: rompieron el manuscrito en sus mismas narices acompañado de soeces improperios. Unos minutos después de este hiriente incidente le obligaron a deshacerse de sus ropas y, a cambio, recibió los harapos de un prisionero que habían enviado a la cámara de gas nada más poner los pies en la estación de Auschwitz.

En vez de las muchas páginas de mi manuscrito encontré en un bolsillo de la chaqueta que acababan de entregarme una sola página arrancada de un libro de oraciones en hebreo, que contenía la más importante oración judía, el Shemá Israel. ¿Cómo interpretar esa «coincidencia» sino como el desafío para vivir mis pensamientos en vez de limitarme a ponerlos en el papel?

En otras palabras, experimentó en su interior que todavía más importante que la publicación de la obra era realmente vivir, sufrir o morir según el espíritu que alentaba aquel libro. De ese modo, con ánimo de prueba, como muestra de la autenticidad de su psicología, encaró la dura experiencia de soportar el tormento de un campo de concentración, que él mismo denomina *experimentum crucis*.

Alcanzado este punto bien conviene interrumpir la narración de los hechos para formular un comentario pertinente. Uno de sus biógrafos, Alfried Längle, hace un especial hincapié en el posible peligro de desvirtuar la figura de Frankl si enfatizamos en demasía

los hechos heroicos que jalonan su vida: «Más allá de toda la veneración que merezca como hombre, y de todo el respeto que pueda sentirse por su contribución humana y científica, Frankl no debe ser eximido de la discusión crítica. Debe ser inteligible para nosotros, comprensible, tangible, y también debe poder llegar a ser piedra de escándalo y de contradicción. De este modo, su vida y su obra seguirán vivas entre nosotros y no estarán en las alturas de un pedestal, ajenos a la vida cotidiana, inalcanzables, expuestas sólo al polvo de la historia». Es cierto, algunos entusiastas de Frankl presentan a un hombre admirable, deslumbrante, pero difícilmente imitable; su vida heroica y excepcional se aleja tantísimo de las existencias comunes y normales que ni trasmite ni contagia ganas de vivir. Por supuesto que para hacerse imitable no es imprescindible que un hombre presente un lado oscuro y degradado en su existencia, pero sí resulta necesario percibir el ángulo frágil de su entereza... Rastreemos en ese ángulo frágil para hacer de Frankl un hombre admirable e imitable...

No es preciso desvelar algunos acontecimientos y decisiones de su vida que a cualquiera de nosotros nos gustaría que nuestros amigos cubrieran con el velo del silencio, nos basta y nos sobra con su sincera confesión a Haddon Klingberg, otro de sus biógrafos, reconociendo que en la juventud sufrió una larga crisis de nihilismo existencial y que no en todas las temporadas de su vida vivió de acuerdo a sus principios.

Nada más ingresar en Auschwitz, tras el incidente de la ruptura del manuscrito, le invadió la amarga sensación de que nada suyo le sobreviviría, ni un hijo físico ni un hijo espiritual. Esa turbadora sensación, más el presentimiento de las atrocidades por venir, le arrastraron hacia la idea del suicidio como liberación. Sin embargo, a pesar de ese desplome del ánimo, «durante la primera noche en el campo me conjuré conmigo mismo para no “lanzarme contra las alambradas” [suicidarse]. No resultaba tan difícil, en Auschwitz, tomar la decisión de no “lanzarme contra las alambradas”. En el fondo, tampoco tenía mucho sentido suicidarse, pues considerando con objetividad las circunstancias, y aplicando un simple cálculo de probabilidades, al prisionero medio le quedaban muy pocas expectativas de vida». El prisionero, como fruto del *shock* del internamien-

to, miraba a la muerte con un cierto desdén, con un horror atenuado y soportable, pues infundía un mayor pavor enfrentarse con aquella atrocidad de vida...

Una vida lastimera que los convirtió en unos «pellejos de hombre» cuyo único y exclusivo horizonte se limitaba a «salvar el pellejo». Extenuados, consumidos, harapientos, atestados de piojos, con edemas, enfermos, continuamente helados, con hambruna... Esas condiciones disculpan algunos comportamientos...:

...con un hambre atroz, yo mismo una vez, saqué, escarbando en la tierra congelada, un pequeñísimo pedazo de zanahoria con las uñas. En Kaufering, no me desnudé. En invierno, también dormíamos sobre el frío suelo con los zapatos puestos, sobre el piso de los barracones. Recuerdo cuánto disfrutaba de cada pequeña ración de calor. No tenía tiempo para ir a las letrinas, así que solía orinarme encima de la ropa y aprovechaba el calor que aquello me proporcionaba después de haber trabajado en el exterior, donde hacía un frío terrible. Incluso en la cola del rancho me orinaba encima como si escupiera en el té caliente...

Esa desgarradora situación también explica los profundos decaimientos del ánimo. Frankl cuenta que en el campo de Kaufering III le canjeó un cigarrillo por una sopa aguada –pero con aroma a caldo– a su amigo Benscher, futuro actor de televisión.

Mientras la tomaba a sorbos, me hablaba insistentemente, tratando de convencerme de que superara el estado de pesimismo que padecía en esa época. Éste era un sentimiento básico que pude observar en otros prisioneros, y que llevaba irremisiblemente al autoabandono y, en mayor o menor tiempo, a la muerte.

Otra vez la desesperanza, con la muerte como escape, inundó el psiquismo de Viktor Frankl... y, tiempo después, reconoció que Benscher, en aquella ocasión, le salvó la vida.

Y otra vez se sobrepuso. Es más, todavía –aletargados en su interior– le quedaron arrestos suficientes para reconstruir el manuscrito perdido el día del ingreso en Auschwitz. Sucedió cuando se encontraba en el pabellón de enfermos de tifus del campo de Türkheim. La alta fiebre podía provocar delirios, y sucumbir al delirio

era señal inequívoca de una muerte cercana. Para intentar sustraerse a los delirios, aprovechando la excitación febril y el agudo estado emocional, Frankl luchaba para permanecer despierto y durante dieciséis noches punteaba en unos diminutos trozos de papel, a oscuras y taquigráficamente, las palabras claves de aquel libro confiscado por los guardias de Auschwitz. Esperaba que aquellas notas le sirvieran de guión para rehacer el libro si alguna vez era liberado...

Y la liberación llegó el veintisiete de abril de 1945. Pero con la ansiada liberación no acabaron los sufrimientos. Se encontraba físicamente exhausto, psicológicamente quebradizo; necesitaba un cierto tiempo para cursar el tránsito hacia una vida normal tras los varios años de tensión almacenada y reprimida. El último día que permaneció en Múnich, antes de iniciar el regreso a Viena, se enteró con detalle de la muerte de su madre: no pasó la primera selección al ingresar en el campo de Birkenau y entró directamente en las cámaras de gas cuatro días después de la despedida y la entrañable bendición en el campo de Theresienstadt.

Pocos días después confirmó su atormentada sospecha: su mujer, de apenas veinticinco años, dejó la vida en Bergen-Belsen unos meses atrás. La afligida añoranza de su mujer despertó en Viktor Frankl otro inhumano recuerdo: al ingresar en el campo, su esposa estaba embarazada. Los nazis no permitían dar a luz a las mujeres judías. Por eso fue forzada a abortar. Antes de consumarse el aborto, su mujer y él decidieron dar nombre a la criatura: Harry o Marion, según hubiese nacido hombre o mujer. De ahí la aparentemente enigmática dedicatoria de su libro *Psicoterapia y humanismo*: «Para Harry o Marion, que no han nacido todavía».

La delicada salud y el decaído estado de ánimo malamente soportaron las crudas noticias y los sombríos recuerdos, Frankl se sintió tocar fondo afectivo y contempló de nuevo la posibilidad del suicidio...

Hasta el mes de agosto no llegó a Viena. En un rápido análisis de la situación, el balance era aterrador y desolador: sin familia, sin hogar ni cobijo, sin dinero, sin trabajo, casi sin conocidos... La mayoría de sus amigos no volvieron de los campos y los pocos que regresaron se hallaban en idénticas condiciones de precariedad; alguno de los que habían permanecido en Viena, y podían

tenderle una mano, empezaban a caer en desgracia por su pasado pro-nazi. Nada tenía, tan sólo la sombría pesadumbre de la soledad más absoluta.

Fue a desahogar su desesperado corazón con su amigo y vecino Paul Polak. Con él, al contar la muerte de sus padres y de su esposa, la pena contenida se desbordó y lloró y lloró, durante interminables horas. Al atardecer se les ocurrió visitar al doctor Tuchmann por si aún le quedaba algún margen de maniobra para recomendarle en algún trabajo. Tuchmann, con realismo, les advirtió que las posibilidades eran remotas y lejanas; no obstante, prometió tomarse el asunto con todo el interés. Frankl se derrumbó de tal forma que otra vez le rondó, como mosca pegajosa, la idea del suicidio o, al menos, se aferró al sueño nostálgico de una pronta muerte espontánea. A pesar de todo, decidió posponer el suicidio hasta terminar el libro que intentó reescribir en Auschwitz.

La tarea resultó más sencilla de lo previsible porque Paul Polak guardaba la copia del manuscrito que Frankl le había entregado en custodia, junto a otros útiles y recuerdos familiares, la noche anterior a su deportación. Entre aquellos apuntes taquigráficos del campo y la copia del manuscrito, pronto acabó la redacción definitiva de *Psicoanálisis y existencialismo*. También encontró un puesto de neurólogo, inicialmente provisional, que le procuró los recursos mínimos para alquilar una habitación y sobrevivir; además conoció a Eleonore Katharina Schwindt, una enfermera de ojos vivarachos y de una dulzura engatusante. En resumen, Frankl cobraba pausadamente vigor físico y psíquico; pero aún le faltaba un último esfuerzo para guardar las penas, en duermevela, entre las entretelas profundas de su intimidad.

El éxito de *Psicoanálisis y existencialismo* –tres ediciones en el mismo año– y una casi irrefrenable necesidad de catarsis emotiva y vivencial, animaron y empujaron a Frankl a liberar las recientes experiencias vividas en los campos de concentración, recogiendo-las en un escrito. Conviene retratar la escena. Debemos retroceder a una Viena sumida en la pobreza y afanada en la tarea de la reconstrucción (diciembre de 1945). Frankl vive en una habitación con unos pocos muebles cochambrosillos, luz escasa, y con las ventanas cerradas con tablones, a falta de cristales. Con la salud aún

por recomponer por el deterioro del cautiverio y con la afectividad a flor de piel, en un estado de intensa emoción por lo cercano de la traumática experiencia y la fuerte conmoción por la pérdida de sus seres más queridos. Recorre con pasos rápidos la habitación de extremo a extremo, y trabaja a un ritmo frenético, formulando y reformulando las frases con minuciosidad monacal hasta dar con la palabra correcta y adecuada. Por turnos, tres mujeres transcriben taquigráficamente aquel torrente de pensamientos dictados por Viktor Frankl. Tan sólo se paran cuando cae rendido e impotente en una silla, sollozando y sollozando; las taquígrafas respetan discretamente aquella erupción de emociones y sufrimientos. En nueve días la obra está concluida.

La historia de ese libro es sorprendente y apasionante. Apareció por primera vez en 1946 con el título *Ein Psychologe erlebt das Konzentrationslager* (*Un psicólogo en un campo de concentración*). La primera edición, de pocos ejemplares, se vendió con soltura. A tenor de las ventas, enseguida se publicó una segunda edición; pero esta vez no obtuvo el eco esperado y la mayoría de los ejemplares acabaron en saldos o en la guillotina. Frankl habló con su editor, Deuticke, sobre ese sonoro fracaso. Deuticke, para animarle y también para mostrarle los itinerarios caprichosos de ciertos libros, le contó el azaroso camino del hito del psicoanálisis, *La interpretación de los sueños*, que también pertenecía a su fondo editorial. En 1900 se había publicado una primera edición de mil ejemplares; cien se habían destinado a reseñas y, por tanto, sólo novecientos ejemplares habían salido a la venta. Éstos habían tardado en venderse... ¡diez años! En un primer momento, el libro no había tenido éxito comercial, pero se ve que a los lectores les había gustado el libro y ellos mismos lo habían promocionado boca a boca.

A pesar de la decepción de la publicación en alemán, la obra de Frankl se tradujo al inglés con escasísimo éxito (1955 y 1959) bajo el título *From Death-Camp to Existentialism* («Desde el campo de la muerte al existencialismo»). Sólo se vendieron unos cientos de copias, hasta el punto que la Beacon Press lo catalogó como un «libro enfermo», lo cual significa en el argot editorial que se trataba de un libro sin posibles lectores. Con esos antecedentes, el profesor Gordon Allport, en 1961, pidió a Gobin Stair, director de la

Beacon Press, que se hiciera cargo nuevamente de la publicación del libro. A regañadientes, la Beacon Press consideró prudente no enfadar a su autor estrella por aquellos tiempos, y se comprometió a editarlo con la condición de que Frankl añadiera a su relato autobiográfico una breve exposición de las nociones básicas de la logoterapia y del análisis existencial. De esta forma, el libro salió al mercado editorial con el nuevo título *Man's Search for Meaning (El hombre en busca de sentido)*. El éxito de esta edición resultó arrollador, hasta el punto de convertirse en modelo de las futuras ediciones, incluso de las traducciones a otros idiomas, y de hacer olvidar el título original del libro. *En el año 1963 se encargó la Washington Square Press de la edición tipo libro de bolsillo con el nuevo título Man's Search for Meaning y, a pesar de seguir ignorado por los grandes periódicos y revistas, los lectores comenzaron a recomendar el libro, uno al otro.*

A partir de ese momento se consumó como un rutilante éxito editorial. Giselher Guttman, Catedrático de Psicología General y Experimental de la Universidad de Viena, registró (en 1986) ciento cuarenta y nueve ediciones de *El hombre en busca de sentido*, en más de veinte idiomas y con unas ventas brutas superiores a los tres millones de ejemplares. En 1992 Frankl afirmó que en Estados Unidos esa obra superaba los nueve millones de ejemplares vendidos, en setenta y nueve ediciones.

La historia de este libro es ejemplarizante y paradójica de la relatividad del éxito: de «libro enfermo»... a ser declarado por la Library of Congress en Washington como uno de los diez libros de mayor influencia en América. De ser tratado con cierto desaliño y silencio en las asociaciones y revistas científicas, hasta ser catalogado por Karl Jaspers como «uno de los pocos grandes libros de la humanidad». Una opinión similar ya había sido aventurada por el profesor Allport en el prólogo de aquella primera exitosa edición: «Recomiendo calurosamente esta pequeña obra, por ser una joya de la narrativa dramática centrada en torno al más profundo de los problemas humanos. Su mérito es tanto literario como filosófico y ofrece una preciosa introducción al movimiento psicológico más importante de nuestro tiempo». Aunque quizá las últimas palabras supongan más una lisonja merecida que un juicio científico, no obstante, justo es reconocerlo, *El hombre en busca de sentido* merece ser inclui-

do en el catálogo de las obras clásicas que componen el patrimonio intelectual de la humanidad, tanto por la belleza de su literatura como por la profundidad de sus análisis psicológicos, pero especialmente por la sutileza de su acendrado humanismo al describir con precisión y ternura la capacidad de bondad o maldad que cabe en el corazón del hombre, en la libertad humana; la narración de una vivencia salvajemente dramática adquiere, por la mesura del juicio y la liviandad de la pluma, un insólito e inusual tono de comprensión y ternura. Narra los acontecimientos con la imparcialidad de un simple testigo, jamás en tono de juez. «Vale la pena leerlo todavía, porque no destila ni una gota del resentimiento o del espíritu de venganza, y ni siquiera del sadomasoquismo habituales en este tipo de literatura» (J. B. Torelló). En realidad, para un intelectual, *El hombre en busca de sentido* es un libro capaz de colmar la obra de toda una vida y labrarle una hornacina en la galería de la historia.

La apasionante trayectoria del libro nos oscureció la no menos apasionante vida de su autor. Retomamos los hechos en aquella lúgubre habitación en que dictó *El hombre en busca de sentido* en diciembre de 1945. Por mediación del doctor Tuchmann comienza su actividad profesional en la sección de neurología del Policlínico. Este trabajo, precario, le permite la raquílica holgura económica como para pasar, poco a poco, del alquiler de la habitación al piso entero, también para ir soñando con la boda con Eleonore Katharina, que se celebra a mediados de 1947. Al año siguiente obtiene la Cátedra de Neurología y Psiquiatría en el Ateneo Vienés y, a continuación, se doctora en Filosofía.

A partir de la década de 1950, la actividad y el prestigio profesional de Viktor Frankl en Austria, y en bastantes países centro-europeos, crece de manera gradual y paulatina. Contribuye a la expansión de ese prestigio, tanto profesional como personal, el rápido éxito de su libro *Psicoanálisis y existencialismo*, su fama de conferenciante ameno y ocurrente, y su gallarda y justa postura en no admitir la teoría de la «culpa colectiva», aunque el mantenerla le cuesta soportar fuertes presiones de grupos influyentes. Ese clima de figura controvertida apoya la notoriedad que le aporta su docencia en Psiquiatría y Neurología en la Universidad de Viena.

En la década de 1960, el nombre de Viktor Frankl adquiere resonancia mundial, tanto a nivel científico como de aceptación por parte del gran público. Esa explosión de su figura se debe, entre otros factores, al seminario que imparte en la Universidad de Harvard (1961) sobre los fundamentos antropológicos y la práctica y técnica clínica de la logoterapia, aceptando la invitación del profesor Gordon W. Allport. El proceso de la invitación a ese seminario esconde una historia de amistad sincera. Frankl tenía por costumbre enviar, en deferencia a su antigua amistad y magisterio, un ejemplar de todas sus publicaciones a Rudolf Allers, exiliado en los Estados Unidos. Allers jamás contestaba a estos envíos. Sin embargo, remitía esas publicaciones al profesor Allport, que en aquellos momentos gozaba de un inestimable prestigio nacional e internacional. Por la lectura de esas publicaciones, Allport conoció el talante científico de Frankl y lo invitó a su famosa cátedra.

Aquel seminario representa un punto de inflexión en la difusión del pensamiento y las obras de Viktor Frankl. Por sus aportaciones psicológicas y su bien ganada fama de orador profundo y ameno, se convierte en un conferenciante reclamado en todos los continentes y en diversidad de foros. A partir de esa época, los datos documentados de su currículum resultan abrumadores: treinta libros publicados, casi todos traducidos, al menos, a cuatro o cinco idiomas; ciento setenta y cinco visitas a distintas universidades de treinta y cuatro países; alienta, atiende y preside los nacientes institutos y fundaciones sobre logoterapia que se erigen en países de los cinco continentes; es nombrado director del Instituto de Logoterapia de la Universidad de San Diego (California) y profesor visitante de Harvard, Stanford, Pittsburgh, Filadelfia, Dallas; recibe la distinción del *Doctor Honoris Causa* por veintinueve universidades...

Y como la vida da muchas vueltas, con el tiempo Frankl alcanzó unas elevadas cotas profesionales, a pesar de perder, por piedad filial, aquella ventajosa ocasión para emigrar a Estados Unidos. El mismo Frankl es consciente de su carácter de encrucijada asentida:

Evidentemente el campo de concentración fue mi real prueba de madurez. No estuve obligado a presentarme —hubiese podido esca-

par de ello y emigrar a tiempo a Norteamérica. Hubiese podido desarrollar la logoterapia en América, pudiendo cumplir con la misión de mi vida, pero no lo hice. Y así llegué a Auschwitz.

También su vida pudo quedar desbaratada en cualquier rincón de cualquier campo, pero aun así supondría un buen salario existencial como recompensa del cumplimiento de los deberes de hijo. Frankl suele contar la historia de Janusz Korczak, el doctor polaco que dirigía un orfanato en Varsovia.

Korczak no es un tipo muy conocido, aunque está representado en una conmovedora estatua en Yad Vashem, en Jerusalén. En 1942 deportaron a sus huérfanos al campo de Treblinka, y a Korczak le ofrecieron la opción de quedarse. Desestimó la oferta y subió al tren que los deportaba, con dos pequeños huérfanos en sus brazos mientras les contaba historias alegres. Lo mataron por solidaridad con los huérfanos. En este caso, ese gran hombre no sobrevivió a causa de su sentido de la vida, murió por él. Otros héroes reales fueron asesinados por defender a un compañero, o por ocupar el lugar de otro recurso en la fila, o por negarse a cumplir una orden de las SS para agredir a otra persona, o por dar un trozo de pan a un niño hambriento. En cualquier caso, los prisioneros lo sabían muy bien: los mejores de entre nosotros no regresaron de los campos.

Auschwitz todavía reforzó en Frankl otra convicción, en forma de lección existencial: el valor madurativo del sufrimiento aceptado. El meollo de esa enseñanza se refleja bellamente en la película *La lista de Schindler*. Schindler y el oficial alemán del gueto parten desde la misma ambición desmedida y sin escrúpulos, con los mismos deseos de enriquecerse sin reparar en ningún medio, lícito o ilícito, humano o cruel. Los dos entran en contacto con la misma cruda realidad del sufrimiento de los judíos, comercian con las mismas personas y cometen idénticas barbaries. La cercanía de ese sufrimiento a uno, al oficial, le endurece el corazón hasta niveles inhumanos, mientras al otro, a Schindler, se le ablanda y enternece. No es el sufrimiento en sí mismo el que hace madurar al hombre, es el hombre el que da sentido al sufrimiento. Al final de la película, entre dramático y teatral, Schindler grita arrepentido por no haber sal-

vado otra vida, una vida más; daría cualquier cosa por salvar una sola vida... Las entrañas cuajadas en el sufrimiento se conmueven y compadecen ante el dolor de una persona, de cualquier persona. No es el horror del holocausto en su conjunto, es la suma incontable de millones de ilusiones truncadas, de amores vacíos, de dignidades abatidas, de tormentos sin sentido... los que conmueven a los hombres curtidos en el sufrimiento.

Y no fue un hombre, fueron... ¡millones! Aunque las cifras bailan según las distintas fuentes, los autores coinciden en señalar que el número de no-judíos muertos es superior al de los judíos, no obstante, se puede afirmar con rotundidad, y justicia, que el holocausto fue una persecución contra los judíos. Pero también perecieron católicos, cristianos, musulmanes... Frankl lo explicaba de una manera clara y concisa: «Como suelo decir: no todas las víctimas fueron judíos, pero todos los judíos fueron víctimas». No es lo mismo, por supuesto, ser católico que judío, sin embargo, en homenaje a *todas* las víctimas nos resultará fácil descubrir un punto de encuentro: ambos le rezamos al Dios de Abraham. Pues al Dios de Abraham, rico en misericordia, que devuelve bien por mal, humildemente le suplico que fecunde el bien que alimenta la lectura de este libro y se digne conceder una nueva primavera de paz a esta atribulada humanidad.

José Benigno Freire
Profesor de Psicología de la Personalidad
Departamento de Educación
Universidad de Navarra

EL HOMBRE
EN BUSCA DE SENTIDO

UN PSICÓLOGO EN UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN

A la memoria de mi madre

«Un psicólogo en un campo de concentración». Este libro no pretende presentar un informe sobre hechos y acontecimientos históricos, sino un relato de vivencias personales, unas experiencias vividas por millones de personas. Es la historia de un campo de concentración «vista desde dentro», contada por uno de sus supervivientes. No se detiene en detallar el interminable catálogo de las monstruosas atrocidades cometidas, que ya han sido suficiente y prolijamente descritas (aunque no siempre y todos las creyeran); más bien se detiene en narrar la otra lista interminable de los menudos tormentos diarios. O para decirlo en otras palabras, intenta dar respuesta a la siguiente pregunta: ¿Cómo afectaba el día a día en un campo de concentración en la mente, en la psicología, del prisionero medio?

La mayoría de los sucesos que aquí se describen ocurrieron en los pequeños campos¹ –donde se llevó a cabo la mayor parte del exterminio real–, y no en los campos grandes y famosos. Tampoco cuenta el testimonio del sufrimiento y la muerte de los héroes y los

¹ En el lenguaje coloquial se solía distinguir: *Konzentrationslager* («campo de concentración», en general); *Vernichtungslager* («campo de exterminio»); *Arbeitslager* («campo de trabajos forzados»); *Zeltlager* («campo con tiendas de campaña»); *Kleinlager* («campo pequeño»); *Einsatzgruppen* («escuadrones de la muerte itinerantes», que generalmente operaban en los guetos). (*N. del E.*)

mártires, ni de los prisioneros con renombre, ni la crueldad de los *kapos*² –prisioneros que disfrutaban de privilegios especiales por gozar de la confianza de los guardias de las SS. Por lo tanto, nos ocuparemos de los sacrificios, los tormentos y la muerte de la incontable legión de víctimas anónimas y olvidadas, y relegaremos a un segundo plano el dolor de los poderosos. El relato se acerca a los prisioneros corrientes y molientes, aquellos sin ningún brazalete distintivo en sus mangas, los que exasperaban el desprecio de los *kapos*. Mientras esos simples prisioneros no tenían nada o casi nada que llevarse a la boca, los *kapos* jamás pasaban hambre; de hecho, muchos *kapos* disfrutaban de mayor fortuna en su estancia en el campo que en el resto de sus vidas, tanto antes como después del cautiverio. A menudo trataban a los prisioneros con mayor crueldad que los propios guardianes, y los golpeaban con más saña que los hombres de las SS. A nadie le extrañaba esa conducta, pues los *kapos* eran escogidos entre los prisioneros cuyo carácter y actitud presagiaban este tipo de comportamientos, y en el caso de no cumplir esas expectativas, inmediatamente eran degradados de sus funciones. En poco tiempo se convirtieron en una réplica de los guardias del campo y de los miembros de las SS, hasta el punto de poderlos incluir en su mismo perfil psicológico.

SELECCIÓN ACTIVA Y PASIVA

Las personas que jamás han pisado un *Lager*³ tienden a forjarse una idea distorsionada y equivocada de la auténtica vida en un campo de concentración, porque recubren las realidades diarias con un velo,

² Es la abreviatura de *Kameradenpolizei*. Nombre que se daba en los *lager* a los presos, generalmente comunes, que gozaban de la confianza de los alemanes y con los cuales colaboraban en las tareas represivas y de control, siendo recompensados por ellos con ciertos privilegios. (N. del E.)

³ *Lager*, en alemán, significa «campamento», entre otras cosas. Después de la II Guerra Mundial, y tras los horrores del nazismo, es muy frecuente que se utilice en este contexto con el sentido peyorativo y designativo de «campos de concentración nazis». (N. del E.)

mezcla de sentimentalismo y compasión. Desconocen por completo la dura batalla por la supervivencia que se entablaba entre los prisioneros, de manera especial en los campos más pequeños: la lucha inexorable por el trozo de pan de cada día, por salvar la propia vida o la de un buen amigo. Pongamos un ejemplo: con monótona frecuencia se anunciaba oficialmente el traslado de algunos internos a otro campo de concentración. Con la experiencia del *lager* resultaba fácil adivinar el destino final de esos prisioneros: la cámara de gas. Para el traslado se seleccionaba a los más débiles o enfermos, a los incapacitados para el trabajo, y se les enviaba a alguno de los campos centrales equipados con cámaras de gas y crematorios. El anuncio de la selección significaba el pistoletazo de salida para una encarnizada lucha entre los prisioneros, o entre diversos grupos, para conseguir, a cualquier precio, tachar de las listas de las víctimas de la deportación el propio nombre o el de un amigo. Aunque todos éramos conscientes que deberíamos encontrar otra víctima para cubrir cada número borrado de la lista, es decir, por cada hombre salvado del viaje. Allí nadie vivía sin que otro muriera...

En efecto, a las autoridades del *lager* únicamente les interesaba cubrir en cada traslado el número previsto de viajeros. Quiénes lo formarían era algo accidental. En realidad a los prisioneros se les consideraba un número, y así constaban en las listas. En el momento del ingreso –al menos así se procedía en Auschwitz– los despojaban de todas las pertenencias, incluidos los documentos personales, circunstancia que aprovecharon algunos prisioneros para adoptar un nombre o una profesión falsos. A los oficiales y a los funcionarios del campo sólo les importaba el número del prisionero, un número que generalmente le tatuaban en la piel y, además, le obligaban a coser en la pernera de sus pantalones, en su chaqueta y en su abrigo.⁴ Los guardias jamás preguntaban por el nombre de nadie; si querían presentar alguna queja sobre un prisionero –casi siempre por «pereza» en su trabajo– les bastaba con echar una ojeada al número (¡cómo temíamos esas miradas por sus posibles consecuencias!) y apuntarlo en su libreta.

⁴ En la jerga del *lager* se le conocía como *himmlische Telefonnummer*, que se deja traducir como «número de teléfono celestial». (*N. del E.*)

Volvamos al convoy a punto de salir. En esa situación no teníamos tiempo ni ganas para consideraciones abstractas sobre ética o moral. Cada uno de nosotros se aferraba a un pensamiento casi obsesivo: permanecer vivo para regresar al lado de los familiares, y proteger a algún amigo. En esas extremas condiciones, nadie dudaba en arreglar las cosas de forma que otro prisionero, otro «número», ocupara su puesto en el traslado.

Como ya hemos dicho, el proceso de selección de los *kapos* era de tipo negativo: se escogía para este encargo exclusivamente a los prisioneros más brutales (aunque, por suerte, se produjeron unas pocas y felices excepciones). Además de esta selección de los *kapos* por las SS, que podríamos denominar «activa», también se producía un continuo proceso de autoselección –«pasiva»– entre los internados en el campo. Por lo general, sólo solían sobrevivir aquellos prisioneros que, endurecidos quizá por el deambular durante años de campo en campo, y en la lucha por la supervivencia, perdían todos los escrúpulos; aquellos que, con tal de salvarse, eran capaces de emplear cualquier medio, honesto o menos honesto, incluida la fuerza bruta, el robo o la traición a sus compañeros. Después de todo lo visto y vivido, los escasos afortunados que regresamos de allí, gracias a una cadena inexplicable de fortuitas casualidades o de auténticos milagros –cada cual llámelo como quiera–, estamos férreamente convencidos de lo siguiente: *los mejores de entre nosotros no regresaron a casa.*

EL INFORME DEL PRISIONERO N° 119.104: UN ENSAYO PSICOLÓGICO

Resulta importante resaltar y recalcar que este texto, el informe del prisionero n° 119.104, no pretende contar mis vivencias personales en el campo de concentración. Mi intención es describir, desde mi experiencia y mi perspectiva de psiquiatra, cómo el prisionero normal vivía la vida en el campo y cómo esa vida influía en su psicología. Al procurar describir la psicología del prisionero medio, desde el ángulo de la profesión psiquiátrica, resulta conveniente mencionar –no sin un cierto orgullo– que yo fui un preso ordinario, no trabajé como psiquiatra en los campos, ni tampoco como médico, a excepción de las últimas semanas anteriores a la liberación. Otros colegas, pocos, tuvieron la suerte de ser reclutados para aplicar vendajes de papel en improvisados y rudimentarios puestos de primeros auxilios, disfrutando con ello de la leve ventaja de calentarse con algo de calefacción. Yo permanecí la mayor parte de mi internamiento cavando y tendiendo traviesas para el ferrocarril. En cierta ocasión se me asignó la tarea de cavar un túnel por debajo de una carretera, sin ninguna ayuda, para pasar una tubería. Este trabajo me reportó una gustosa recompensa: dos «cupones de regalo» que recibí justo antes de las Navidades de 1944. La empresa constructora pagaba a las autoridades del *lager* un precio fijo por día y prisionero, pues prácticamente nos habían vendido como esclavos. A nosotros nos entregaban «cupones de regalo», que a la empresa le representaban un costo de unos cincuenta *pfennig*

cada uno. Los cupones constituían un capitalpreciado, porque se podían canjear por cigarrillos: un cupón equivalía a seis cigarrillos. Este trueque, que siempre se realizaba unas semanas después, corría el previsible riesgo de la caducidad del cupón. De ese modo me convertí en un afortunado propietario de doce cigarrillos, y esos valiosísimos cigarrillos se cambiaban por doce raciones de sopa, y esas doce raciones de sopa representaban un verdadero alivio para el hambre durante un par de semanas.

Los internos comunes jamás fumábamos los cigarrillos ganados: se cambiaban por alimentos. El privilegio de fumar estaba reservado a los *kapos*, con su cuota semanal asegurada; a veces, también algún prisionero que trabajaba como capataz en un almacén o taller y recibía cigarrillos como compensación por realizar tareas peligrosas. ¡Si un interno se fumaba sus propios cigarrillos evidenciaba un muy mal presagio! Significaba un síntoma inequívoco de la pérdida de su voluntad de vivir y un abandono fatalista para «disfrutar» al máximo de los pequeños placeres en los últimos días de vida. Señal, además, de haber renunciado a la lucha por la supervivencia, y una vez perdida la voluntad de vivir, raramente se recuperaba.

Ya se ha publicado una abundante literatura acerca de los campos de concentración. Este ensayo pretende dibujar un ángulo concreto, quizá menos tratado: describir las experiencias como vivencias concretas de un ser humano, penetrar y delinear la precisa naturaleza psicológica de esas vivencias. A los (pocos) liberados de los campos intentamos explicarles esas experiencias a la luz de los conocimientos psicológicos actuales. Y a los que nunca pisaron un campo, quizá les ayudemos a entender las atroces vivencias de los internos y, lo que resulta todavía más difícil, comprender la postura frente a la vida de los supervivientes. Consiste en hacerles *comprensible* a los segundos lo que para los primeros es *explicable*. . . Con frecuencia solemos escuchar estas palabras a los antiguos prisioneros: «No nos gusta hablar de nuestras experiencias. Los supervivientes no necesitan ninguna explicación. Y los otros no comprenderán cómo nos sentíamos entonces ni cómo nos sentimos ahora».

El empeño por una presentación sistemática del tema es difícil, pues la psicología, como toda ciencia, precisa un cierto distanciamiento (afectivo) de los hechos. ¿Acaso puedo conseguir ese dis-

tanciamiento siendo, al mismo tiempo, observador y cautivo? Una persona ajena a los campos podría lograr ese distanciamiento afectivo, pero ese mismo alejamiento quizá le impida formarse una idea aproximada de la realidad –subjetiva– de los hechos. Tal vez sólo el hombre que ha sentido en su propia carne aquellas atrocidades se encuentre en condiciones de acercarse a las genuinas vivencias de los internados. Es muy probable, incluso lógico e inevitable, que sus valoraciones y sus juicios pequen de subjetivismo, y realice evaluaciones desproporcionadas o distorsionadas. Una obra como ésta ha de esforzarse al máximo para superar el posible subjetivismo, y al mismo tiempo, tener el coraje para contar con sencillez experiencias muy íntimas, muy personales. En último extremo, el auténtico peligro de un ensayo de este tipo no radica tanto en que reciba un enfoque personal (subjetivo), cuanto que se escriba con un tinte tendencioso.

Aun contando con el casi inevitable riesgo del personalismo, presentamos este texto a otros autores para que ellos lo despersonalicen y obtengan así teorías objetivas a partir de nuestras experiencias subjetivas. Unas teorías capaces de aportar conocimientos nuevos a la psicología o la psicopatología de la vida en cautiverio, cuyas investigaciones se iniciaron en la I Guerra Mundial con la descripción del «síndrome de la alambrada de púas». La II Guerra Mundial aportó el enriquecimiento de los conocimientos sobre la «psicopatología de las masas» (si se me permite parafrasear el título de un libro de LeBon), pues nos regaló la guerra de nervios y las vivencias indelebles de los campos de concentración.

Para finalizar desearía dejar constancia de mi intención, y mi propósito, de publicar este libro de una manera anónima, firmándolo únicamente con mi número de prisionero. A ello me impulsó la repugnancia al exhibicionismo. Sin embargo, una vez terminada la redacción del manuscrito, me convencieron de la escasa fuerza de una edición anónima,⁵ pues en este tipo de testimonios la valentía de la confesión personal aumenta el valor de los hechos.

⁵ De hecho, en la primera edición alemana, el nombre de Viktor Frankl no aparece en la portada, sí en el interior del libro. (*N. del E.*)

Por esta razón decidí expresar abiertamente y con franqueza mis convicciones, y mantener alguno de los pasajes más íntimos, venciendo mi natural resistencia al exhibicionismo.

PRIMERA FASE

INTERNAMIENTO EN EL CAMPO

Al estudiar e intentar sistematizar la abundante literatura acumulada por las observaciones y experiencias de los confinados en los campos de concentración, podríamos distinguir tres fases en la psicología de los prisioneros: una primera fase que sigue inmediatamente a su internamiento, una fase de adaptación a la vida del campo, y una tercera que comienza con la liberación.

ESTACIÓN DE FERROCARRIL DE AUSCHWITZ

El síntoma característico de la primera fase es un *shock* agudo e intenso. Bajo ciertas condiciones, ese *shock* inicial puede presentarse antes de la entrada formal del recluso en el campo. Ofreceré, a modo de ejemplo, las circunstancias de mi propio internamiento.

Mil quinientas personas viajamos en tren durante varios días, y sus correspondientes noches. Cada vagón lo abarrotaban ochenta personas tumbadas encima de su equipaje, lo poco que conservábamos de nuestras pertenencias. Del espacio interior de los coches, tan repletos de gente, sólo quedaba libre la parte superior de las ventanillas, por donde pasaba la claridad grisácea del amanecer. Todos creíamos, y anhelábamos, que nuestro destino sería una fábrica de municiones, pues allí nos emplearían sencillamente como trabajadores forzados. Desconocíamos nuestra situación, no sabíamos

si todavía permanecíamos en Silesia o si ya habíamos entrado en Polonia. El silbato de la locomotora sonó con un aire misterioso, parecía lanzar un contenido lamento en consideración al grupo de infelices pasajeros abocados a un destino de perdición. Entonces el tren realizó una maniobra y aminoró la marcha, sin duda nos aproximábamos a una estación. De repente, de la garganta de los pasajeros se escapó un grito angustiado: «¡Hay una señal que dice *Auschwitz!*!». Al oírlo todos sintieron paralizárseles el corazón. Ese nombre evocaba las mayores atrocidades que cabía esperar: cámaras de gas, hornos crematorios y el exterminio. El tren avanzaba lentamente, vacilante, como si quisiera evitar, el mayor tiempo posible, que sus pasajeros constatasen la cruda realidad: ¡Auschwitz!

Poco a poco la claridad de la mañana permitía distinguir los contornos de un inmenso campo: kilómetros de cerca con varias hileras de alambre de espino; las torres de vigilancia; los potentes focos; y las interminables filas de andrajosas y harapientas figuras humanas, grises bajo la luz gris del crepúsculo, arrastrándose por caminos desolados hacia un destino incierto. De cuando en cuando se escuchaban voces aisladas y algún silbato marcando una orden, aunque nosotros ignorábamos su significado. Mi imaginación dolorida me hacía ver cadalsos con cuerpos oscilando siniestramente colgados de una cuerda. Me estremecí de horror; sin embargo, la realidad no era inferior a lo imaginado: paso a paso, segundo a segundo, deberíamos acostumbrarnos a aquella terrible e inmensa atrocidad.

Por fin nos detuvimos en la estación. El silencio inicial se rasgó por las estridentes voces de mando: a partir de entonces escucharíamos continuamente esos gritos chillones y bruscos en todos los campos. Su sonido se asemejaba al último llanto de una víctima, con una diferencia: tenía un deje áspero, como si procediera de la garganta de un hombre obligado a gritar sin interrupción, un hombre al que asesinaran una y otra vez, de forma interminable. Las portezuelas del vagón se abrieron de golpe y fuimos recibidos con un ligero alborozo por un pequeño destacamento de reclusos. Vestían el típico traje a rayas y sus cabezas estaban rapadas, pero parecían bien alimentados. Hablaban en todas las lenguas europeas imaginables y se expresaban con un cierto toque de humor o jovialidad, lo cual sonaba grotesco en aquellas circunstancias. Como

quien se agarra a un clavo ardiendo, con mi innato optimismo (que tantas veces me ha ayudado a controlar mis sentimientos, incluso en las situaciones más desesperadas) me aferré a esta idea: estos prisioneros tienen buen aspecto, parecen gozar de buen humor e incluso ríen. ¿Quién sabe? Quizá yo pueda llegar a ser uno de ellos...

La psiquiatría conoce un estado de ánimo denominado la «ilusión del indulto». La «ilusión del indulto» es un mecanismo de amortiguación interna percibido por los condenados a muerte justo antes de su ejecución; en ese momento conciben la infundada esperanza –sin apoyatura en ningún dato real– de ser indultados en el último minuto. También nosotros nos agarramos a una tenue esperanza y hasta el final, frente a la evidencia misma, pensábamos que aquello no sería tan cruel. Alentaban nuestras ilusiones las caras mofletudas y las mejillas sonrosadas de los reclusos encargados de recibirnos. Por aquel entonces desconocíamos que formaban un grupo especialmente seleccionado para servir de comité de recepción a las diarias remesas de prisioneros llegados a la estación. Durante años acogieron a los recién llegados y se ocuparon también de sus equipajes, aquellos escuálidos equipajes con unas pocas pertenencias y, a lo sumo, alguna joya lo suficientemente bien camuflada como para superar los controles previos. Auschwitz seguramente era un lugar insólito en aquella Europa de los últimos años de la guerra: en sus almacenes rebosaba un tesoro impensable de oro, plata, platino y diamantes, sin contar lo incautado por las propias SS y los reclusos de la brigada de recepción.

Metieron a unas mil cien personas en una barraca acomodada para albergar a unas doscientas como máximo, mientras esperábamos el traslado a otros campos más pequeños. Tiritando de frío y hambrientos, sin un mínimo espacio para sentarnos en cuclillas, y menos para tumbarnos. Un trozo de pan de unos ciento cincuenta gramos fue nuestro único alimento durante cuatro días. En esas duras circunstancias escuché a uno de los prisioneros veteranos, encargado de custodiar el barracón, regatear con un miembro del comité de recepción por un alfiler de corbata de platino y diamantes. Al final, casi todas las ganancias se convertían en tragos de aguardiente. No recuerdo ya cuántos miles de marcos se necesitaban para comprar la cantidad suficiente de aguardiente como para darse el lujo de

pasar una «tarde alegre». Pero si sé que los veteranos dependían de esas bocanadas de aguardiente. ¿Quién podría reprocharles que intentaran amortiguar la conciencia con la modorra del exceso de alcohol? También otro grupo disfrutaba de aguardiente en cantidades ilimitadas, suministradas directamente por las SS: los hombres obligados a trabajar en las cámaras de gas y en los crematorios; esos prisioneros vivían con el continuo ahogo interior de saber que cualquier día serían relevados por otra remesa, y así abandonarían el papel de verdugos para convertirse ellos mismos en víctimas.

LA PRIMERA SELECCIÓN

La mayoría de las personas de mi expedición todavía se encontraban bajo los efectos de la «ilusión del indulto»; no perdían la esperanza de ser liberados de inmediato o, al menos, imaginaban que aquello iba a terminar muy bien. Éramos incapaces de captar la auténtica realidad de nuestra condición y se nos escapaba el significado de los acontecimientos. Como muestra de ello expongo la siguiente escena (hasta la tarde no comprendimos su verdadero sentido): nos ordenaron dejar el equipaje en el tren y formar en dos filas, una de mujeres y otra de hombres, para desfilas ante un oficial de las SS de alta graduación. Por increíble que parezca, tuve la osadía de esconder mi macuto debajo del abrigo. Mi fila pasó ante el oficial, uno a uno. Me di cuenta del peligro que corría si el oficial descubría mi saco escondido. Como mínimo me derribaría de un bofetón, de lo cual ya tenía constancia y experiencia propia... Instintivamente, al acercarme a él, adopté una postura erguida para disimular la pesada carga. Ahora lo tenía frente a frente. Era un hombre alto y delgado, vestido con un uniforme impecable y reluciente que le sentaba perfectamente. Ese porte elegante y atildado contrastaba bruscamente con nuestro aspecto sucio y mugriento después de semejante viaje. Había adoptado una posición aparentemente relajada, sujetándose el codo derecho con la mano izquierda. Movía con parsimonia el dedo índice de su mano derecha hacia un lado o hacia el otro, hacia la derecha o hacia la izquierda. En aquellos momentos ignorábamos completamente el siniestro significado

de aquel leve movimiento de su dedo: apuntaba unas veces a la izquierda y otras a la derecha, con mayor frecuencia a la derecha...

Llegó mi turno. Alguien me susurró que la derecha («desde el punto de vista del espectador»)⁶ implicaba trabajos forzados, mientras el camino de la izquierda se reservaba para los enfermos e incapaces, a quienes trasladarían a un campo especial. Me abandoné sin resistencia al curso de los acontecimientos; un comportamiento que repetí en varias ocasiones durante mi internamiento. El peso del macuto me forzaba a ladearme un poco hacia el lado izquierdo, pero me esforcé por caminar brioso. El hombre de las SS me escudriñó de arriba abajo, pareció dudar y puso sus manos sobre mis hombros. Intenté con todas mis fuerzas mantenerme firme y aparentar capacidad para trabajar. Me hizo girar hacia la derecha y yo me encaminé en aquella dirección.

Al atardecer nos explicaron el significado del «juego del dedo». Se trataba de la primera selección, el primer veredicto sobre nuestra aniquilación o nuestra supervivencia. Para la gran mayoría de nuestra expedición, cerca de un noventa por ciento, significó la muerte, cuya sentencia se ejecutaría a las pocas horas. Los de la izquierda pasaron directamente de la estación al crematorio. Ese edificio, según me contó un recluso que trabajaba allí, lucía sobre sus puertas la palabra «baño», escrita en varios idiomas europeos. Al entrar se le entregaba a cada prisionero una pastilla de jabón, y después... Gracias a Dios no necesito contar lo que sucedía después. Muchos han escrito ya sobre tan terrible horror.

Los pocos que nos habíamos salvado, del numeroso grupo inicial, conocimos la verdad aquella misma noche. Pregunté a los reclusos antiguos si sabían el posible paradero de mi amigo y colega P.

«¿Lo enviaron hacia la izquierda?»

«Sí», contesté.

«Entonces ahí lo tienes», fue la respuesta.

«¿Dónde?» Su mano señaló una chimenea, situada a unos cientos de metros de nosotros, que escupía una llamarada de fuego al cielo gris de Polonia; esa llamarada se disolvía en una siniestra nube de humo.

⁶ Obsérvese que el texto juega con dos posiciones distintas de observación: desde el oficial y desde el espectador. (*N. del E.*)

«Allí flota tú amigo elevándose hacia el cielo», contestaron con brusquedad. Aun así no alcancé a comprender del todo sus palabras. Tuvieron que revelarme y explicarme la verdad en toda su crudeza.

Me parece que estoy relatando los acontecimientos con demasiada rapidez. Psicológicamente se produjo un largo proceso, un muy largo y lento proceso, desde ese amanecer en la estación hasta la primera noche de descanso en el campo. Escoltados por los guardas de las SS, con sus pesados fusiles dispuestos a disparar, nos hicieron recorrer a paso ligero el trayecto entre la estación y el pabellón de desinfección, atravesando el campo y la alambrada electrificada. Para los pocos que superamos la primera selección sí resultó un auténtico baño. Con lo cual se alimentó nuestra esperanza de sobrevivir. Además, los hombres de las SS parecían casi encantadores. Enseguida descubrimos la razón: se comportaban de un modo amable con nosotros mientras conserváramos los relojes de pulsera, para intentar persuadirnos, con buenos modales, para que se los entregáramos. ¿Acaso no nos habían quitado todas nuestras pertenencias? ¿Por qué no entregar lo último –el reloj– a aquellas personas relativamente agradables y educadas? Por otro lado, quizás algún día surgiría la ocasión propicia para devolvernos el favor...

DESINFECCIÓN

Esperamos en un cobertizo que parecía ser la antesala de la cámara de desinfección. Aparecieron los hombres de las SS y extendieron sobre el suelo unas mantas para que depositáramos todos nuestros objetos de valor, relojes y joyas. Para regocijo de los reclusos veteranos, ayudantes de los guardias, aún quedaban entre nosotros algunos ingenuos que preguntaban si podían conservar el anillo de boda, una medalla o algún amuleto de oro. Todavía no nos entraba en la cabeza que nos quitarían todo, absolutamente todo.

Intenté ganarme la confianza de uno de los prisioneros de más edad. Me acerqué a él con sigilo y cautela, señalé el fajo de papeles ocultos en el bolsillo interior de mi abrigo y dije: «Mira, es el manuscrito de un libro científico. Bien sé lo que me vas a responder: debería estar muy satisfecho con salvar la vida; en estas

condiciones nada más debo esperar del destino. Pero siento una fuerza irresistible, superior a mí: quiero conservar este manuscrito cueste lo que cueste, contiene el trabajo de toda mi vida. ¿Lo entiendes?». Sí, empezaba a comprender. Lentamente una sonrisa se dibujó en su rostro, al principio de compasión, a continuación se mostró divertido, burlón, insultante, hasta que rugió una palabra como contestación a mi inquietud, una palabra omnipresente en la jerga del *lager*: «¡Mierda!». Esa respuesta irradió una potente luz; una luz capaz de iluminar en un instante la cruda realidad de la existencia en un campo de concentración, y me impulsó a consumir el esfuerzo supremo de la primera fase de mi reacción psicológica: borrar de la conciencia toda mi vida anterior.

De pronto se produjo un cierto revuelo entre mis compañeros de viaje; hasta ese momento habían permanecido de pie, pálidos y asustados, forcejeando dentro de sí contra sus ilusorias esperanzas. De nuevo escuchamos aquellas voces roncadas vociferando órdenes. Nos introdujeron a empujones en la antesala de los baños. Allí nos esperaba un hombre de las SS. Aguardó a que nos acomodáramos todos. A continuación dijo: «Os doy dos minutos, dos minutos cronometrados por mi reloj. En estos dos minutos debéis desnudaros por completo y dejar vuestras ropas en el suelo. No podéis llevaros nada con vosotros, salvo los zapatos, el cinturón, las gafas y, en todo caso, el braguero. Empiezo a contar: ¡ya!».

Con una increíble rapidez la gente se despojó de sus ropas. A medida que el tiempo avanzaba, se intensificaba el nerviosismo y los prisioneros tiraban torpemente de su ropa interior, de sus cinturones o de los cordones de los zapatos. Entonces oímos los restallidos del látigo por primera vez; también escuchamos los chasquidos de las largas correas de cuero sobre los cuerpos desnudos. Después nos introdujeron destempladamente en otra habitación para afeitarnos: no se contentaron con afeitarnos la cabeza, dejaron nuestros cuerpos sin un solo pelo. A continuación caminamos hacia las duchas... De nuevo nos alinearon. Casi sin reparar en nuestra irrecognocible imagen, miramos angustiados hacia el techo y, con gran alivio, comprobamos que de las duchas salía agua, agua de verdad...

LA EXISTENCIA DESNUDA

Mientras aguardábamos la ducha, se hizo patente nuestra total desnudez, en su sentido más literal: el cuerpo, sin pelo, y nada más. Nada. Tan sólo poseíamos la *existencia desnuda*. ¿Quedaba algún vínculo material con nuestra existencia anterior? Yo conservaba las gafas y el cinturón, que poco después cambié por un pedazo de pan.

A los que usaban braguero todavía les reservaron una sorpresa añadida. Por la tarde, el prisionero a cargo de nuestro barracón, nos recibió con un discursito de bienvenida; nos aseguró, por su honor, que se encargaría personalmente de colgar de «aquella viga» –y la señaló– a quienes se les hubiese ocurrido coser dinero o joyas en su braguero. Las leyes del campo le concedían semejante derecho a los veteranos, según nos explicó con visible orgullo.

Hasta con los zapatos tuvimos sus más y sus menos. En un principio entendimos que podíamos conservarlos, sin embargo, los prisioneros con un par de zapatos en buen estado se vieron forzados a entregarlos, y a cambio recibieron otro par desgastado y de distinto número de pie. Todavía tropezaron con mayores dificultades aquellos que, antes de entrar en los baños, siguieron el aparente bienintencionado consejo de los veteranos y no entregaron sus borceguíes: cortaron la parte alta de la bota y untaron jabón en los bordes para ocultar y disimular el recorte. Los hombres de las SS parecían esperar este engaño. A los sospechosos de tal delito les obligaron a entrar en una habitación contigua. Un rato después escuchamos de nuevo el ruido de los látigos y los gritos de los torturados. En esta ocasión duraron bastante.

LAS PRIMERAS REACCIONES

De este modo se desvanecían, una tras otra, las vanas ilusiones que algunos todavía concebían. De repente, y de improviso, muchos de nosotros nos sentimos embargados por un *humor macabro*. Ese humor lo provocó la segura conciencia de haberlo perdido todo, de no poseer nada salvo nuestra *existencia desnuda*. Cuando las duchas comenzaron a funcionar, haciendo de tripas corazón, intentamos bromear

sobre nosotros mismos y entre nosotros. ¡Después de todo, las duchas vertían agua de verdad...!

Aparte de aquel extraño sentido del humor, otra sensación se apoderó de nosotros: *la curiosidad*. Yo ya había experimentado antes este tipo de curiosidad como reacción primaria ante situaciones extremas. En cierta ocasión, sufrí un accidente de montañismo que casi me costó la vida; en el momento crítico, cuestión de segundos (o tal vez de milésimas de segundo), me sentí prisionero de una aguda curiosidad sobre si me salvaría, o acabaría con una fractura de cráneo o con algún otro percance.

Esta fría curiosidad predominaba hasta en Auschwitz. Con ella lográbamos distanciar la mente de la realidad circundante y así se facilitaba el contemplar lo real con una cierta objetividad. Incluso aprendimos a utilizar este mecanismo como medida de protección personal. Estábamos ansiosos por descubrir lo que sucedería después de cada acontecimiento y las consecuencias que nos acarrearía. Por ejemplo, qué efectos se seguirían de estar de pie a la intemperie, con el frío de finales de otoño, completamente desnudos y mojados por el agua de la ducha. A los pocos días la curiosidad derivó en sorpresa: ¡no nos resfriamos!

El *lager* aún nos reservaba a los primerizos muchas sorpresas parecidas. Los médicos del grupo fuimos los primeros afectados al comprobar las *mentiras* de los libros de medicina. Siempre se había afirmado la imperiosa necesidad de un número determinado de horas de sueño para sobrevivir. ¡Falso! En la existencia cotidiana yo pensaba que una serie de cosas resultaban imprescindibles: era imposible dormir sin esto, o vivir sin aquello. La primera noche en Auschwitz dormimos en literas de tres pisos. Cada piso ocupaba una superficie de dos por dos metros y medio, aproximadamente; en ese espacio nos acostábamos nueve hombres, directamente sobre los tablones. A cada cajón, es decir, a cada nueve presos, le correspondían dos mantas. Lógicamente, sólo podíamos tendernos de costado, apretujados como sardinas en lata, lo cual tenía la ventaja de ayudarnos a combatir el gélido frío, un frío que se colaba hasta los huesos. Algunos utilizaban sus zapatos cubiertos de lodo como almohadas, aunque estaba prohibido subirlos a las literas. Quedaba otra opción para disfrutar de algo parecido a una almohada, una opción

bastante desagradable: consistía en apoyar la cabeza sobre un pliegue casi imposible del brazo por la falta de espacio; resultaba tan inverosímil que el brazo podía dislocarse en cualquier momento. Pues bien, en medio de estas infames condiciones lográbamos conciliar el sueño, un sueño que traía alivio y olvido durante unas pocas horas.

Me gustaría señalar alguna *sorpres*a más de nuestra desconocida capacidad para soportar los envites del *lager*: nuestras encías se encontraban más saludables que antes, a pesar de la fuerte carencia vitamínica y de no poder cepillarnos los dientes. Resistíamos medio año con la misma camisa, si a «aquello» se le podía llamar camisa. Otra cosa inexplicable: a veces, cuando las cañerías se helaban, pasábamos varios días sin lavarnos, ni siquiera alguna parte del cuerpo y, sin embargo, las heridas y las llagas de las manos, sucias del trabajo en la tierra, no supuraban (a menos que se congelasen). O, por ejemplo, un prisionero de sueño ligero, que en su vida anterior lo despertaba el más menudo ruido en la habitación contigua, ahora dormía profundamente con otro apretujado a su lado y roncándole ruidosamente en pleno oído. Qué verdad encierra la afirmación de Dostoyevski cuando define al hombre como el *ser que se acostumbra a todo*. Los prisioneros sabíamos que nos acostumbrábamos a todo, pero desconocíamos *cómo*...

¿«LANZARSE CONTRA LAS ALAMBRADAS»?

Quizá debamos aplazar el dilucidar las cuestiones anteriores, pues nos hallamos al inicio de este ensayo psicológico, y tampoco los presos, en tan poco tiempo, tenían conciencia clara de su estado personal. Todavía permanecíamos anclados en la primera fase de nuestras reacciones psicológicas.

Lo desesperado de la situación, la amenaza de muerte que día tras día, hora tras hora, minuto a minuto se cernía sobre nosotros, la proximidad de la muerte de otros –la mayoría– conseguían que a casi todos, aunque fuera por un momento, le rondara en la cabeza la idea del suicidio. Fruto de mi sentido de la vida, que más adelante comentaré con detalle, durante la primera noche en el *lager* me con-

juré conmigo mismo para no «lanzarme contra las alambradas». Ésta era la expresión típica de la jerga del campo para describir el método más frecuente de suicidio: tocar la valla de alambre electrificada. No resultaba tan difícil, en Auschwitz, tomar la decisión de no «lanzarme contra las alambradas». En el fondo, tampoco tenía mucho sentido suicidarse, pues considerando con objetividad las circunstancias, y aplicando un simple cálculo de probabilidades, al prisionero medio le quedaban muy pocas expectativas de vida. Nadie podía atribuirse la certeza de encontrarse entre el pequeño porcentaje de hombres capaces de sobrevivir a las sucesivas selecciones que continuamente se practicaban en los campos de concentración. Por eso, en esta primera fase de *shock*, el prisionero perdía el temor a la muerte. Pasados los primeros días, hasta las cámaras de gas se observaban con un horror atenuado y soportable: al fin y al cabo le ahorran a uno la decisión y el acto de suicidarse.

Algunos camaradas, con los que coincidí después de la liberación, me aseguraron que yo no fui de los más deprimidos tras el *shock* del internamiento. En este sentido, recuerdo haberme reído, y reído sinceramente, cuando ocurrió este episodio a la mañana siguiente de nuestra primera noche en Auschwitz. A pesar de las estrictas órdenes de permanecer cada uno en su barracón, un colega mío, que ya llevaba unas semanas en Auschwitz, se coló en el nuestro. Quería tranquilizarnos, consolarnos y contarnos algunas cosas. Había adelgazado tanto que tardé en reconocerlo. Con un fingido buen humor, más o menos logrado, y una actitud despreocupada, nos dio unos cuantos consejos apresurados:

«¡No tengáis miedo! ¡No temáis las selecciones! El Dr. M. (jefe de la sección médica de las SS) siente cierta debilidad por los médicos.» (Eso no era cierto; las amables palabras de mi amigo pretendían consolarnos pero faltaban a la verdad. Un prisionero de unos sesenta años, médico de un bloque de barracones, me contó cómo había suplicado al Dr. M. para que liberara a su hijo destinado ya a la cámara de gas. El Dr. M. rehusó ayudarlo con una imperturbable frialdad.)

«Pero una cosa os suplico –continuó–, si es posible, afeitáros a diario, aunque tengáis que rasuraros con un trozo de vidrio, aunque para ello tengáis que cambiar vuestro último pedazo de pan. Así

pareceréis más jóvenes y hasta los arañazos producirán un aspecto más lozano en vuestras mejillas. Si queréis seguir vivos, sólo hay un modo de conseguirlo: aparentar capacidad de trabajo. Basta que cojeáis por una pequeña llaga o por una rozadura en el zapato, para que uno de las SS, si se da cuenta, os aparte del trabajo y al día siguiente podéis estar seguros de que os enviará a la cámara de gas. ¿Sabéis a quién llamamos aquí *musulmán*? A quien tiene un aspecto miserable, por dentro y por fuera; enfermo y demacrado, escuálido, incapaz de resistir el duro trabajo: ése es un “musulmán”. Antes o después, generalmente antes, el “musulmán” acaba en la cámara de gas. De nuevo os repito: afeitáros a diario, mantenedros erguidos y caminad con soltura; de esta forma no tendréis que temer a la cámara de gas. Todos vosotros, aunque únicamente llevéis veinticuatro horas aquí, no tenéis por qué temer al gas, salvo quizás *tú*». Me señaló y me dijo: «Espero que no te importe que te hable con total franqueza». Continuó dirigiéndose al grupo: «De todos vosotros es el único que puede temer la próxima selección. En definitiva, ¡tranquilos!». Y yo sonreí. Estoy convencido que aquel día, cualquiera en mi lugar, hubiera respondido de idéntica forma: con una sonrisa.

Creo que fue Lessing quien afirmó en una ocasión: «Hay cosas que te deben hacer perder la razón, a no ser que no tengas ninguna razón que perder». Ante una situación anormal, la reacción anormal constituye una conducta normal. Los psiquiatras esperamos que las reacciones de un hombre ante una situación anormal, como por ejemplo la reclusión en un centro psiquiátrico, sean anormales en proporción a su grado de normalidad. La reacción de un hombre frente a su internamiento en un campo de concentración supone

⁷ Se les conocía como «musulmanes» porque adoptaban una postura que, observados a una cierta distancia, recordaba a los árabes en oración. También se les describía, y se les nombraba, como cadáveres ambulantes, hombres momia, muertos vivos, presencias sin rostros. Eran prisioneros que abandonaban –por decisión o por ausencia de fuerzas– cualquier esfuerzo por la supervivencia; en esas condiciones perdían la orientación vital –todo les daba igual–, la esperanza, se apoderaba de ellos la desnutrición y temblaban continuamente de frío, la temperatura corporal bajaba normalmente por debajo de los treinta y seis grados. En otras palabras, la persona se desvanecía y en su lugar surgía un haz de funciones biológicas ya en agonía. (*N. del E.*)

también un estado psíquico anormal, pero si se juzga objetivamente, en función de la situación en el *lager*, es una respuesta normal y, además, como intentaré demostrar más adelante, supone una reacción típica dadas las dramáticas condiciones de vida.

SEGUNDA FASE

LA VIDA EN EL CAMPO

APATÍA

Las reacciones anteriormente descritas cambiaban a los pocos días, en el escaso tiempo que necesitaba un prisionero para pasar de la primera a la segunda fase, una fase de apatía generalizada que desembocaba en una especie de muerte emocional. Ahora la tortura interior se intensificaba con otras sensaciones todavía más dolorosas, que el prisionero intentaba amortiguar en su intimidad. La principal era su incontrolada añoranza por su hogar y su familia. A veces era tan aguda que el recluso se consumía de simple nostalgia. Seguía después una fuerte repugnancia frente a la horrible fealdad que le rodeaba, que se extendía hasta sus aspectos más superficiales o externos.

A muchos de los prisioneros se les entregaba un uniforme tan andrajoso que a su lado, por comparación, un espantapájaros resultaría una silueta elegante. El espacio entre los barracones era un completo lodazal, y cuanto más se intentaba apartar el barro más se hundía uno en él. Alguien ingenió una macabra broma para los primerizos: alistarlos en el grupo encargado de limpiar las letrinas y retirar los excrementos. Si, como solía suceder por los desniveles e irregularidades de los caminos, alguno de los novatos se salpicaba la cara con aquellas suciedades, cualquier mueca de asco o intento de limpiarse la porquería significaría, al menos, un latigazo propinado

por el *kapo*, indignado ante los «remilgos» del recién llegado. De este modo se aceleraba la represión de las reacciones normales.

Al principio, el prisionero cerraba los ojos ante las marchas de castigo de otros grupos, incapaz de aguantar la imagen de sus compañeros de cautiverio correr de arriba a abajo durante horas, hundidos en el fango, y azuzados por los golpes de los *kapos*. En unos días o semanas la personalidad se transformaba.

Con los primeros albos de la mañana, casi en la oscuridad, el prisionero esperaba alineado en su destacamento, preparado para la marcha. De repente se rasgaba el silencio con el grito de un compañero abatido por los golpes; a duras penas intentaba levantarse cuando otro vapuleo de golpes lo derribaba de nuevo. ¿Y todo por qué? Porque tenía fiebre, pero se presentó en la enfermería fuera de hora; y eso se entendía como un ardid para intentar zafarse del trabajo. Si el prisionero había entrado en la segunda fase de sus reacciones psicológicas ya no apartaba la vista. Alcanzado este grado de adaptación al campo, sus sentimientos se embotaban y contemplaba impasible esas escenas. Apático e indiferente podía seguir mirando. Otro ejemplo: ese mismo prisionero, por la tarde, hacía cola ante la enfermería con la ilusión de conseguir dos días de trabajos ligeros, dentro del campo, a causa de sus heridas, o del edema, o de la fiebre. Durante la espera, contemplaba impertérrito cómo arrastraban a un muchacho de doce años al que habían obligado a permanecer en posición de firme varias horas y a trabajar a la intemperie, bajo la nieve, con los pies desnudos porque no quedaban zapatos en el almacén. Se le habían congelado los dedos y el médico procedió a arrancarle los negros muñones gangrenados con unas tenazas, uno a uno. Repugnancia, piedad, indignación y horror eran emociones vedadas en la psicología del prisionero.

Pasé algún tiempo en un barracón reservado para los enfermos de tifus, afectados por fiebres altas y delirios, muchos en plena agonía. Después de una muerte, yo observaba impasible la siguiente escena, que se repetía invariablemente en cada fallecimiento: los prisioneros, en fila, se acercaban al cuerpo aún caliente de su compañero; uno se quedaba con las sobras de un plato de patatas hediondas; otro decidía que los zapatos de madera del difunto eran mejores que los suyos, y se los cambiaba sin ningún pudor; un tercero

hacía lo mismo con el abrigo; y hasta alguno se consideraba dichoso si encontraba en los bolsillos –¡fíjense qué cosa!– un trozo de cuerda en buen estado. De manera imperturbable yo no perdía de vista ningún detalle de esta sombría ceremonia, sin sentir la menor conmoción interior. Al rato pedía al «enfermero» que retirara el cadáver. Cuando se decidía a obedecerme, lo cogía por las piernas y lo dejaba caer al estrecho pasillo, entre las dos hileras de tablas que hacían las veces de camastros para los cincuenta enfermos de tifus; luego lo arrastraba por la tierra desigual del pasillo hasta la puerta. Para salir al aire libre era preciso subir dos escalones cortos, de unos quince centímetros cada uno. Estas escaleras representaban para nosotros un duro problema, exhaustos como estábamos por la malnutrición. Tras pasar unos meses de internamiento en el campo éramos incapaces de subir esos escalones sin agarrarnos a la puerta para coger impulso. El hombre que arrastraba el cadáver se acercaba a los escalones que a duras penas podía subir él. ¡Cuánto más con el cadáver! Con un supremo esfuerzo tiraba de las piernas, luego el tronco y finalmente –acompañada de un ruido siniestro– la cabeza del muerto botaba de escalón en escalón. A continuación, sin sensación de discontinuidad, nos servían la ración diaria de sopa. Yo me encontraba en la parte opuesta del barracón, junto a la pequeña y única ventana, situada casi a ras de suelo. Al mirar por la ventana, mientras mis frías manos agarraban el cuenco de sopa caliente que engullía con avidez, noté que el último cadáver retirado parecía observarme con sus ojos vidriosos y helados. Dos horas antes había estado hablando con ese hombre. Seguí sorbiendo tranquilamente mi sopa...

Si aquella ausencia de emociones no hubiese suscitado mi interés profesional quizás ahora no recordaría ese incidente, pues en aquel momento no me despertó el más mínimo sentimiento.

LO QUE DUELE

La plomiza apatía, la anestesia emocional y la vaga sensación de que a uno ya nunca le importará nada, constituyen los síntomas característicos de la segunda fase de las reacciones psicológicas de los inter-

nados en los campos. Esa apatía emocional le permite permanecer impassible ante los continuos sufrimientos diarios. El prisionero enseñada construía, gracias a esa insensibilidad, un caparazón afectivo que actuaba como un íntimo escudo protector. En el *lager* uno recibía golpes por cualquier motivo y también sin ningún motivo. Por ejemplo: el pan se repartía en el mismo lugar de trabajo, cuando los prisioneros estábamos perfectamente alineados. En cierta ocasión, mi compañero de atrás se salió unos pocos centímetros de la fila; esa mínima falta de simetría disgustó al guardián de las SS. Detrás de mí se armó un pequeño revuelo, por precaución no volví la cara; también desconocía lo que rondaba por la mente del guardia, pero de repente recibí dos fuertes porrazos en la cabeza. Fue entonces cuando advertí, a mi lado, a un hombre de las SS que blandía su porra. En esos momentos no es el dolor físico lo que más hiere (y eso se aplica tanto a los niños como a los adultos), sino la humillación y la indignación provocadas por la injusticia, por la cruda irracionalidad de todo aquello.

Aunque resulte paradójico, en aquellas especiales circunstancias, un golpe bien dado, certero, quizá hiere menos que otro que no atina en el blanco. Recuerdo, en una amarga ocasión, encontrarme de pie junto a la vía del ferrocarril bajo una tormenta de nieve. A pesar del temporal, a nuestra cuadrilla no le permitían interrumpir el trabajo. Me afanaba con ahínco en repasar la vía rellenando los huecos con gravilla, también porque ése era el único modo de entrar en calor. Durante unos segundos hice una pausa para tomar aliento y apoyarme sobre la pala. Por desgracia, en aquel momento el guardia se giró y me vio: pensó que vagueaba, que me hacía el remolón en el trabajo. Ni usó su látigo, ni sus insultos, ni bramó enfurecido los tacos rutinarios. Seguramente juzgó innecesario malgastar sus palabras con aquel cuerpo andrajoso y demacrado, que difícilmente dibujaría algo parecido a una figura humana. En vez de golpearme o insultarme, alegremente se agachó para coger una piedra y lanzarla contra mí, como quien juega a un juego macabro. Así se trata a los animales domésticos, sobre los que ejercemos un señorío que nos permite el placer de no molestarnos en castigarlos. Aquella pedrada me hirió más que los inmerecidos latigazos o los bestiales insultos. Se grabó en mi corazón de manera imborrable.

EL INSULTO

El aspecto más lacerante de los golpes era el insulto que solía acompañarles. Una vez arrastrábamos unas largas y pesadas traviesas sobre los raíles helados. Si un hombre resbalaba no sólo se ponía en peligro él, sino a todos los que cargaban la misma traviesa. Un amigo mío tenía una luxación de cadera congénita; podía dar gracias al cielo de estar trabajando, pues los que padecían algún defecto físico eran apartados en la primera selección. Mi amigo, con su cojera, se tambaleaba sobre la vía portando una traviesa especialmente pesada; daba la impresión de caerse en un próximo paso y de arrastrar a los demás con él. En ese momento yo no transportaba ninguna viga, así que con un movimiento casi reflejo salté para ayudarlo. Inmediatamente recibí un duro golpe en la espalda y una agria orden para regresar a mi puesto. Pocos minutos antes, ese mismo guardián nos había reprochado que los «cerdos» como nosotros carecíamos de espíritu de compañerismo.

En un día aciago, a menos de veinte grados bajo cero, nos obligaron a cavar una zanja en un bosque helado para tender unas cañerías del suministro de agua. En aquel tiempo yo ya me encontraba físicamente muy debilitado. Se acercó un guardián de rechonchas mejillas sonrosadas. Su cara me recordaba, sin poder evitarlo, la cabeza de un cerdo. Me fijé, con envidia, en sus cálidos guantes, mientras nosotros trabajábamos con las manos desnudas bajo aquel frío tan intenso; también envidié su chaquetón de cuero forrado de piel. Me miró en silencio durante un instante. A mi lado se levantaba un escuálido montón de arena: señal inequívoca de lo poco que había cavado, por lo cual presentí un desenlace inminente y desagradable.

Me chilló malhumorado: «¡Hijo de perra! Te llevo observando un buen rato. Yo te enseñaré a trabajar. Espera a cavar la tierra con los dientes y morir como un animal. ¡En un par de días habré acabado contigo! Tú no has pegado golpe en toda tu vida. ¿Qué hacías antes, cerdo? ¿Eras un hombre de negocios?».

La retahíla no me impresionó demasiado, pero debía tomarme en serio su amenaza de muerte. Me incorporé y le miré directamente a los ojos: «Era médico especialista».

«Así que médico, ¿eh? Seguro que le robabas el dinero a los pacientes.»

«Pues casualmente la mayor parte de mi trabajo la hacía gratis, en clínicas para pobres», respondí. Sobre la marcha comprendí que había hablado demasiado. Se abalanzó sobre mí y me tiró al suelo gritando como un energúmeno. Soy incapaz de recordar ninguna de sus palabras.

No todo el mundo era igual, por supuesto. Afortunadamente el *kapo* de mi compañía me apreciaba bastante; me granjeé su amistad porque, en las interminables caminatas hacia nuestro lugar de trabajo, escuchaba sus historias de amor y sus conflictos matrimoniales. Le impresioné con mi diagnóstico sobre su carácter y con mis consejos psicoterapéuticos. Me estaba agradecido y eso me suponía una gran ayuda. Solía reservarme un puesto junto a él en las cinco primeras hileras del destacamento, que generalmente lo formaban doscientos ochenta hombres. Significaba un favor muy especial. Fíjense. Debíamos alinearnos por la mañana muy temprano, con el claroscuro del amanecer, como ya hemos dicho. Nadie quería llegar tarde y ocupar las hileras de la cola. Cuando se necesitaban hombres para efectuar un trabajo desagradable, el jefe de los *kapos* solía elegirlos de las últimas filas del destacamento. Esos hombres casi siempre se desplazaban a lugares más lejanos, realizaban un trabajo especialmente horrible y a las órdenes de guardias desconocidos. De vez en cuando, el *kapo* escogía a hombres de las primeras filas para sorprender a aquellos que pretendían pasarse de listos. Las posibles protestas o súplicas se silenciaban con unos cuantos puntapiés certeros y acertados, y los desafortunados elegidos terminaban en su lugar de destino a fuerza de gritos y golpes.

Sin embargo, mientras duraron las confidencias de mi *kapo*, nunca me seleccionaron a mí. Tenía garantizado un puesto de honor a su lado, lo cual me reportaba, además, otra sustanciosa ventaja. Como la casi totalidad de mis camaradas, yo sufría edema de hambre. Apenas era capaz de doblar las rodillas con la piel tan tirante y las piernas hinchadísimas. Y los pies únicamente me entraban con los zapatos abiertos, sin atar; no quedaba espacio ni para unos calcetines, en el caso de haberlos tenido. Unos pies desnudos y mojados, calzando unos zapatos llenos de nieve, traían como consecuencia

frecuentes congelaciones y sabañones. Cada paso constituía una auténtica tortura. Durante las largas marchas sobre los campos nevados se formaban en el calzado carámbanos de hielo. Una y otra vez algún compañero resbalaba, los que le seguían tropezaban y se caían unos encima de los otros. Entonces la columna se detenía un momento, no muy largo. Inmediatamente uno de los guardias entraba en acción y levantaba a los caídos a mamporrazos indiscriminados con la culata de su fúsil. En las primeras filas las posibilidades de tropezar eran mucho menores, por eso casi nunca te detenías y tampoco debías alcanzar corriendo, con los pies doloridos, a la columna que continuaba avanzando en formación sin preocuparse para nada de los caídos. ¡Qué agradecido me sentía de mi nombramiento como médico privado de «su señoría» el *kapo*, y así caminar en primera fila a un paso regular! Pero aún recibía otro pago adicional por mis servicios: cuando en nuestro lugar de trabajo se repararía un plato de sopa, al llegar mi turno, el *kapo* metía el cacillo hasta el fondo de la cacerola para pillar unas pocas habichuelas.

Este mismo *kapo*, antes oficial del ejército, se atrevió a manifestar el buen concepto que tenía de mí, como un trabajador excepcionalmente bueno, ante el capataz con el que mantuve aquel incidente violento. Esto no suponía una gran ayuda, pero sí me sirvió para salvar la vida (como me ocurriría otras muchas veces a lo largo de mi internamiento). Al día siguiente del grave altercado, el *kapo* se las ingenió, con pillería, para asignarme a otra cuadrilla de trabajo.

Cuento este suceso, trivial en apariencia, con el fin de mostrar que la indignación surgía incluso en los prisioneros aparentemente endurecidos por la vida del campo, una indignación no causada tanto por el dolor infligido o la crueldad física, cuanto por el insulto que lo acompañaba. Aquella vez me hirvió la sangre al verme juzgado injustamente por un hombre que no me conocía de nada, un hombre de aspecto tan vulgar y tan brutal que la enfermera de mi hospital ni siquiera le habría dejado entrar a la sala de espera (confieso con sencillez que pronunciar este comentario ante mis compañeros, después del enfrentamiento, me produjo un alivio infantil).

También había excepciones, como ya dije. Algunos capataces sentían compasión por nosotros y hacían cuanto estaba en su mano

para mitigar nuestro sufrimiento, al menos en los lugares de trabajo. Aun así no cesaban de reprocharnos que un trabajador normal producía siete veces más que nosotros y en menos tiempo. Pero escuchaban, y entendían, nuestros argumentos: ningún trabajador normal se alimentaba con trescientos gramos de pan (eso en teoría, pues en la práctica siempre recibíamos menos) y un litro de sopa aguada al día; ni estaban sometidos a la tensión psíquica de carecer en absoluto de noticias sobre sus familiares y allegados, con el inquietante presentimiento de su posible muerte en las cámaras de gas; tampoco un trabajador normal vivía continuamente amenazado de muerte, todos los días y a todas horas. Una vez hasta me permití decirle a un capataz en tono amable: «Si usted aprendiera de mí a operar el cerebro con tanta rapidez como yo aprendo de usted a construir carreteras, me merecería un gran respeto y admiración». Me sonrió con una mueca de ironía.

La apatía, el síntoma típico de esta segunda fase, actuaba como un mecanismo inevitable de autodefensa. La realidad se desvanecía ante nosotros, el mundo emocional se amortiguaba, y todos los esfuerzos se concentraban en una única tarea: conservar nuestra vida y la vida de los camaradas amigos. Cuando la noche caía y los prisioneros –como rebaños– regresaban al campo desde sus lugares de trabajo, con frecuencia se escuchaba un respiro de alivio y un susurro: «Menos mal, vivimos otro día más».

LOS SUEÑOS DE LOS PRISIONEROS

Con facilidad se comprende que tal estado de tensión psíquica, junto a la constante necesidad de concentrarse en la tarea de seguir vivos, forzara a los prisioneros a descender a niveles primitivos de vida interior. Algunos de mis colegas del campo, de orientación psicoanalítica, solían referirse a una «regresión» de los internos en el *lager*: un retroceder hacia formas más primitivas de vida mental. Los deseos y aspiraciones se manifestaban con claridad en sus sueños.

Pero, ¿con qué soñaban los prisioneros? Con pan, pasteles, cigarrillos y baños de agua templada. La imposibilidad real de consumir esos deseos básicos les empujaba a satisfacerlos en el mundo ilu-

sorio de los sueños. Que este mecanismo resultase beneficioso o no, en términos psicológicos, eso ya es otra cuestión: al final, el prisionero soñador acababa despertándose y regresaba a la realidad de la vida en el *lager*, y debía sobreponerse al terrible contraste entre ésta y el espejismo de sus sueños.

Jamás olvidaré aquella noche en que me desperté con los fuertes gemidos de un compañero amigo que se agitaba en sueños bajo el efecto de alguna horrible pesadilla. Yo siempre me he sentido especialmente conmovido ante las personas que sufren delirios o pesadillas angustiosas. Decidí despertar al pobre hombre, pero en el último instante me detuve, retiré rápidamente mi mano asustado por lo que iba a hacer. Comprendí con rapidez, de forma descarnada, que ningún sueño, por muy horrible que fuese, podría ser peor que nuestra actual realidad, una realidad a la que estuve a punto de cometer la crueldad de devolverlo.

HAMBRE

A causa del alto grado de desnutrición, resultaba lógico que el afán por procurarse alimentos fuese el instinto primitivo dominante, alrededor del cual giraba el resto de la vida mental. Cuando los prisioneros no se sentían estrechamente vigilados, cosa infrecuente, surgía de inmediato una conversación sobre comidas. Un prisionero cualquiera le pregunta a su compañero de zanja cuál era su plato preferido. Sobre la marcha intercambiarán recetas y prepararán un succulento menú para el día lejano en que, liberados, se reúnan en alguna de sus casas... Y así seguirán y seguirán, imaginando esa futura escena con todo lujo de detalles; tan sólo pararán de hablar al escuchar, de pronto, transmitido de boca en boca, el aviso en forma de contraseña –generalmente algún número convenido previamente– que les advierte: «Se acerca el guardián».

Siempre consideraba estas conversaciones sobre la comida como algo psicológicamente muy peligroso. ¿Acaso no supone una provocación para el organismo presentarle aquellas descripciones gastronómicas tan detalladas y deliciosas, cuando difícilmente había conseguido adaptarse a las raciones miserables y a la carencia de

calorías? Aunque proporcionen un alivio psicológico momentáneo, sin embargo, al ser meras ilusiones, sin duda acarrearán efectos peligrosos en lo fisiológico.⁸

En la última época de nuestro cautiverio, la dieta diaria se reducía a una única ración de sopa aguada y a un minúsculo pedazo de pan. Además se nos repartía una «entrega extra»: veinte gramos de margarina, o una rodaja de salchicha de mala calidad, o un trocito de queso, o una pizca de algo que pretendía ser miel, o una cucharada de mermelada aguada. Una dieta totalmente insuficiente en cuanto a calorías, sobre todo si tenemos en cuenta nuestra pesada jornada laboral y la continua exposición a la intemperie con ropas inapropiadas.

En peores condiciones se encontraban los enfermos que necesitaban «cuidados especiales»; es decir, aquellos a los que se les permitía quedarse en el barracón en vez de salir a trabajar. Cuando desaparecían por completo las últimas capas de grasa subcutánea, y presentábamos la apariencia de esqueletos disfrazados con pellejos y andrajos, comenzábamos a observar cómo nuestros cuerpos se devoraban a sí mismos. El organismo digería sus propias proteínas y los músculos se consumían; el cuerpo se quedaba sin defensas. Uno tras otro, morían los miembros de nuestra pequeña comunidad del barracón. Éramos capaces de calcular, con estremecedora precisión, quien sería el próximo e, incluso, cuándo nos tocaría a nosotros. Tras repetidas observaciones, conocíamos los síntomas a la perfección, de ahí el certero acierto en nuestros pronósticos, que jamás solían fallar. «No va a durar mucho», o «Ése es el siguiente», nos susurrábamos entre nosotros. Y por la noche, al comenzar la operación de despioje, a la vista de nuestros cuerpos desnudos, todos pensábamos más o menos lo mismo: este cuerpo, mi cuerpo, es ya un cadáver. ¿Qué ha sido de mí? No soy más que una pequeña parte de una enorme masa de carne humana..., de una masa encerrada tras la alambrada de espino, hacinada en unos cuantos barracones de

⁸ En el texto alemán emplea una expresión brusca, pero muy expresiva, que utilizaban en el *lager* para definir estas conversaciones: «onanismo del estómago». (*N. del E.*)

adobe. De una masa en la que día a día se desprende una porción, podrida, porque ya se le agotó la vida.

Acabo de referirme a la fuerza con que recurrentemente, al disponer de un mínimo momento de descanso, regresaban a la conciencia los pensamientos sobre los platos favoritos. Esa presión explica el por qué hasta las personalidades más fuertes añoraban un tiempo futuro con buenos alimentos y en cantidad suficiente, no tanto por la comida en sí, sino porque esa existencia infrahumana, que obsesivamente nos hacía pensar en la comida, ya habría terminado al fin.⁹

Sin haber sufrido una experiencia similar, difícilmente se imaginarán el destructivo conflicto mental y las luchas de voluntad a las que se enfrenta un hombre hambriento. Tampoco se formarán una idea cabal del suplicio que produce cavar una trinchera con la atención concentrada en el sonido de la sirena que anuncia las nueve y media o las diez de la mañana –la media hora del descanso para almorzar– en espera del reparto de pan (si lo había); y en esa espera preguntarle una y otra vez al guardián la hora –si no era un tipo excesivamente desagradable. A continuación, tocar con mimo un pedazo de pan guardado en el bolsillo, acariciarlo con los dedos helados, sin guantes; partir después unas migajas y llevarlas a la boca con fruición. Y, con un supremo esfuerzo de voluntad, guardarse el resto otra vez en el bolsillo, con el decidido afán de conservarlo hasta el mediodía.

Solíamos mantener discusiones inacabables sobre lo razonable o irrazonable de los distintos métodos empleados para conservar la ración diaria de pan, que en la época final de nuestro confinamiento sólo se entregaba una vez al día. Predominaban dos enfoques de la cuestión. El primero era partidario de comerse la ración de pan inmediatamente. Aducían un doble motivo: aliviar los dolorosos retortijones del hambre durante un cierto tiempo, al menos una vez

⁹ (Un judío que desfallecía de hambre le decía a otro:) «Ay, qué bien me sentiría si antes de morir pudiera comer una última vez dignamente, como un hombre.» (Kolitz, Z., *Yósel Rákovér apela a Dios*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2001.) (*N. del E.*)

al día; y evitar también los posibles robos o extravíos de la ración. El segundo enfoque, fundado en diversos argumentos, prefería los beneficios de dividir la porción en varios trozos. Yo me alisté en este segundo grupo. Tenía sus ventajas:

El despertar era, con mucho, el momento más terrible de las veinticuatro horas de la vida en un campo de concentración. Todavía de noche, los tres agudos silbidos de la sirena nos arrancaban sin piedad del dormir exhausto y de las añoranzas y evasiones de nuestros sueños. Empezaba entonces la pelea para meter los pies, llagados e hinchados por el edema, en nuestros zapatos mojados. A esta primera batalla seguían los refunfuños y quejidos de los incontables inconvenientes habituales; como, por ejemplo, la ruptura del alambre que reemplazaba a los cordones de los zapatos. Una mañana escuché a un camarada –persona valiente y digna– llorar desconsolado como un crío porque sus zapatos habían encogido demasiado y ya no le entraban los pies y, por lo tanto, debería caminar descalzo sobre la nieve. En esos fatídicos minutos yo gozaba del menudo alivio de mordisquear, con inmenso deleite, el trozo de pan guardado desde el día anterior en el bolsillo de mi abrigo.

SEXUALIDAD

La desnutrición, además de provocar la desmesurada preocupación por la comida, quizás explique también la ausencia de deseo sexual durante la vida en el *lager*. La hambruna y los efectos del *shock* inicial parecen ser las únicas causas que den razón de un fenómeno observado en el campo y ciertamente llamativo para un psicólogo: la perversión sexual era mínima, muy por debajo de lo previsible en cualquier establecimiento estrictamente masculino (por ejemplo, un cuartel). Incluso en los sueños desaparecía el deseo sexual, un dato que representa una dura descalificación del psicoanálisis, pues según sus postulados, y en esas circunstancias, «los deseos inhibidos» deberían presentarse de forma muy especial en los sueños.

AUSENCIA DE SENTIMENTALISMO

Para la mayoría de los internos, el primitivismo mental y el esfuerzo por concentrarse exclusivamente en «salvar el pellejo» conducía a despreciar cualquier cosa que le apartara de ese supremo y único objetivo; eso explica también la carencia absoluta de vida sentimental, otra de las características principales que define a la psicología del prisionero. Lo comprobé por mí mismo en el traslado desde Auschwitz a Dachau. El tren, atestado con unos dos mil prisioneros, atravesó Viena. Alrededor de media noche cruzamos una de las estaciones de la ciudad. La ruta del tren nos acercaba a la calle donde nací, a la casa donde viví durante tantos años (en realidad, hasta mi internamiento). Íbamos cincuenta personas en aquel vagón, que contaba con dos pequeñas mirillas enrejadas. El escaso espacio tan abarrotado de gente permitía a unos pocos sentarse en cuclillas en el suelo, el resto permanecía de pie, durante horas, amontonándose junto a esos ventanucos. Alzándome de puntillas y mirando desde atrás, por encima de varias cabezas y entre los barrotes, conseguí atisbar una breve y fantasmagórica imagen de mi ciudad natal. Todos nos sentíamos más muertos que vivos, pues sospechábamos que el transporte se dirigía al campo de Mauthausen y, por lo tanto, nos quedarían un par de semanas de vida. Tuve la inequívoca sensación de mirar las calles, las plazas y la casa de mi niñez con los ojos de un muerto que regresa del otro mundo para contemplar una ciudad fantasma. Tras un largo retraso de varias horas, el tren arrancó lentamente de la estación y me tropecé con la calle donde nací, ¡mi calle! Los jóvenes se agolpaban en los ventanucos contemplando con atención el paisaje urbano, porque, después de varios años de cautiverio, aquel viaje representaba un gran acontecimiento. Les rogué, les supliqué un huequecito para acercarme a la mirilla durante un instante, un breve instante. Intenté explicarles cuánto significaba para mí una mirada para avivar mis íntimos recuerdos. Imploré en vano; al contrario, rechazaron mi petición con rudeza y cinismo: «¿Que has vivido ahí tantos años? Entonces ya lo tienes demasiado visto».

POLÍTICA Y RELIGIÓN

Este vacío emocional y sentimental de los reclusos veteranos es uno de los fenómenos que mejor expresan y explican esa desvalorización de todo aquello que no redunde en interés de la conservación de la propia existencia. Lo demás se consideraba un lujo superfluo. En general, en el *lager* sufríamos también una «hibernación cultural», con dos excepciones: la política y la religión. El campo era un continuo hervidero de conversaciones y discusiones políticas. Las discusiones se originaban sobretodo por rumores que se filtraban en el campo y se transmitían con ansia y rapidez. Los rumores sobre la situación militar casi siempre resultaban contradictorios. Se sucedían con celeridad y únicamente conseguían azucar la guerra de nervios que agitaba la mente de los prisioneros. Una vez tras otra se desvanecía la esperanza del próximo final de la guerra, una esperanza avivada por simples habladurías candorosas. Algunos hombres, ante estos continuos desencantos, perdían definitivamente la esperanza, pero otros mantenían un correoso e incorregible optimismo, que nos llegaba a irritar.

Cuando los prisioneros sentían inquietudes religiosas, éstas brotaban de lo más íntimo y sincero que cabe imaginar. Muy a menudo, el recién llegado quedaba sorprendido y admirado por la profundidad y la fuerza de las creencias religiosas de los internos. Especialmente conmovían y enternecían las oraciones o los ritos improvisados en un rincón del barracón, o en la penumbra del camión de ganado en el que regresábamos al campo desde el lejano lugar de trabajo, cansados, hambrientos y helados, con nuestras ropas raídas.

Durante el invierno y la primavera de 1945 se desencadenó una epidemia de tifus que afectó a la mayoría de los reclusos. El índice de mortalidad se disparó entre los más débiles, obligados a continuar con el trabajo hasta el límite de sus fuerzas. Los chamizos de los enfermos carecían de las mínimas condiciones, apenas teníamos medicamentos ni personal sanitario. Algunos síntomas de la enfermedad resultaban en extremo desagradables: una irreprimible aversión a cualquier migaja de comida –con el consiguiente desfallecimiento del enfermo y el correspondiente incremento del peligro de muerte– y

unos terribles ataques de delirio. El caso más doloroso de delirio lo sufrió un amigo mío que intentaba rezar, creyéndose ante el umbral de la muerte, y era incapaz de recordar ninguna oración. Para no sucumbir ante esos aterradores ataques, yo, y muchos otros, intentábamos permanecer despiertos la mayor parte de la noche. En principio lo conseguí improvisando conferencias imaginarias, hasta que decidí reconstruir el manuscrito perdido en la cámara de desinfección de Auschwitz y, en taquigrafía, garabateé las palabras clave en pequeños trozos de papel.

UNA SESIÓN DE ESPIRITISMO

Muy de vez en cuando se planteaban debates científicos en el campo. En cierta ocasión presencié algo que jamás había visto en mi vida anterior, aunque tangencialmente se relacionara con mis intereses psiquiátricos: una sesión de espiritismo. Me invitó el médico jefe del campo –también recluso–, quien conocía mi condición de psiquiatra. La reunión, rigurosamente secreta, se celebró en su pequeña habitación de la zona de la enfermería. Formábamos un círculo reducido de personas entre las que se encontraba, de forma totalmente antirreglamentaria, el suboficial de seguridad del equipo sanitario. Un prisionero extranjero invocó a los espíritus con una especie de oración. El administrativo del campo estaba sentado ante una hoja de papel en blanco, sin ninguna intención consciente de escribir. Mientras la sesión concluía con el fracaso del médium en conjurar a los espíritus para que se manifestasen, el administrativo dibujaba con su lápiz, muy lentamente, unas líneas en el papel hasta que surgió, de manera bastante legible, la leyenda «vae v.». Alguien aseguró que el conserje desconocía totalmente el latín; jamás habría escuchado semejante expresión: *vae victis*, «¡ay de los vencidos!». Es bastante probable, en mi opinión, que hubiese oído alguna vez esas palabras, sin captarlas de forma consciente, y permanecieran almacenadas en su interior para que el «espíritu» (el espíritu de su inconsciente) las despertara unos meses antes de la liberación y del final de la guerra.

LA HUÍDA HACIA EL INTERIOR

A pesar del primitivismo físico y mental impuestos a la fuerza, en el campo de concentración aún era posible desarrollar una profunda vida espiritual. Las personas de mayor sensibilidad, acostumbradas a una rica vivencia intelectual, sufrieron muchísimo (su constitución era endeble o enfermiza), sin embargo, el daño infligido a su ser íntimo fue mucho menor, al ser capaces de abstraerse del terrible entorno y sumergirse en un mundo de riqueza interior y de libertad de espíritu. Sólo así se explica la aparente paradoja de que, a menudo, los menos fornidos parecían soportar mejor la vida en el campo que los de constitución más robusta. Para aclarar esta cuestión me veo de nuevo obligado a recurrir a mi experiencia personal. Contaré la serie de rutinas que se repetían cada mañana, antes del alba, cuando nos dirigíamos andando hacia el lugar de trabajo.

Los órdenes sonaban chillonas: «¡Atención, destacamento adelante! ¡Izquierda, 2, 3, 4! ¡Izquierda, 2, 3, 4! ¡El primer hombre, media vuelta a la izquierda, izquierda, izquierda, izquierda! ¡Gorras fuera!».

Todavía retumban en mis oídos esas palabras. A la orden de «¡Gorras fuera!» atravesábamos la verja del campo, mientras nos enfocaban con los reflectores. Quien no desfilara con marcialidad recibía una patada, pero peor suerte corría aquel que, para protegerse del frío, se calaba la gorra hasta las orejas antes de recibir el permiso pertinente.

La oscuridad del alba nos hacía caminar a tumbas, y así tropezábamos con las piedras y pisábamos los charcos de aquella única carretera de acceso al campo. Los guardianes nos conducían a culatazos de sus rifles sin dejar en ningún momento de chillarnos. Los que andaban con los pies llagados se apoyaban en el brazo de su vecino. Apenas se oía una palabra entre nosotros porque el viento helado no propiciaba la conversación. Con la boca protegida por el cuello de la chaqueta, el hombre que marchaba a mi lado me susurró de improviso: «¡Si nuestras mujeres nos vieran ahora! Espero que ellas estén mejor en sus campos y desconozcan nuestra situación». Sus palabras avivaron en mí el recuerdo de mi esposa.

CUANDO SE HA PERDIDO TODO

Durante kilómetros caminábamos a trompicones, resbalando en el hielo y sosteniéndonos continuamente el uno al otro, sin decir palabra alguna, pero mi compañero y yo sabíamos que ambos pensábamos en nuestras mujeres. De vez en cuando levantaba la vista al cielo y contemplaba el diluirse de las estrellas al tiempo que el primer albor rosáceo de la mañana se dejaba ver tras una oscura franja de nubes. Pero mi mente se aferraba a la imagen de mi esposa, imaginándola con una asombrosa precisión. Me respondía, me sonreía y me miraba con su mirada cálida y franca. Real o irreal, su mirada lucía más que el sol del amanecer. En ese estado de embriaguez nostálgica se cruzó por mi mente un pensamiento que me petrificó, pues por primera vez comprendí la sólida verdad dispersa en las canciones de tantos poetas o proclamada en la brillante sabiduría de los pensadores y de los filósofos: el amor es la meta última y más alta a la que puede aspirar el hombre. Entonces percibí en toda su hondura el significado del mayor secreto que la poesía, el pensamiento y las creencias humanas intentan comunicarnos: la salvación del hombre sólo es posible en el amor y a través del amor. Intuí cómo un hombre, despojado de todo, puede saborear la felicidad –aunque sólo sea un suspiro de felicidad– si contempla el rostro de su ser querido. Aun cuando el hombre se encuentre en una situación de desolación absoluta, sin la posibilidad de expresarse por medio de una acción positiva, con el único horizonte vital de soportar correctamente –con dignidad– el sufrimiento omnipresente, aun en esa situación ese hombre puede realizarse en la amorosa contemplación de la imagen de su persona amada. Ahora sí entiendo el sentido y el significado de aquellas palabras: «Los ángeles se abandonan en la contemplación eterna de la gloria infinita».

Delante de mí un hombre tropezó y se desplomó, los que le seguían cayeron sobre él. El guardián se acercó a toda prisa y sacudió el látigo sobre aquellos cuerpos esparcidos en el suelo. Este incidente distrajo mi mente de sus pensamientos un largo instante, pero enseguida mi alma encontró de nuevo el camino para regresar a ese otro fantástico mundo, y olvidándome nuevamente de la cruda realidad de la vida en cautiverio, reanudé la conversación con mi

amada: yo le preguntaba y ella contestaba, después preguntaba ella y respondía yo.

«¡Alto!» Esa orden significaba que habíamos alcanzado el lugar del trabajo. Nos abalanzamos dentro de la oscura caseta con la esperanza de encontrar alguna herramienta en buen estado. Cada prisionero se hizo con una piqueta o una pala.

«¿No podéis daros más prisa, cerdos?» En unos minutos reanudamos el trabajo en la zanja justo donde lo habíamos dejado el día anterior. El suelo helado crujía bajo la acción de las piquetas, y saltaban chispas. Los hombres permanecían en silencio, como con el cerebro entumecido o anestesiado.

Mi mente todavía se aferraba a la imagen de mi mujer. De pronto me asaltó una inquietud: no sabía si aún vivía. Sin embargo, ahora estaba convencido de una cosa, algo que había aprendido demasiado bien: el amor trasciende la persona física del ser amado y encuentra su sentido más profundo en el ser espiritual del otro, en su yo íntimo. Que esté o no presente esa persona, que continúe viva o no, de algún modo pierde su importancia.¹⁰ Ignoraba si mi mujer vivía y carecía de medios para averiguarlo (a lo largo de mi cautiverio jamás tuvimos contacto postal con el exterior); aunque en ese momento esa cuestión tan vital dejó de importarme. No sentía ninguna necesidad de comprobarlo: nada podía afectar a la fuerza de mi amor, de mis pensamientos o a la mirada amorosa de su figura espiritualizada. Si por aquel entonces hubiera conocido la muerte de mi mujer, creo que aun así me habría entregado –insensible a la realidad– a la contemplación de su imagen y mentalmente habría conversado con ella con la misma viveza y satisfacción. «Sella conmigo tu corazón... pues fuerte como la muerte es el amor» (Cantar de los Cantares 8,6).

¹⁰ En el texto alemán, Frankl juega con los conceptos existencialistas «So-sein» y «Dasein» para explicar filosóficamente este complejo pensamiento. (*N. del E.*)

MEDITACIONES EN LA ZANJA

Esta intensificación de la vida interior defendía al prisionero contra el vacío, la desolación y la pobreza espiritual de su existencia actual, al tiempo que le permitía evadirse devolviéndolo a su vida pasada. Al dar rienda suelta a su imaginación, ésta se recreaba en algunos sucesos del pasado, casi nunca en los más llamativos o notorios. Por el contrario, se entretenía con ternura en los pequeños sucesos cotidianos y en las cosas insignificantes. La nostalgia los transfiguraba y los recuerdos adquirían un matiz especial. El mundo que los acogió y su propia existencia parecían muy distantes y, sin embargo, el alma corría hacia ellos llena de añoranza: yo me veía en la parada del autobús, al cerrar la puerta de mi apartamento, contestando al teléfono, encendía las luces... Con frecuencia nuestros recuerdos volaban hacia esos pequeños detalles hogareños con tanta intensidad que casi nos hacían llorar.

A medida que la vida interior del prisionero se hacía más honda, apreciábamos la belleza del arte y de la naturaleza, quizá por primera vez o con una emoción desconocida. Bajo la viveza de esas vivencias estéticas conseguíamos incluso olvidarnos de las terribles circunstancias de nuestro entorno. Si alguien hubiese visto nuestros rostros radiantes de encanto durante el viaje que nos trasladaba de Auschwitz a un campo de Baviera, cuando contemplábamos las montañas de Salzburgo, con sus picos bañados por la luz crepuscular, asomados por los ventanucos de los vagones del tren, nunca hubiese creído que se trataba de unos hombres sin ninguna esperanza de vida y de libertad. A pesar de este hecho –o quizá precisamente por esto– nos embrujaba la belleza de la naturaleza, de la que el cautiverio nos privó durante tanto tiempo. Hasta en el propio campo podía suceder que cualquiera de los prisioneros atrayese la atención de su camarada de trabajo señalándole una hermosa vista de la luz del crepúsculo a través de las altas copas de los bosques bávaros (igual que en la famosa acuarela de Durero). En esos mismos bosques nosotros construíamos un almacén de municiones secreto. Una tarde, ya de regreso en los barracones, derrenegados sobre el suelo, muertos de cansancio, con el cuenco de sopa entre las manos, entró de repente uno de los internos para urgir-

nos a salir al patio y contemplar una maravillosa puesta de sol. Allí, de pie, vimos hacia el oeste unos densos nubarrones y el cielo entero plagado de nubes que continuamente variaban de forma y de color, desde el azul acero al rojo bermellón. Esa luminosidad menguante contrastaba de forma hiriente con el gris desolador de los barracones, especialmente cuando los charcos del suelo fangoso reflejaban el resplandor de aquel cielo tan bello. Luego, tras unos minutos de silencio y emoción, un prisionero le dijo a otro: «¡Qué hermoso *podría* ser el mundo...!».

MONÓLOGO AL AMANECER

En otra ocasión estábamos cavando una zanja. El amanecer sembraba una luz grisácea. Gris el cielo y gris la nieve, bañada por la luz del alba; grises los harapos que malamente cubrían los cuerpos de los prisioneros y también grises sus rostros. Mientras trabajaba, mi imaginación se escapó otra vez a conversar quedamente con mi esposa, o tal vez, intentaba escudriñar la *razón* de mis sufrimientos, de aquella lenta agonía. En una última y violenta protesta contra lo inexorable de una muerte inminente, sentí como si mi espíritu rasgara mi tristeza interior y se elevara por encima de aquel mundo desesperado, insensato, y por algún lugar escuché un victorioso «sí» en respuesta a mi pregunta sobre si la vida escondía en último término algún sentido. En aquel mismo momento encendieron una luz en una granja lejana, una luz que se recortaba sobre el horizonte como una pincelada de color frente al gris miserable de aquel amanecer en Baviera. *Et lux in tenebris lucet*. Y la luz brilla en medio de la oscuridad.

Estuve muchas horas despedazando la tierra helada. El guardia pasaba junto a mí y me insultaba, pero yo continuaba charlando con mi amada. La presentía a mi lado, conmigo, cada vez con más intensidad. Sentía que casi podía tocarla, que si extendía mi mano cogería la suya. Fue una sensación terriblemente viva: ella estaba *allí* realmente. En ese mismo instante un pájaro alzó un breve vuelo y se posó frente a mí, sobre el montón de tierra que había extraído de la zanja, y se me quedó mirando fijamente.

ARTE EN EL CAMPO

Unos párrafos atrás he hablado del arte. ¿Existe algo parecido al arte en un campo de concentración? Depende de lo que uno entienda por arte. De vez en cuando se improvisaba una especie de espectáculo de cabaret: se despojaba temporalmente un barracón, se apiñaban unos cuantos bancos y se ideaba un programa. Allí se daban cita, por la noche, algunos privilegiados del *lager*, los *kapos* en primer lugar, y aquellos a quienes su trabajo cercano les evitaba las largas marchas fuera del campo. Reían, alborotaban un poco, a veces dejaban resbalar una lágrima; cantaban, recitaban poemas, contaban chistes satirizando la vida del campo. Todo con la exclusiva finalidad de ayudarnos a olvidar la cruda realidad, y en verdad lo conseguían. El espectáculo tenía tanto éxito que hasta algún prisionero común se acercaba a la función, a pesar del cansancio agotador y de que tal vez, por ello, perdiera su escuálido rancho diario.

El buen humor es siempre algo envidiable. Al principio del internamiento nos permitían reunirnos en un cuarto de máquinas a medio construir para saborear durante media hora –el descanso del trabajo– la ración de sopa que repartían a medio día (una especie de aguachirle, pues los gastos corrían a cargo de la empresa constructora). Al entrar, cada uno recibía un cucharón de aquella sopa aguada, y mientras la sorbíamos con avidez, un prisionero italiano se encaramaba encima de una cuba y entonaba arias italianas. Disfrutábamos mucho de aquel recital y, como pago, esos días tenía garantizada una ración doble de sopa servida del «fondo» del perol, es decir, ¡con guisantes!

En el campo se premiaba el entretenimiento y también el aplauso. A mí, por ejemplo, pudo haberme protegido (¡y fui muy afortunado en no necesitarlo!) el *kapo* más temido del *lager*, conocido por méritos propios con el sobrenombre de «el *kapo* asesino». Sucedió así: una tarde tuve el gran honor de ser invitado a otra sesión de espiritismo. Se habían dado cita los amigos íntimos del médico jefe y, de nuevo, de forma antirreglamentaria, el suboficial de seguridad del equipo sanitario. Acertó a entrar por casualidad «el *kapo* asesino» y le rogaron nos recitara uno de sus poemas, tristemente célebres en el campo. No se hizo rogar dos veces. Rápidamente sacó una

especie de diario y empezó a leer algunos fragmentos de su obra literaria. Me mordía los labios, hasta hacerme sangre, para no reírme al escuchar uno de sus poemas de amor. Posiblemente con ese esfuerzo salvé la vida. Además le aplaudí con entusiasmo y largueza, adulator, lo cual representaría un trato de favor en el caso de ser asignado a su cuadrilla, a la que me habían destinado un día aciago, y ya me bastó con aquella experiencia. Ahora bien, siempre resultaba útil que «el *kapo* asesino» le conociera a uno desde un ángulo amable, de modo y manera que le aplaudí con todas mis fuerzas.

Cualquier tentativa de buscar arte en el campo adquiría, en general, matices grotescos. La posible leve sensación artística, pienso yo, surgía del fantasmagórico contraste entre lo chusco del espectáculo y la desolación de la vida en el campo, que le servía de telón de fondo. Nunca olvidaré que en mi segunda noche en Auschwitz la música me despertó de un sueño profundo. El vigilante del barracón celebraba una especie de fiestecilla en su habitación, próxima a nuestra puerta. Unas voces achispadas tarareaban canciones conocidas. De pronto se hizo el silencio y en medio de la noche un violín tocó un tango triste y desesperado, una melodía desconocida y quizá por eso más atractiva. Mientras el violín parecía «llorar» el tango, una parte de mí también lloraba: aquel día alguien cumplía veinticuatro años. Ese alguien dormitaba en algún lugar de Auschwitz, tal vez a unos cientos o unos miles de metros de mí; aunque esos pocos metros dibujaban una barrera infranqueable. Ese alguien era mi mujer.

EL HUMOR EN EL CAMPO

El descubrimiento de algo parecido al arte en un campo de concentración sorprenderá bastante al profano en esta materia, pero la sorpresa será aún mayor al escuchar que también chispeaba un cierto sentido del humor; claro está, un humor apagado y, aun así, sólo durante unos breves segundos o unos escasos minutos. El humor es otra de las armas del alma en su lucha por la supervivencia. Es bien sabido que, en la existencia humana, el humor proporciona el distanciamiento necesario para sobreponerse a cualquier situación, aun-

que sea por un breve tiempo. Yo mismo entrené a un colega, compañero de trabajo, para desarrollar su sentido del humor. Le sugerí inventar cada día una historia divertida, una historia que previsiblemente pudiera suceder tras nuestra liberación. Se trataba de un cirujano que había trabajado en el equipo de un gran hospital; intenté arrancarle una sonrisa representando su posible actuación profesional cuando se reincorporara a su antiguo puesto y aún no hubiese olvidado las costumbres adquiridas en el campo. Al pie de obra (y especialmente cuando el supervisor hacía su ronda de inspección) el capataz nos estimulaba a trabajar más rápido al grito de: «¡Acción! ¡Acción!». Así que le dije a mi amigo: «Un día regresarás al quirófano para operar a un paciente de peritonitis. De pronto, un enfermero entrará corriendo y anunciará la llegada del director del equipo de cirugía gritando: «¡Acción! ¡Acción! ¡Qué viene el jefe!».

Otros imaginaban escenas divertidas en el ansiado futuro en libertad. Por ejemplo, en una cena de cierto copete social, se olvidarían de la buena educación al servir la sopa y le rogarían a la anfitriona que les sirviera una cucharada «del fondo», como mendigaban cada noche al *kapo* de turno.

Los afanes por fomentar el sentido del humor y contemplar la realidad bajo una luz humorística constituyen una especie de truco que aprendimos mientras dominábamos el arte de vivir, pues aun en un campo de concentración es posible practicar el arte de vivir, aunque el sufrimiento sea omnipresente. Podríamos explicarlo de esta forma: el sufrimiento humano actúa como un gas en una cámara vacía; el gas se expande por completo y regularmente por todo el interior, con independencia de la capacidad del recipiente. Análogamente, cualquier sufrimiento, fuerte o débil, ocupa la conciencia y el alma entera del hombre. De donde se deduce que el «tamaño» del sufrimiento humano es absolutamente relativo. Y a la inversa, la cosa más menuda puede generar las mayores alegrías. Sirva de ejemplo lo que nos sucedió en el viaje de Auschwitz a un campo filial de Dachau. Temíamos que en realidad el traslado fuese al campo de Mauthausen. Nuestro nerviosismo aumentaba según el tren se acercaba a un puente sobre el Danubio que deberíamos cruzar si el destino final fuera Mauthausen, tal y como lo atestiguaban los prisioneros con experiencia. Alguien que no haya presenciado una escena

similar, difícilmente se imaginará los saltos de júbilo de aquellos prisioneros, hacinados en el vagón, al comprobar que nuestro tren no cruzaba aquel puente: ¡era verdad, «por fortuna» nos dirigíamos a Dachau!

¿Qué sucedió al llegar a Dachau, tras un viaje de dos días y tres noches? En el vagón no había sitio para que todos nos acurrucásemos en el suelo al mismo tiempo; por lo tanto, la mayoría hizo el viaje de pie, mientras algunos se turnaban para medio sentarse sobre la escasa paja, empapada de orines. Llegamos extenuados. Con todo, la información de los internos veteranos consiguió levantarnos el ánimo: el campo era de los calificados como pequeños (con una población de unos dos mil quinientos reclusos) y ¡no tenía «horno», ni crematorios, ni cámaras de gas! En un campo así ni los «musulmanes» terminarían en la cámara de gas, porque deberían esperar, como mínimo, hasta que se organizase un nuevo «convoy» de enfermos que los devolviera a Auschwitz. Esta agradable noticia nos puso a todos de buen humor. El deseo del viejo vigilante de nuestro barracón en Auschwitz se había cumplido: situarse cuanto antes en un campo sin «chimenea», a diferencia de Auschwitz. Bromeamos, reímos, contamos chistes, sin saber lo que nos depararían las horas siguientes...

Al hacer el recuento de los recién llegados faltaba un prisionero. Allí mismo, bajo la lluvia y el viento helado, debíamos esperar hasta que apareciera. Al final lo encontraron dormido en un barracón, abatido por el cansancio. En represalia, pasar lista se transformó en un ejercicio de castigo: toda la noche y la mañana siguiente permanecemos de pie, al aire libre, helados y calados hasta los huesos, y eso después de un viaje agotador. ¡Pues aun así nos sentíamos contentos!: nos encontrábamos en un campo sin chimenea y muy lejos de Auschwitz.

¡QUIÉN FUERA UN PRESO COMÚN!

En otra ocasión pasaron cerca de nuestro lugar de trabajo un grupo de convictos. ¡Con claridad comprendimos la relatividad del sufrimiento humano! Envidiábamos a aquellos presos por su vida tranquila, segura y relativamente ordenada. Quizá se bañaban con algu-

na frecuencia, pensábamos con tristeza. Seguro que disponían de cepillos de dientes, de ropa, de un colchón –uno para cada uno– y mensualmente el correo les traía noticias de los suyos, o al menos sabían si estaban vivos o muertos. Nosotros hacía mucho tiempo que carecíamos de todas esas cosas.

¡E incluso envidiábamos a aquellos de los nuestros que gozaban de la oportunidad de entrar en una fábrica y trabajar en un espacio cubierto, al abrigo de las lluvias y los vientos! Cuánto ansiábamos cualquier privilegio, pues la escalera de la suerte relativa tenía muchos escalones. Por ejemplo, entre los destacamentos que trabajaban fuera del campo (en uno de ellos me encontraba yo) existían diferencias notables. Uno envidiaba a aquel que no sufría la mala suerte de chapotear en la húmeda y fangosa arcilla de una pendiente escarpada, mientras vaciaba los artesones de un pequeño ferrocarril durante doce horas diarias. Gran parte de los accidentes se producían en esta enojosa actividad, y la mayoría resultaban mortales.

En otras cuadrillas de trabajo el capataz mantenía la tradición, al parecer local, de propinar golpes a diestro y siniestro entre los prisioneros; eso nos hacía disfrutar la suerte relativa de no estar bajo su mando, o al menos, estarlo sólo temporalmente. Una vez, a causa de una fatalidad, me incluyeron en ese grupo. En las dos primeras horas de trabajo el capataz se ensañó conmigo a gusto; providencialmente una alarma aérea nos obligó a dispersarnos y a reagruparnos pasado un tiempo. Si no llega a ser por esa alarma seguramente hubiese regresado al campo en alguna de las camillas preparadas para transportar a los muertos o a los moribundos (casi siempre por la extrema fatiga). Nadie puede imaginar el alivio que, en semejante situación, produce el sonido de la sirena; ni siquiera un boxeador al escuchar la campana que anuncia el final de un asalto salvándole así, en el último instante, de un k. o. seguro.

SUERTE ES LO QUE A UNO NO LE TOCA PADECER

Agradecíamos el más insignificante de los alivios. Nos conformábamos con tener tiempo para despiojarnos antes de ir a la cama, aunque en sí mismo eso no supusiera ningún placer, pues implicaba

estar desnudos en un barracón con carámbanos colgando del techo. En esas condiciones aún nos felicitábamos si no sonaban las alarmas y la luz permanecía encendida mientras duraba la operación. En la oscuridad resultaba imposible despiojarse y eso suponía pasar la noche en vela.

Los escasos placeres de la vida del campo producían una especie de felicidad negativa —«la liberación del sufrimiento», en expresión de Schopenhauer—, e incluso, como ya hemos dicho, representaban una alegría relativa. Los verdaderos placeres positivos escaseaban, hasta los más pequeños. Recuerdo haber llevado la contabilidad de los placeres diarios y en el espacio de varias semanas recoger tan sólo dos momentos placenteros. Uno de ellos sucedió al regreso del trabajo, cuando fui admitido en el barracón de cocina, tras una larga espera, y me asignaron la fila que atendía el cocinero-prisionero F. Semioculto detrás de las enormes caceras, F. servía la sopa con endiablada rapidez en los cuencos que le presentaban los prisioneros. Era el único cocinero que repartía la sopa con equidad, sin reparar en los recipientes ni en los hombres, sin favoritismos para con sus amigos o paisanos; otros cocineros reservaban las patatas para sus amigos, mientras el resto se quedaba con la sopa aguada de la superficie.

Pero a mí no me incumbe juzgar a los prisioneros que preferían a su propia gente. ¿Quién se atreve a arrojar la primera piedra contra aquel que favorece a sus amigos en unas circunstancias en que, tarde o temprano, la cuestión a ventilar era la vida o la muerte? Nadie debería juzgar, nadie, a no ser que con absoluta sinceridad pudiera asegurar que, en una situación similar, actuaría de manera diferente.

Años más tarde de mi reingreso a la vida normal (bastante tiempo después de ser liberado), una persona me mostró una revista con fotografías de unos prisioneros hacinados en sus catres, mirando insensibles e inexpresivos a un visitante. «¿No es algo terrible esos rostros mirando fijamente? ¿Y lo que dejan traslucir...?»

«¿Por qué?», pregunté, pues en verdad no lo comprendía. De repente lo volví a percibir tal y como fue: las cinco de la mañana y su grisácea oscuridad en el patio. Yo dormitaba en un duro tablón sobre el suelo de arena del barracón donde «se cuidaba» a unos seten-

ta internos. Estábamos enfermos, y eso nos ahorra el formar al amanecer y las largas caminatas hasta el lugar de trabajo. Podíamos permanecer tumbados todo el día en nuestro rincón y amodorrarnos en espera del reparto de pan diario (más escaso para los enfermos) y el rancho de sopa (aguada y en menor cantidad). Y, sin embargo, nos sentíamos contentos, satisfechos a pesar de los pesares, apretujados los unos contra los otros para conservar el calor, paralizados por la pereza y sin la menor intención de mover ni un dedo sin necesidad. Esa indolente quietud contrastaba con el ruido de la explanada que avisaba del regreso del turno de noche y el comienzo de la formación para el recuento, con sus correspondientes órdenes a puro grito y los agudos sonidos de los silbatos y las sirenas. La ventisca abrió la puerta de par en par y la nieve entró en el barracón. Un camarada exhausto y cubierto de nieve, andando a trompicones, logró sentarse con nosotros unos breves minutos porque el vigilante lo expulsó enseguida. Estaba tajantemente prohibido admitir a un extraño en un barracón mientras se procedía al recuento. ¡Cómo me compadecí de aquel individuo! ¡Y cómo me alegré de no encontrarme en su lugar, sino dormitando en la enfermería! ¡Qué alivio suponía el pasar allí dos días y quizá, con un poco de fortuna, otros dos más!

Las fotografías de la revista me despertaron este recuerdo. Al contar mi experiencia, los que me escuchaban comprendieron por qué no me resultaban tan horripilantes aquellas escenas: tal vez los hombres retratados en actitud inexpresiva no se sentían tan desgraciados como ellos podían imaginar.

¿AL CAMPO DE INFECCIOSOS?

Mi suerte seguía sin abandonarme. Al cuarto día de mi estancia en la enfermería, y en espera de ser destinado al turno de noche –lo que supondría una muerte segura–, el médico jefe entró apresuradamente en el barracón para sugerirme que me presentase voluntario para desempeñar tareas médicas en un campo de pacientes de tifus. En contra de la insistencia de mis amigos –y aunque ningún colega se ofreció– decidí acudir como médico. Era plenamente consciente de

mi debilidad física; en un comando de trabajo, en esas condiciones, moriría en poco tiempo, y en tal caso, al menos deseaba darle algún sentido a mi muerte. Me pareció más sensato intentar ayudar a mis compañeros como médico que vegetar o perder la vida en un trabajo improductivo e inútil. Me planteé la situación en términos de puras matemáticas, sin elevarlo a la categoría de sacrificio. Tiempo después me enteré que el suboficial del equipo sanitario, a escondidas, ordenó «cuidar» especialmente a los dos médicos voluntarios hasta su traslado al campo de infecciosos. Nuestro aspecto era tan frágil y demacrado que seguramente temía enviar, en vez de dos médicos, un par de cadáveres más.

Ya he dicho que, a nuestros ojos, carecía de cualquier valor aquello que no se relacionara directamente con la lucha inmediata por la supervivencia de uno mismo y de sus amigos. Se supeditaba todo a ese exclusivo fin. Este bregar por la supervivencia imantaba la personalidad hasta provocar una crisis interior, una especie de torbellino mental, cuya primera consecuencia era poner en solfa la jerarquía de valores del prisionero, esos valores que dirigían su conducta en su existencia anterior al internamiento. Bajo el influjo de un entorno que no reconocía la vida y la dignidad del hombre, que le despojaba de la voluntad y lo reducía a «carne de extermínio» (eso sí, después de exprimirle hasta la última gota de sus fuerzas físicas), el yo personal prescindía de sus principios morales. Esa crisis significaba un momento crucial, pues si en un supremo esfuerzo por conservar la dignidad humana, el prisionero no luchaba por mantener sus principios, terminaba por perder la conciencia de su individualidad –un ser con mente propia, con voluntad interior e integridad personal– y se consideraba a sí mismo una simple fracción de una enorme masa de gente: la existencia descendía a un nivel animal. A los prisioneros se les transportaba en manadas –de un lugar a otro; a veces juntos, a veces separados–, como un rebaño de ovejas sin voluntad ni pensamientos propios. Un reducido grupo de vigilantes, bien adiestrados en métodos de tortura y sadismo, casi una jauría, los observaba desde todos los ángulos. Conducían a la manada sin cesar, atrás, adelante, con gritos, patadas y golpes; mientras obedecíamos como borregos, nuestras mentes se centraban en dos únicos pensamientos: cómo eludir a los perversos sabuesos y

cómo conseguir un poco de comida. Igual que las ovejas se agolpan tímidamente en el centro del rebaño, así nosotros buscábamos el centro de las formaciones: allí teníamos más oportunidades de evitar los golpes de los guardias, quienes marchaban a los flancos, el frente y la retaguardia del comando. Además, nos protegía del frío y del viento, de forma y manera que el afán por disolverse en medio de la multitud, literalmente hablando, implicaba una maniobra para salvar el pellejo. Una maniobra que, en general, ejecutábamos de modo automático a la hora de formar; sin embargo, en ocasiones se convertía en un acto deliberadamente consciente despertado por las imperativas leyes del instinto de conservación en el *lager*: no llamar la atención. Siempre hacíamos lo posible y lo imposible para no llamar la atención de las SS.

AÑORANZA DE SOLEDAD

Por supuesto que en ocasiones resultaba posible, y hasta necesario, mantenerse alejado de la multitud. Es bien sabido que una vida comunitaria impuesta, y más en cautiverio, donde te sientes observado continuamente hasta en los más banales actos del día, puede hacer surgir un irrefrenable deseo de alejarse, de estar solo, al menos unos breves instantes. El prisionero anhelaba estar a solas consigo mismo y con sus pensamientos. Añoraba intimidad y soledad.

Después de mi traslado a uno de los llamados «campos de reposo», tuve la increíble fortuna de encontrar, de vez en cuando, cinco minutos de soledad. Detrás del barracón de trabajo, donde se hacinaban unos cincuenta pacientes delirantes sobre un suelo de tierra, descubrí un lugar tranquilo junto a la doble alamburada que rodeaba el campo. Allí habían improvisado una tienda con unos cuantos postes y unas ramas de árbol como cobertizo para guarecer a unos seis cadáveres (la media diaria de muertes en el campo). A su lado un pozo, por el que se accedía a las tuberías de la conducción del agua, cubierto con una tapa de madera. Cuando no eran reclamados mis servicios, aprovechaba para sentarme en cuclillas sobre el pozo y contemplar el florecer de las verdes laderas y las lejanas colinas azuladas del paisaje bávaro, enmarcado por las mallas de la alam-

brada de espino. Soñaba melancólico y mis pensamientos vagaban al norte, al nordeste y en la ansiada dirección de mi hogar, aunque en realidad sólo veía nubes estrafalarias de formas lúgubres.

Los cadáveres tendidos a mi alrededor, hormigueantes de piojos, no me perturbaban lo más mínimo. Tan sólo me despertaban de mis ensueños las inquietantes pisadas de los guardias de patrulla por el contorno del campo; otras veces era el aviso de la enfermería para recoger un nuevo suministro de medicinas para mi barracón. ¿Remesa de medicamentos? La remesa se reducía a cinco o diez tabletas de aspirina para cincuenta pacientes y varios días. Las recogía y a continuación pasaba mi ronda, paciente a paciente: les tomaba el pulso y administraba media tableta de aspirina a los casos graves. Los enfermos desahuciados no recibían ningún medicamento. Para nada les hubiese servido ya y, además, privarían de ellas a los enfermos con alguna esperanza de curación. Para los pacientes leves reservaba una palabra de aliento, una palabra de ánimo: no tenía nada más. Y esa visita, camarada a camarada, la hacía medio a rastras, pues yo me encontraba exhausto y convaleciente aún de un fuerte ataque de tifus. Terminada la ronda regresaba a sentarme sobre la tapadera del pozo, mi lugar solitario.

Por cierto, ese pozo salvó en una ocasión la vida de tres compañeros. Poco antes de la liberación, las autoridades del *lager* organizaron transportes masivos al campo de Dachau. Estos tres compañeros, con sensatez, intentaron evitar el viaje. Bajaron al pozo y allí se escondieron de los guardias. Yo me senté tranquilamente sobre la tapa y, con aire inocente, me puse a tirar piedrecitas a la alambrada como si se tratase de un juego infantil. Un guardia reparó en mí, desconfió un momento, pero mi actitud ingenua le tranquilizó y siguió su marcha. Más tarde pude avisar a los escondidos que lo peor ya había pasado.

JUGUETE DEL DESTINO

Para una persona ajena a las condiciones de vida en el *lager*, le resultaría incomprensible el poco valor que se le concedía a la vida humana. El prisionero ya se encontraba con el corazón endurecido, pero

cada vez que se organizaba un «convoy» de enfermos se avivaba en él esa conciencia de absoluto desprecio por la vida. Los cuerpos demarcados o acartonados se tiraban sobre unas carretillas, empujadas por otros prisioneros a lo largo de varios kilómetros, a veces entre tormentas de nieve, hasta alcanzar el campo más próximo. Si algún pobre enfermo moría antes de salir se le echaba igualmente en la carretilla, ¡porque la lista de prisioneros tenía que cuadrar! La lista era lo único importante. Los hombres sólo contaban por su número de prisionero. Es más, se convertían en un «número»: estar vivo o muerto carecía de importancia, porque la vida de un «número» resulta completamente irrelevante. Y todavía importaba menos lo que se escondía detrás de la existencia de aquel número: su destino, su historia, su mismo nombre... En un transporte de enfermos desde un campo de Baviera a otro, que yo acompañaba en calidad de médico, se subió un prisionero joven cuyo hermano no estaba apuntado en la lista y a quien, por lo tanto, habríamos tenido que dejar en tierra. El joven imploró con tal insistencia que el guardia decidió cambiar al hermano por un hombre que, de momento, prefería quedarse. Todo resultó muy sencillo: el hermano y el hombre intercambiaron su número de prisioneros, y sus apellidos; poco importaba, pues carecíamos de documentación y nuestra única suerte consistía en conservar el cuerpo que aún respiraba. Así de fácil: ¡Lo importante era que la lista cuadrara!

Poco nos interesaban las cosas de nuestro alrededor... Ni los harapos que pendían de nuestros esqueletos macilentos. Tal vez cobrarán una nueva utilidad cuando se organizaban transportes de enfermos. En ese caso, se examinaba con indisimulada curiosidad a los «musulmanes» que partían, para comprobar si sus abrigo o zapatos estaban en mejor estado que los de uno y, en tal caso, cambiárselos. Al fin y al cabo, su suerte ya estaba echada. Sin embargo, los que permanecían en el campo y eran capaces de trabajar debían aguzar sus recursos para incrementar las menguadas posibilidades de supervivencia. No cabía ni un grano de sentimentalismo. Los prisioneros se sabían totalmente a merced del humor de los guardias –juguetes o caprichos del destino– y eso les convertía en más inhumanos todavía de lo que las circunstancias permitían presagiar.

Yo mantenía, antes de mi internamiento, que un hombre, en cinco o diez años, estaba en condiciones de conocer si un acontecimiento le resultó favorable o desfavorable para su existencia. En el campo de concentración los tiempos se acortaron: con frecuencia sabíamos si algo nos resultaba bueno o malo al cabo de cinco o diez minutos. En Auschwitz me dicté una regla que demostró ser acertada, y que otros adoptaron más tarde. Consistía en contestar, como norma general, con la verdad a todo lo que se me preguntaba, pero sólo a lo que se me preguntaba. Si me preguntaban la edad, la decía; si deseaban conocer mi profesión, decía «médico», sin más explicaciones, sin añadir la especialidad. En mi primera mañana en Auschwitz, un oficial de las SS asistió a la revista. Nos ordenaron agruparnos siguiendo diferentes criterios: prisioneros de más de cuarenta años, de menos de cuarenta, trabajadores del metal, mecánicos, etc. A continuación examinaron si teníamos hernias, y con algunos conformaron un grupo aparte. El mío fue conducido a otro pabellón, donde nos alinearon de nuevo. Tras otra selección y después de nuevas preguntas sobre mi edad y profesión, me incluyeron en un grupo muy reducido. Luego nos condujeron a otro barracón agrupados de forma diferente. Este proceso se alargó durante bastante tiempo, y comencé a sentir un cierto desasosiego al verme rodeado de extranjeros, que hablaban unos idiomas para mi ininteligibles. Por fin pasé la última revisión y de nuevo me encontré con mis antiguos amigos del grupo inicial, aquellos del primer barracón. Mis compañeros apenas se percataron que yo había deambulado de barracón en barracón. Pero yo sí fui consciente de que en ese tiempo el destino se había cruzado ante mí de muy diversas maneras en cada ocasión.

Cuando se organizó el traslado de los enfermos al «campo de descanso», incluyeron mi nombre –es decir, mi número– porque se necesitaban algunos médicos. Nadie creyó que el final del trayecto fuese en verdad un campo de reposo. Estábamos al tanto de las viejas artimañas, y de las tácticas. Unas semanas atrás, se había organizado un traslado similar y todos sospechamos que los deportados acabaron directamente en las cámaras de gas. Tal era el nivel de incredulidad, que cuando se anunció la posibilidad de borrarse de la lista del traslado presentándose como voluntario

para el temido y agotador turno de noche, de inmediato se ofrecieron ochenta y dos prisioneros. Quince minutos después se canceló el transporte, pero aquellos ochenta y dos permanecieron inscritos en la lista del turno de noche: para la mayoría de ellos supuso la muerte en los días cercanos.

LA ÚLTIMA VOLUNTAD APRENDIDA DE MEMORIA

Ahora se organizaba por segunda vez un transporte a un campo de reposo. La duda persistía obsesivamente entre los reclusos: o bien se trataba de una estratagema para aprovecharse de los enfermos hasta su último aliento –aunque sólo duraran catorce días–, o bien su destino inexorable terminaba en las cámaras de gas, o bien acabarían en un verdadero campo de reposo. Todo resultaba insidiosamente incierto. El médico jefe, que me tomó cierto cariño, me comentó furtivamente una noche a las diez menos cuarto:

«He dicho en la oficina que todavía se puede borrar tú nombre de la lista. Tienes de tiempo hasta las diez».

Le contesté amigablemente que ese tipo de comportamiento no iba conmigo. Yo había aprendido a dejar que el destino siguiera su curso.

«Prefiero quedarme con mis amigos», le contesté.

En sus ojos asomó una mirada de piedad, como si comprendiera... Estrechó mi mano en silencio, a modo de adiós, no para la vida, sino desde la vida. Despaciosamente regresé a mi barracón, en dónde aún me esperaba un buen amigo:

«¿De verdad quieres irte con ellos?», me preguntó compungido.

«Sí, voy a ir.»

Se le saltaron las lágrimas e intenté consolarle. En su triste compañía expresé mi última voluntad:

«Otto, escucha, si acaso no regreso a casa junto a mi mujer y tú la vuelves a ver, dile que yo hablaba de ella todos los días, a todas horas. Recuérdalo. En segundo lugar, dile que la he amado más que a nadie en el mundo. Y en tercer lugar, que la felicidad del breve tiempo de nuestro matrimonio compensa todo lo demás, incluido el sufrimiento soportado aquí.»

Otto, ¿dónde estás ahora? ¿Vives? ¿Qué ha sido de ti desde aquel momento que lloramos juntos? ¿Encontraste a tu esposa? ¿Recuerdas cómo te hice memorizar, palabra a palabra, mi testamento, a pesar de tus lágrimas de niño?

A la mañana siguiente partí con el transporte. Fue un traslado sin truco. Realmente llegamos a un campo de reposo, y no a una cámara de gas. Aquellos que antes me compadecieron se quedaron en un campo donde el hambre se ensañó con ellos en toda su fiereza. Intentaron salvarse pero con ello sellaron su propio destino, firmaron su sentencia de muerte. Meses más tarde, después de la liberación, me encontré con un amigo mío vigilante de aquel campo. Me contó que a los pocos días de mi marcha, le encargaron buscar un trozo de carne humana «robada» de una pila de cadáveres. La encontró cociéndose en el fondo de un puchero. El canibalismo había hecho su aparición; yo me fui justamente a tiempo.

¿No recuerda todo esto el viejo cuento de *Muerte en Teherán*? En cierta ocasión, un poderoso y rico persa paseaba por el jardín con uno de sus criados visiblemente turbado ante la vista de la Muerte, una Muerte que le había amenazado. Suplicaba a su amo le prestase un caballo veloz para apresurarse a llegar a Teherán aquella misma tarde. El amo accedió y el sirviente se alejó al galope. Al regresar a casa, el amo también se encontró con la Muerte y le preguntó: «¿Por qué has asustado y aterrorizado a mi criado?». «Yo no lo he amenazado, sólo mostré mi sorpresa al verle aquí cuando en mis planes estaba encontrarlo esta noche en Teherán», respondió la Muerte.

PLANES DE FUGA

El prisionero de un campo de concentración tenía un miedo brutal a tomar decisiones o a adoptar cualquier tipo de iniciativa. Era la consecuencia del fuerte sentimiento de saberse un juguete del destino, como si el destino irremediamente se hubiese apoderado de uno; era mejor no pretender interferir y dejarle seguir su propio curso. Cuéntese, además, con la típica apatía que paralizaba el ánimo de los prisioneros. No obstante, a veces, era necesario tomar decisiones apresuradas, rápidas, que podían implicar la vida o la muer-

te, aunque quizás el prisionero preferiría que el destino eligiera por él. Este querer zafarse de la responsabilidad de decidir se manifestaba especialmente si al prisionero se le presentaba la ocasión de evadirse: ¿fugarse o no fugarse del campo? En aquellos escasos minutos para reflexionar y decidir –y siempre era cuestión de unos pocos minutos–, sufría las infernales torturas de la indecisión. ¿Debía intentar escapar? ¿Resultaba razonable correr ese riesgo?

También yo experimenté ese tormento. Tuve la oportunidad de fugarme cuando se acercaba el frente de batalla. Un médico amigo, encargado de visitar los barracones fuera del campo, pretendía evadirse y llevarme con él. Conseguiría sacarme del campo con el pretexto de que un enfermo grave precisaba del consejo de un especialista. Una vez afuera, un miembro de la resistencia extranjera nos facilitaría uniformes, documentos y alimentos. A última hora surgieron ciertas dificultades técnicas y nos vimos obligados a regresar al *lager* una vez más.

La escaramuza sirvió para surtirnos de algunas provisiones –unas cuantas patatas podridas– y conseguir una mochila para cada uno. Pudimos colarnos en un barracón vacío de la sección de mujeres, a quienes seguramente ya habían evacuado a otro campo. El barracón presentaba un desorden total, caótico: daba la impresión de que algunas mujeres encontraron víveres y escaparon sobre la marcha. Por el suelo, abandonados, dejaron desperdicios, ropas hechas jirones, pajas, alimentos podridos y loza rota. Algunos tazones se conservaban en buen estado y nos hubiesen resultado muy útiles, pero decidimos dejarlos. Bien sabíamos que, en la última época, cuando la situación se volvió desesperada, los cuencos no se utilizaban sólo para comer, sino también como palanganas y orinales. (En el campo regía una inflexible norma que prohibía tener cualquier tipo de utensilio en los barracones; pero muchos prisioneros se vieron forzados a incumplirla, especialmente los afectados de tifus, demasiado débiles para salir al chamizo a hacer sus necesidades, ni siquiera con la ayuda de otros.) Mientras yo vigilaba, mi amigo entró en el barracón y al poco volvió con la mochila escondida bajo su chaqueta. Después vigiló él y entré yo. Al escarbar entre aquella basura en busca de mi mochila, y tal vez de un cepillo de dientes, observé de pronto, entre aquellos objetos abandonados, y como uno más, el cadáver de una mujer...

De nuevo en mi barracón hice acopio de mis posesiones: mi cuenco, un par de mitones rotos («heredados» de un paciente muerto de tifus), y unos cuantos recortes de papel con signos taquigráficos (en los que, como ya conté, empecé a recomponer el manuscrito perdido a la entrada de Auschwitz). Pasé una última y rápida ronda de visita a mis pacientes, que yacían hacinados sobre los camastros de madera carcomida, a ambos lados del barracón. Me acerqué a un paisano mío, agonizante, cuya vida yo me empeñaba en salvar a pesar del evidente deterioro. Debía guardar la máxima discreción sobre mi intento de fuga, pero mi camarada pareció intuir algo (quizá captó mi nerviosismo). Con voz cansada me preguntó: «¿Tú también te vas?». Lo negué, aunque me costó mucho eludir su triste mirada. Al terminar la ronda regresé a su lado. Otra vez me atravesó su mirada triste y sentí dentro de mí algo así como una especie de acusación o de reproche. Aquellos ojos desesperados agudizaron la inquietud desapacible que oprimía mi corazón desde el instante mismo en que resolví evadirme del campo. De repente decidí, por una vez, mandar sobre mi destino. Salí a toda prisa y le comuniqué a mi amigo que no me marcharía con él. Tan sólo con decirlo, con expresar mi inquebrantable resolución de permanecer junto a mis enfermos, desapareció mi inquietud interior. Desconocía lo que nos depararían los días por venir, pero gané en íntima paz, una paz que jamás había experimentado antes. Volví al barracón, me senté en los tablones, a los pies de mi paisano, y procuré consolarle; luego charlé un poco con los demás, intentando tranquilizarles y aliviar sus delirios.

Y llegó el último día que pasamos en el campo. Al acercarse el frente de guerra, los prisioneros fueron trasladados a otros campos. Las autoridades, los *kapos* y los cocineros se esfumaron como por ensalmo. Aquel día se dio la orden de la evacuación total del campo al atardecer. Los pocos que aún permanecían allí –los enfermos, unos pocos médicos, y el «personal sanitario»– tendrían que marcharse inmediatamente. Por la noche se prendería fuego al campamento.

Pues bien, a media tarde aún no habían aparecido los camiones encargados de recoger a los enfermos. Los acontecimientos parecían cobrar un nuevo rumbo: de pronto se cerraron las puertas y

se intensificó la estrecha vigilancia sobre la alambrada, para evitar los intentos de fuga. Todo parecía indicar que se condenaba a los enfermos a desaparecer en el fuego de su propio campo.

El nuevo curso de los acontecimientos nos decidió, a mi amigo y a mí, a intentar la huida por segunda vez. Nos mandaron enterrar a tres hombres al otro lado de la alambrada. Éramos los únicos con las fuerzas suficientes para realizar aquel encargo; los demás presos yacían en los pocos barracones aún en uso, vencidos por la fiebre y el delirio. Trazamos nuestro plan: con el primer cadáver sacaríamos la mochila de mi amigo escondida en la vieja tinaja de ropa sucia que hacía las veces de ataúd; de la misma forma llevaríamos mi mochila debajo del segundo cadáver; y en el tercer viaje trataríamos de escaparnos. Los dos primeros traslados se realizaron según el plan previsto. Tras el segundo viaje mi amigo intentó conseguir algo de pan para poder resistir los días que pasaríamos en los bosques. Esperé. Pasaban los minutos y empecé a impacientarme al ver que no aparecía por ningún lado. Después de tres años de cautiverio, imaginaba con alegría la libertad, el maravilloso gozo de correr hacia el frente de guerra. Más tarde me informaron de lo tremendamente peligrosa que hubiese resultado aquella fuga en dirección al frente. Pero no llegamos tan lejos. En el preciso instante en que mi amigo corría hacia mí, se abrió de pronto la verja del campo y un flamante camión, de color aluminio y pintado con grandes cruces rojas, rodó lentamente hasta la explanada central donde nosotros formábamos. En el camión color aluminio viajaba un delegado de la Cruz Roja Internacional de Ginebra, y el campo y sus harapientos ocupantes quedamos bajo su protección. El delegado se alojó en una granja vecina para estar cerca del campo y acudir en nuestro auxilio en caso de emergencia. ¿Quién pensaba ya en evadirse? Del camión descargaron cajas con medicinas, repartieron cigarrillos, nos fotografiaron y nos inundó la alegría. Con aquella visita inesperada ya no teníamos necesidad de salir corriendo para alcanzar el frente de batalla.

En lo febril de nuestra excitación olvidamos el tercer cadáver. Lo sacamos afuera y lo enterramos en la estrecha «fosa» cavada para los tres cuerpos. El guardia de turno –un hombre relativamente inofensivo– se volvió de pronto extremadamente amable. Adivinó

que las tornas habían cambiado e intentó granjearse nuestra simpatía: se unió a las breves oraciones que rezamos por los muertos antes de echar tierra sobre ellos. Tras la tensión de los días y las horas pasadas, las palabras de nuestras plegarias rogando por la paz fueron tan fervientes como las más ardorosas que voz humana haya musitado jamás.

El último día en el *lager* fue como un anticipo de libertad. Aunque nuestro regocijo resultó prematuro. El delegado de la Cruz Roja aseguró que se había firmado un acuerdo para no evacuar nuestro campo. Sin embargo, por la noche aparecieron los camiones de las SS con la orden de despejar el campo. Los últimos prisioneros serían enviados a un campo central desde donde se les remitiría a Suiza, en un plazo inferior a las cuarenta y ocho horas, para ser intercambiados por prisioneros de guerra. A duras penas reconocíamos a los hombres de las SS: se mostraban con una amabilidad desconocida animándonos a subir sin miedo a los camiones y casi felicitándonos por nuestra buena suerte. Los que aún conservaban algunas fuerzas se apiñaron en los camiones; a los más débiles o enfermos se les ayudó a subir, no sin bastante dificultad. Mi amigo y yo –sin ocultar ya nuestras mochilas– ocupábamos el grupo final. De ese grupo sólo eligieron a trece presos para completar el último camión. El médico jefe se encargó de contar el número exacto, sin incluirnos ni a mi amigo ni a mí. Los trece subieron al camión y el resto nos quedamos en el campo. Sorprendidos, desilusionados y enfadados se lo reprochamos al doctor, pero él se disculpó con la excusa de que quizá se distrajo por su mucha fatiga. Aseguró, además, que aún creía en nuestra decidida intención de fugarnos. Nos sentamos impacientes junto a los otros prisioneros, con las mochilas a la espalda, a la espera de otro posible camión... Resultó una larga espera. Rendidos, acabamos por tumbarnos en los colchones del cuarto de guardia –ahora vacío–; estábamos extenuados por la agitación de las últimas horas, y días, que nos mantenía fluctuando continuamente entre la esperanza y la desesperanza. Dormimos con la ropa y los zapatos puestos, listos para el inminente viaje...

Nos despertó el estruendo de los rifles y los cañones. Los fogonazos de las bengalas y los disparos de los fusiles iluminaban el barra-

cón. El médico jefe entró y nos mandó cubrirnos y echarnos a tierra. Un prisionero saltó sobre mi estómago desde su litera, con los zapatos puestos. ¡Vaya si me despertó! Entonces caímos en la cuenta de lo que estaba pasando: ¡el frente nos había alcanzado! Se amortiguó el tiroteo y brotó el amanecer. Allá fuera, en el mástil junto a la verja del campo, una bandera blanca ondeaba al viento.

Hasta varias semanas después no supimos que el destino, otra vez, había jugado con los pocos prisioneros no evacuados del campo. De nuevo percibimos lo incierto de las decisiones humanas, de manera especial si atañen a la vida o a la muerte. Ahora contemplaba unas fotografías tomadas en un pequeño campo cercano al nuestro. Bastantes prisioneros salieron esperanzados aquella noche camino de la libertad en los camiones cuyo cupo se completó sin subirnos a nosotros. Pues bien, esos hombres acabaron abrasados en unos barracones pasto de las llamas, unas llamas que pretendían borrar toda huella del holocausto. Los cuerpos de aquellos camaradas, parcialmente carbonizados, resultaban reconocibles en las fotografías. Recordé, una vez más, la historia de la *Muerte en Teherán*.

IRRITABILIDAD

Además de su función como mecanismo de defensa, la apatía de los prisioneros era también el efecto de otros factores. El hambre y la escasez de sueño la agudizaban –como sucede en la vida normal–, y también la irritabilidad general, otra de las características de la psicología de los prisioneros de los campos de concentración. La falta de sueño se debía en buena parte a la plaga de pulgas que infestaba los superpoblados barracones sin ninguna medida de higiene ni de atención sanitaria. Súmese, además, la ausencia total de esos productos que en la vida ordinaria aplacan o mitigan la sensación de apatía e irritabilidad: la cafeína y la nicotina.

A estas causas físicas se asociaban también las psicológicas, casi siempre en forma de ciertos complejos. Buena parte de los prisioneros sufrían una especie de complejo de inferioridad. Todos fuimos –o creímos ser– «alguien» en nuestra existencia anterior al internamiento. Ahora se nos trataba como si fuésemos un

«don nadie», como si casi no existiésemos. (La profunda dignidad de sentirse un ser humano está tan arraigada en la dimensión espiritual del hombre que resulta imposible arrancarla incluso en las lacerantes condiciones de un *lager*; sin embargo, ¿cuántos hombres, libres o cautivos, conservan una autoestima tan firme?) Sin ser muy consciente de ello, lo cierto es que el prisionero medio se sentía trágicamente degradado, deshonrado. Eso se hacía evidente al observar el contraste que ofrecía la peculiar estructura sociológica del campo. Los prisioneros de «mayor rango» –*kapos*, cocineros, intendentes, policías–, como norma general, no se sentían degradados, tal y como nos sucedía al resto de los prisioneros; al contrario, se consideraban ¡ascendidos!, ¡promovidos! Algunos incluso alimentaban pequeños delirios de grandeza. La reacción psicológica de la mayoría, envidiosa y rencorosa ante esa minoría de privilegiados, era patente y frecuente, y a veces afloraba sencillamente en forma de bromas y chascarrillos. Por ejemplo, una vez escuché una conversación entre dos prisioneros referente a un *kapo*, uno decía al otro: «¿Querrás creerlo? Conocí a ese hombre cuando sólo era el presidente de un gran banco. Ahora el cargo de *kapo* se le ha subido a la cabeza».

Cuando la mayoría degradada y la minoría privilegiada entraban en conflicto (y las ocasiones se multiplicaban a lo largo del día, empezando por el reparto de comida...) los desenlaces eran explosivos. De forma y manera que la irritabilidad general –cuyas causas físicas he analizado anteriormente– se intensificaba al añadirle las tensiones psicológicas que despertaban en los prisioneros. No debe sorprendernos que esa tensión interna desembocara en una lucha abierta, en una pelea general. Como el prisionero era testigo habitual de escenas de brutalidad desorbitada, su impulso agresivo aumentaba sensiblemente. Yo mismo notaba crispase mis puños cuando la rabia se apoderaba de mí, aunque yacía hambriento y cansado. Y el cansancio era mi estado habitual, pues durante la noche debía cebar la estufa, un privilegio exclusivo del barracón de los enfermos del tifus. A pesar de todo, allí pasé alguna de las horas más idílicas de mi vida. Al abrigo de la noche y al calor de la lumbre, mientras mis compañeros enfermos deliraban o maldormían, yo podía estirarme frente a la estufa y asar unas cuantas patatas roba-

das en un fuego alimentado con un carbón también robado en otras dependencias. Disfrutaba de un pequeño placer pero al día siguiente me sentía todavía más cansado, insensible e irritable.

Mientras trabajé como médico en el pabellón del tifus, tuve que ocupar, por enfermedad de un colega, la plaza de jefe del bloque. Eso suponía que, ante las autoridades del campo, era el responsable de la limpieza del barracón, si la categoría de limpieza es posible aplicarla a aquellas míseras condiciones de habitabilidad. Estoy convencido de que la finalidad de las frecuentes inspecciones del barracón era más la tortura mental que la higiene. Mayor cantidad de alimentos y unas cuantas medicinas nos hubieran ayudado más, pero la única preocupación de los inspectores consistía en no encontrar ni una brizna de paja en el pasillo y revisar que las mantas sucias, andrajosas e infectadas de piojos, estaban plegadas y remetidas a los pies de los pacientes. La condición personal de los enfermos no les preocupaba en absoluto. Se sentían plenamente satisfechos si yo, jefe de aquel cuchitril, me presentaba con mi cabeza rapada y descubierta y, haciendo sonar mis talones con aire marcial, les informaba: «Barracón número VI/9; cincuenta y dos pacientes, dos enfermeros ayudantes y un médico». No les importaba nada más, daban media vuelta y se marchaban.

Desde el mismo momento del anuncio de la inspección –generalmente con horas de adelanto, y en ocasiones ni se presentaban– comenzaba la «tortura mental». Durante esa larga espera me veía obligado a mantener bien estiradas las mantas y a recoger una a una las motas de paja que caían de las literas. Y a desgallitarme gritando a los pobres diablos que se revolían en sus catres, con la permanente amenaza de desbaratar mis esfuerzos para lograr la limpieza y pulcritud requeridas. La apatía se intensificaba entre los enfermos febriles, de suerte que sólo reaccionaban a los gritos. A veces fallaban hasta los gritos, y esos casos me exigían un tremendo autocontrol para no acabar golpeándolos. Porque la propia irritabilidad cobraba proporciones desmesuradas cuando tropezaba con la apatía de los demás, especialmente en las situaciones de inminente peligro, como solían ser las temidas inspecciones.

LA LIBERTAD INTERIOR

Este intento de ofrecer una descripción psicológica y una explicación psicopatológica de las características típicas de la psicología en un campo de concentración quizá pueda inducir a pensar que el hombre es un ser completa e inevitablemente determinado por su entorno (y en este caso el entorno supone una estructura insólita –anormal–, que le obliga a someterse a unas infranqueables leyes dominantes y represivas). Pero, ¿qué decir de la libertad humana? ¿No existe una libertad espiritual frente a la conducta y al entorno? ¿Es correcta la teoría que nos presenta al hombre como un producto de unos factores condicionantes, bien sean de naturaleza biológica, psicológica o sociológica? ¿Acaso el hombre es un mero producto fortuito del sumatorio de esos factores? Y, lo que es más importante, ¿demuestran las reacciones psicológicas de los internos que el hombre es incapaz de escapar a la influencia de las circunstancias externas, cuando éstas son tan asfixiantes como las reglas de un campo de concentración? ¿Carece el hombre de la capacidad de decisión interior cuando las circunstancias externas anulan o limitan la libertad de elegir su comportamiento externo?

Puedo contestar a las preguntas anteriores desde la óptica de la experiencia y también con arreglo a los principios. Las experiencias de la vida en un campo demuestran que el hombre mantiene su capacidad de elección. Los ejemplos son abundantes, algunos heroicos; también se comprueba cómo algunos eran capaces de superar la apatía y la irritabilidad. El hombre *puede* conservar un reducto de libertad espiritual, de independencia mental, incluso en aquellos crueles estados de tensión psíquica y de indigencia física.

Los supervivientes de los campos de concentración aún recordamos a algunos hombres que visitaban los barracones consolando a los demás y ofreciéndoles su único mendrugo de pan. Quizá no fuesen muchos, pero esos pocos representaban una muestra irrefutable de que al hombre se le puede arrebatar todo salvo una cosa: *la última de las libertades humanas –la elección de la actitud personal que debe adoptar frente al destino– para decidir su propio camino.*

Y allí siempre se presentaban ocasiones para elegir. A diario, a cualquier hora, se ofrecía la oportunidad de tomar una decisión;

una decisión que determinaba si uno se sometería o no a las fuerzas que amenazaban con robarle el último resquicio de su personalidad: la libertad interior. Una decisión que también prefijaba si la persona se convertiría –al renunciar a su propia libertad y dignidad– en juguete o esclavo de las condiciones del campo, para así dejarse moldear hasta conducirse como un prisionero típico.

Contempladas desde este ángulo, las reacciones psíquicas de los internados se presentaban como el efecto lógico de un determinado cúmulo de condiciones físicas y sociológicas. Aunque algunas situaciones, como el crónico déficit de sueño, la escasísima alimentación y las múltiples tensiones psíquicas, podrían inducirnos a suponer un comportamiento uniforme y estereotipado de los internos, sin embargo, si se analiza la cuestión en profundidad, se advierte que cada prisionero se convertía en un determinado tipo de persona, y ese tipo personal era más el resultado de una decisión íntima que el producto de las férreas y tiránicas influencias recibidas en la vida del *lager*. En conclusión, cada hombre, aun bajo unas condiciones tan trágicas, guarda la libertad interior de decidir quién quiere ser –espiritual y mentalmente–, porque incluso en esas circunstancias es capaz de conservar la dignidad de seguir sintiendo como un ser humano.

Dostoyevski dijo en una ocasión: «Sólo temo una cosa: no ser digno de mis sufrimientos». Estas palabras acudían continuamente a mi mente cuando conocí a aquellos auténticos mártires cuya conducta, sufrimiento y muerte en el campo fue un testimonio vivo de que ese reducto íntimo de la libertad interior jamás se pierde. Puede afirmarse que fueron dignos de su sufrimiento: el modo cómo lo soportaron supuso una genuina hazaña interior. *Y es precisamente esta libertad interior la que nadie nos puede arrebatarnos, la que confiere a la existencia una intención y un sentido.*

Una vida activa cumple con la finalidad de presentar al hombre la oportunidad de desempeñar un trabajo que le proporciona valores creativos; una vida de contemplación también le concede la ocasión de desplegar la plenitud de sus vivencias al experimentar la conmoción interior de la belleza, el arte o la naturaleza. Pero también atesora algún sentido la vida huérfana de creación o de vivencia, aquella que sólo admite una única posibilidad de respuesta: la

actitud erguida del hombre ante su destino adverso, cuando la existencia le señala inexorablemente un camino. En esas condiciones, al hombre se le cierran las posibilidades de realizar valores de creación o de vivencia, pero aun así la vida continúa ofreciendo un sentido. En síntesis, cualquiera de los distintos aspectos de la existencia conserva un valor significativo, el sufrimiento también. El realismo nos avisa de que el sufrimiento es una parte consustancial de la vida, como el destino y la muerte. Sin ellos, la existencia quedaría incompleta.

La principal preocupación de los prisioneros se resumía en esta pregunta: ¿Sobreviviremos al campo de concentración? De no ser así, aquellos atroces y continuos sufrimientos ¿para qué valdrían? Sin embargo, a mí personalmente me angustiaba otra pregunta: ¿Tienen algún sentido estos sufrimientos, estas muertes? Si carecieran de sentido, entonces tampoco lo tendría sobrevivir al internamiento. Una vida cuyo último y único sentido consistiera en salvarse o no, es decir, cuyo sentido dependiera del azar del sinnúmero de arbitrariedades que tejen la vida en un campo de concentración, no merecería la pena ser vivida.

EL DESTINO, UN REGALO

El talante con el que un hombre acepta su ineludible destino y todo el sufrimiento que le acompaña, la forma en que carga con su cruz, le ofrece una singular oportunidad –incluso bajo las circunstancias más adversas– para dotar a su vida de un sentido más profundo. Aun en esas situaciones se le permite conservar su valor, su dignidad, su generosidad. En cambio, si se zambulle en la amarga lucha por la supervivencia, es capaz de olvidar su humana dignidad y se comporta poco más allá a como lo haría un animal, igual que nos recuerda la psicología de los internados en un campo de concentración. En esa decisión personal reside la posibilidad de atesorar o despreciar la dignidad moral que cualquier situación difícil ofrece al hombre para su enriquecimiento interior. Y ello determina si es o no merecedor de sus sufrimientos.

No piensen que estas consideraciones son ilusorias o muy alejadas de la vida real. Alcanzar metas tan excelsas está reservado a unas

cuantas personas. En efecto, sólo unos pocos prisioneros conservaron esa fortaleza de la libertad y aprovecharon los atroces sufrimientos para una madurez interior. Ahora bien, aunque sólo se diese un caso bastaría para demostrar que la libertad interior puede elevar al hombre muy por encima de su destino adverso. Y este tipo de hombres no surge, además, únicamente en los campos de concentración. Cualquier hombre, en toda existencia, se verá cara a cara con su destino y siempre tendrá la oportunidad de conquistar algún valor por vía del sufrimiento, por vía de su propio sacrificio. Piénsese en el caso de los enfermos, en especial de los enfermos incurables. En una ocasión leí la carta de un joven inválido a un amigo; en ella comunicaba su fatal diagnóstico –con la muerte cercana– y la imposibilidad de curación, pues ni con una delicada operación conseguiría aliviar en algo sus males. En el siguiente renglón recordaba una película, vista años atrás, en la que el protagonista esperaba la muerte con coraje y dignidad. Por aquel entonces pensó en el gran privilegio que representaba enfrentarse a la muerte con tal dignidad y ahora –escribía– el destino le brindaba a él una oportunidad similar.

Quizás alberguemos recuerdos parecidos los que hace unos cuantos años asistimos a la película *Resurrección* –según la novela de Tolstoi. No imaginaríamos, en aquellos momentos, que en ella se trataran grandes gestas de hombres heroicos. En nuestro mundo cotidiano no se presentaban esas situaciones, por lo que jamás se nos ofrecería la posibilidad de alcanzar tamaña grandeza... Al salir del cine, probablemente, nos acercamos a una cafetería cercana y allí, al olor de una taza de café y un bocadillo, olvidamos los extraños pensamientos metafísicos que por un momento cruzaron nuestras mentes. Pero cuando nos tocó en suerte enfrentarnos con un destino desgarrado y encararlo con la decisión de superarlo con idéntica grandeza de ánimo, olvidamos nuestros ardores juveniles, tan lejanos, y no dimos la talla.

Tal vez algunos de nosotros asistamos de nuevo a la proyección de aquella película, o de otra similar. Pero para entonces otro caudal de imágenes se cruzarán al mismo tiempo ante los ojos de nuestra alma: veremos los sublimes logros que algunos prisioneros alcanzaron en el campo, unas imágenes más hermosas que cualquier argumento de una película sentimental. Acuden a mi mente algu-

nos detalles de una especial e íntima grandeza humana. Como cuando presencié la muerte en el campo de aquella joven mujer. Es una historia sencilla; poco hay que contar, y hasta pueda parecer una invención, pero a mí me suena como un poema.

Esta joven conocía su muerte cercana, cuestión de días. Con todo se encontraba serena y algo animada. Conversé con ella: «Me alegro de que el destino se haya cebado en mí con tanta dureza. En mi vida anterior fui una niña consentida y no cumplía con mis deberes espirituales». Señaló la ventana del barracón y me dijo: «Aquel árbol es el único amigo que me queda en esta soledad». Era cierto, por la ventana se acertaba a ver una rama de un castaño con dos brotes en flor. «A menudo le hablo a ese árbol», me dijo.

Yo me notaba atónito, aturdido, sin saber cómo encajar esas palabras. ¿Deliraba? ¿Sufría alucinaciones? Con algo de ansiedad le pregunté si el árbol le contestaba:

«¡Sí!»

«¿Y qué le dice?» Respondió:

«Me dice: “Estoy aquí, estoy aquí, yo soy la vida, la vida eterna”».

ANÁLISIS DE LA EXISTENCIA PROVISIONAL

Ya hemos avanzado que, en un último análisis, la responsabilidad profunda del estado de ánimo del prisionero dependía de sus decisiones libres y, en menor medida, de los factores psicopatológicos enumerados con anterioridad. La observación psicológica de los prisioneros demuestra la correlación directa entre el debilitamiento del sostén moral de una persona y la permeabilidad a las influencias degenerantes del *lager*. Aquí se suscita la pregunta acerca de lo que podría o debería constituir ese «asidero interior».

Existe entre los liberados un unánime consenso en señalar como el influjo más descorazonador del cautiverio el hecho de desconocer el tiempo que duraría el internamiento. Nadie aventuraba siquiera una fecha de liberación (en nuestro campo resultaba hasta absurdo mencionar este tema). En realidad, la duración no sólo era incierta, sino ilimitada. Un renombrado investigador en psicología

manifestó que la vida en un campo de concentración podía caracterizarse por una «existencia provisional». Desde nuestra propia experiencia completáramos esa expresión añadiendo que es una «existencia provisional cuya duración se desconoce».

Por regla general, los recién internados ignoraban por completo las condiciones de vida en el *lager*. Los que volvían de otros campos comprendían su obligación de guardar silencio, y de algunos campos, además, nadie regresó. Las mentes de los prisioneros sufrían una fuerte alteración a los pocos días de cautiverio. Con el final de la incertidumbre nacía la incertidumbre del final.

Resultaba imposible predecir cuándo y cómo terminaría aquella existencia, en el caso de que tuviera un fin. El vocablo latino *finis* posee dos significados: final de un proceso y meta a alcanzar. El hombre, incapaz de vislumbrar el fin de su «existencia provisional», tampoco puede orientarse hacia un objetivo o una meta vital. A diferencia de la psicología del hombre normal, al prisionero no le urgía el futuro para sus conductas en el presente. Por consiguiente, se modificaba la estructura y los dinamismos de su psicología. Surgían otros signos de decadencia o desfallecimiento interior, que también conocemos en otras facetas de la vida. Por ejemplo, el obrero en paro se encuentra en una situación similar: su existencia, en ese momento, se ha vuelto provisional y, en cierto sentido, cercena su futuro y convierte en inseguras las metas o los objetivos a corto plazo. Las investigaciones realizadas con mineros sin trabajo demostraron que padecen un peculiar tipo de deformación en la percepción del tiempo –del tiempo ontológico–¹¹ como resultado de su condición de parados. También los prisioneros sufríamos esa extraña «percepción del tiempo». Solía ocurrir lo siguiente: una corta unidad de tiempo –un día, por ejemplo–, con sus continuas fatigas y tormentos, parecía no acabar nunca; mientras una unidad de tiempo mayor –una semana– transcurría aparentemente con mucha rapi-

¹¹ Los especialistas distinguen entre tiempo ontológico y tiempo cronológico. El tiempo cronológico es el tiempo medible; el tiempo de reloj, diríamos. El tiempo ontológico es la vivencia subjetiva de ese tiempo por parte del sujeto. Supone una experiencia común: hay días que se hacen eternos y otros en que el tiempo parece volar. (*N. del E.*)

dez. Yo afirmaba, y mis camaradas estaban de acuerdo conmigo, que en el *lager* el día duraba más que la semana. ¡Cuán paradójica resultaba nuestra percepción del tiempo!

A este respecto recuerdo las atinadas observaciones de Thomas Mann en *La montaña mágica*. Thomas Mann estudió la evolución psicológica de personas que se encuentran en semejantes condiciones existenciales de provisionalidad: los enfermos de tuberculosis hospitalizados en un sanatorio con una muy lejana e incierta fecha de curación. Estos pacientes experimentan una vivencia similar, sin ningún futuro, sin ninguna meta.

Uno de los prisioneros me contó, tiempo después, que el primer día de su internamiento, cuando marchaba desde la estación del tren al campo en la larga columna de los nuevos reclusos, tuvo la sensación de estar desfilando en su propio funeral. Se le borró de tal forma el futuro que contemplaba todo como algo que ya había pasado, como si ya hubiese muerto. Esa sensación de ausencia de vida, de «cadáver viviente», se intensificaba, además, por otras causas: en cuanto al tiempo, la ilimitación del cautiverio se sentía de forma más aguda; en lo referente al espacio, nos atenazaban los estrechos límites de la prisión. Lo que traspasaba el cerco de la alambrada se antojaba remoto, inalcanzable y, en cierto modo, irreal. La vida normal, la gente normal, aquello que sucedía detrás de nuestro hermético círculo adquiriría para el prisionero un aspecto fantasmagórico. La vida del exterior al campo, al menos hasta donde el prisionero podía vislumbrarla, surgía como una visión, como la visión de un hombre muerto que se asomara desde el otro mundo.

El hombre que se dejaba vencer interiormente ante la ausencia de metas futuras ocupaba y llenaba sus pensamientos de recuerdos. Ya me he referido con anterioridad a esa tendencia a refugiarse en el pasado como un recurso para apaciguar los horrores del presente, al mostrarlos así con menor sensación de realidad. Pero despojar al presente de su genuina realidad entraña ciertos riesgos. Si se dejaban inundar por ese tono de irrealidad, el prisionero se desentendía con facilidad de aprovechar las ocasiones de realizar las acciones positivas que el campo le brindaba, y esas oportunidades existían de verdad, eran reales. Considerar nuestra «existencia provisional» como algo irreal constituía un factor primordial para que

la vida se les fuese entre las manos a los prisioneros, porque todo se revestía como carente de sentido. Tales personas olvidaban que, en multitud de ocasiones, son las circunstancias excepcionalmente adversas o difíciles las que otorgan al hombre la oportunidad de crecer espiritualmente más allá de sí mismo. En vez de aceptar las dificultades del campo como una prueba de su entereza humana, juzgaban su situación como un error o un paréntesis del destino, como algo privado de cualquier consistencia existencial. Preferían cerrar los ojos y refugiarse en el pasado. Para esas personas se oscurece el sentido de la vida, la vida pierde todo su sentido.

Evidentemente, tan sólo unos pocos lograron alcanzar esas cimas elevadas de desarrollo espiritual. Pero a esos pocos se les ofreció la oportunidad de conquistar la grandeza humana, aun a costa de su aparente fracaso o de su muerte; una hazaña que quizá jamás merecerían en las circunstancias ordinarias de la vida. Al resto de nosotros, a los mediocres y a los pusilánimes, se nos podrían aplicar las palabras de Bismarck: «La vida es como visitar al dentista. Siempre crees que lo peor está por llegar, cuando en realidad ya ha pasado». Parfraseando este pensamiento, se podría afirmar que buena parte de los prisioneros del campo de concentración creyeron que en esas circunstancias el destino les liberaba de la tarea de la autorrealización, cuando en realidad allí se les ofrecía una oportunidad y un desafío. Cada uno podía convertir esa tremenda experiencia en una victoria, transformar su vida en un triunfo interior; o bien, desdeñando el reto, limitarse a vegetar, tal y como hicieron la mayoría de los prisioneros.

SPINOZA, EDUCADOR

Cualquier tentativa para combatir la presión psicopatológica del campo sobre el prisionero, por medios psicoterapéuticos o métodos psicohigiénicos, debía encaminarse a fortalecerlo interiormente señalándole una meta futura a la que aspirar, un objetivo por alcanzar. De manera instintiva, algunos prisioneros trataban de encontrar por sí mismos esa finalidad. Es propio del hombre subsistir al cobijo de la esperanza del futuro, o sea, *sub specie aeternitatis*. Y ahí radica la

clave de su salvación en los momentos más difíciles de su existencia, aunque en ocasiones tenga que empeñarse con sus cinco sentidos en esa tarea.

Conozco esa fuerte sacudida interior por experiencia propia. En cierta ocasión, y al borde del llanto por el tremendo dolor –los gastados zapatos me provocaban unas terribles llagas en los pies–, caminé con mi destacamento los kilómetros que separaban el lugar de trabajo del campo, mientras arreciaba un viento gélido que nos abatía. Yo pensaba en la infinidad de pequeños problemas de nuestra miserable existencia. ¿Qué cenaríamos aquella noche? ¿Si por casualidad nos dieran un trozo de salchicha extra, convendría cambiarla por un pedazo de pan? ¿Debería comerciar con el último cigarrillo ganado en un bono hace quince días, quizá me darían por él un cuenco de sopa? ¿Cómo podía hacerme con un poco de alambre para sustituir el trocito que me servía de cordón para los zapatos? ¿Llegaría al lugar de trabajo con el tiempo suficiente para unirme al pelotón habitual, o tendría que acoplarme en otro cuyo capataz tal vez fuese más brutal? ¿Qué podría ingeniar para ganarme la amistad de un determinado *kapo*, quien posiblemente me ayudaría a conseguir trabajo en el mismo campo sin necesidad, por tanto, de sufrir a diario aquellas dolorosas caminatas?

Noté que empezaba a deprimirme el hecho de sentirme afectado, día y noche, casi exclusivamente por esos asuntos tan triviales. Me obligué a pensar en otras cosas. De repente me imaginé a mí mismo de pie en el estrado de un salón de conferencias bien iluminado, agradable y cálido. Frente a mí un atento auditorio, sentado en cómodas butacas tapizadas. ¡Dictaba una conferencia sobre la psicología de los campos de concentración! Al relatar y delimitar los acontecimientos desde un ángulo científico se objetivaban, lo que hacía un momento me oprimía ahora cobraba relieve y una cierta perspectiva. Mediante este método conseguí distanciarme de la situación y superarla de algún modo, situarme por encima del sufrimiento actual y contemplarlo como si ya fuese una cosa pasada. Tanto yo como mis problemas se transformaron en el objeto de un interesante estudio psicocientífico realizado por mí mismo. ¿Qué dice Spinoza en su *Ética*? *Affectus, qui passio est, desinit esse passio simulatque eius claram et distinctam formamus ideam*, «El sentimiento que se

convierte en sufrimiento, deja de serlo en cuanto nos formamos una idea clara y precisa del mismo» (*Ética*, 5ª parte, «Sobre el poder del espíritu o la libertad humana», frase III).

El prisionero que perdía la fe en el futuro –en su futuro– estaba condenado. Con la quiebra de la confianza en el futuro faltaban, asimismo, las fuerzas del asidero espiritual; el prisionero se abandonaba y decaía, se convertía en sujeto del aniquilamiento físico y mental. Normalmente esto se producía de repente, en forma de crisis, cuyos síntomas resultaban familiares para el recluso experimentado. Todos temíamos este momento inicial de la crisis, no tanto por nosotros mismos, que entonces ya no tendría especial importancia, cuanto por nuestros amigos. Solía comenzar cuando el prisionero se negaba a vestirse y a lavarse, o a salir fuera del barracón a la hora de formar. Ni las súplicas, ni los golpes, ni las amenazas surgían efecto alguno. Se limitaba a quedarse en su lugar, sin apenas moverse. Si la crisis desembocaba en enfermedad, entonces rehusaba ser conducido a la enfermería o aceptar cualquier tipo de ayuda. Sencillamente se daba por vencido. Permanecía allí, tendido sobre sus propios excrementos, sin importarle nada.

Una vez fui testigo del estrecho nexo entre la pérdida de la fe en el futuro y este peligroso darse por vencido. F., el jefe de mi barracón, compositor y libretista famoso, me confió un día:

«Me gustaría contarle algo, doctor. He tenido un extraño sueño. Una voz me invitaba a desear cualquier cosa, bastaba con preguntar lo que quería conocer y mis preguntas serían satisfechas de inmediato. ¿Sabe qué pregunté? Cuándo terminaría la guerra para mí. Ya sabe lo que quiero decir, doctor, ¡para mí! Conocer cuándo seríamos liberados los de este campo y cuándo terminarían nuestros sufrimientos».

«¿Y cuándo tuvo usted ese sueño?», le pregunté.

«En febrero de 1945», contestó. Por entonces estábamos a principios de marzo.

«¿Qué respondió la voz en su sueño?»

En voz baja, casi furtivamente, me susurró:

«El treinta de marzo.»

Cuando F. me contó aquel sueño todavía se encontraba rebozante de esperanza y convencido de la certeza y veracidad del

oráculo de la voz. Sin embargo, a medida que se acercaba el día prometido, las noticias que recibíamos sobre la guerra menguaban las esperanzas de ser liberados en la fecha indicada. El veintinueve de marzo, de repente, F. cayó enfermo con una fiebre muy alta. El treinta de marzo, el día en que según su profecía terminaría la guerra y el sufrimiento para él, empezó a delirar y perdió la conciencia. El treinta y uno de marzo falleció. Según todas las apariencias murió de tifus...

Los que conocen la estrecha relación entre el estado de ánimo de una persona –su valor y su esperanza, o su falta de ambos– y el estado de su sistema inmunológico comprenderán cómo la pérdida repentina de la esperanza y el valor pueden desencadenar un desenlace mortal. La causa última de la muerte de mi amigo fue la honda decepción que le produjo no ser liberado en el día señalado. De pronto se debilitó la resistencia de su organismo y sus defensas disminuyeron, dejándole a merced de la infección tifoidea latente. Su esperanza en el futuro y su voluntad de vivir se paralizaron, y su cuerpo sucumbió víctima de la enfermedad. Después de todo, la voz de sus sueños se hizo realidad.

La observación de este caso, y sus consecuencias psicológicas, concuerda con un hecho que el médico del campo me hizo notar: la tasa de mortandad semanal durante las Navidades de 1944 y el Año Nuevo de 1945 superó en mucho las estadísticas habituales del campo. En su opinión, la explicación de este aumento de mortalidad no había que buscarla en el empeoramiento de las condiciones de trabajo, ni en una disminución de la ración alimenticia, ni en un cambio climatológico, ni en el brote de nuevas epidemias. A su entender, se trataba sencillamente de la ingenua esperanza que abrigaron la mayoría de los presos de ser liberados por las fiestas navideñas. Según se acercaba esa fecha, y al no recibir ninguna noticia alentadora, los prisioneros perdieron su valor y les venció el desaliento. Muchos de ellos murieron al debilitarse su capacidad de resistencia.

Ya advertimos en páginas anteriores que cualquier intento por restablecer la fortaleza interior de los reclusos, bajo las dramáticas condiciones de un campo de concentración, debe comenzar por acertar en proponerle una meta futura, un objetivo concreto que

dé sentido a su vida. Las palabras de Nietzsche «el que tiene un *porqué* para vivir, puede soportar casi cualquier *cómo*» podrían convertirse en el lema que orientara y alientase los esfuerzos psicosigiénicos y psicoterapéuticos con los prisioneros. Siempre que se presentaba la menor oportunidad, era preciso infundirles un *porqué* –un objetivo, una meta– a sus vidas, con el fin de endurecerles para soportar el terrible *cómo* de su existencia. ¡Pobre del que no percibiera algún sentido en su vida, ninguna meta o intencionalidad y, por tanto, ninguna finalidad para vivirla: ése estaba perdido! La respuesta típica de ese hombre frente a cualquier razonamiento que pretendiera animarle, era: «Ya no espero nada de la vida». ¿Existe algún argumento ante estas palabras?

LA PREGUNTA POR EL SENTIDO DE LA VIDA

Lo que de verdad necesitamos es un cambio radical en nuestra actitud frente a la vida. Debemos aprender por nosotros mismos, y también enseñar a los hombres desesperados que *en realidad no importa que no esperemos nada de la vida, sino que la vida espere algo de nosotros*. Dejemos de interrogarnos sobre el sentido de la vida y, en cambio, pensemos en lo que la existencia nos reclama continua e incesantemente. Y respondamos no con palabras, ni con meditaciones, sino con el valor y la conducta recta y adecuada. En última instancia, vivir significa asumir la responsabilidad de encontrar la respuesta correcta a las cuestiones que la existencia nos plantea, cumplir con las obligaciones que la vida nos asigna a cada uno en cada instante particular.

Esas obligaciones y esas tareas, y consecuentemente el sentido de la vida, difieren de un hombre a otro, de un momento a otro, de forma y manera que resulta imposible definir el sentido de la vida en términos abstractos. Jamás se podrá responder a las preguntas sobre el sentido de la vida con afirmaciones absolutas. «Vida» no significa algo vago o indeterminado, sino algo real y concreto, que conforma el destino de cada hombre, un destino distinto y único en cada caso singular. Ningún hombre ni ningún destino pueden compararse a otro hombre o a otro destino. Tampoco se repite ningun-

na situación, y cada una reclama una respuesta distinta. Una situación, en ocasiones, puede exigirle al hombre que construya su propio destino realizando determinado tipo de acciones; en otras, le reportará un mayor beneficio dejarse inundar por las circunstancias, contemplarlas y meditarlas, y entresacar los valores pertinentes. Y, a veces, la existencia demandará del hombre que sencillamente acepte su destino y cargue con su cruz. Cada situación se diferencia por su unicidad irrepetible, y para cada ocasión tan sólo existe una respuesta correcta al problema que plantea.

Cuando un hombre descubre que su destino es sufrir, ha de aceptar ese sufrimiento, porque ese sufrimiento se convierte en su única y peculiar tarea. Es más, ese sufrimiento le otorga el carácter de persona única e irrepetible en el universo. Nadie puede redimirle de su sufrimiento, ni sufrir en su lugar. Nada le sirve, ni el sufrimiento mismo: se personifica según la actitud que adopte frente a ese sufrimiento que la vida le ofrece como tarea.

Para los prisioneros estos argumentos no constituían especulaciones muy alejadas de la realidad, más bien se presentaban como los únicos pensamientos capaces de ayudarnos y defendernos de la desesperación, aun sin percibir ningún indicio que nos permitiera albergar alguna esperanza de salir de allí con vida. Ya habíamos superado la etapa, el debate ingenuo, de creer que el sentido de la vida consiste en alcanzar objetivos a través de la creación de algo valioso. Nuestro sentido de la vida abarcaba los amplios círculos de la vida y la muerte, del sufrir y el morir. Ahí se entablaba nuestra lucha.

SUFRIMIENTO COMO PRESTACIÓN

Desde que se nos reveló el sentido del sufrimiento, rehusamos minimizar o aliviar las torturas del campo a fuerza de ignorarlas o de abrigar falsas ilusiones, o de alimentar un optimismo artificial. Asumimos el sufrimiento como el reto de nuestra tarea y no quisimos volverle la espalda. Descubrimos las oportunidades de enriquecimiento interior que se ocultaban en él, ese tipo de oportunidades que llevaron al poeta Rilke a cantar: *Wie viel ist aufzuleiden!* («¡Por cuánto sufrimiento hay que pasar!»). Rilke se refería a «conseguir

por medio del sufrimiento» como otros afirman «conseguir por medio del trabajo». Ante nosotros se alzaba una inmensa cantidad de sufrimiento por soportar: debíamos enfrentarnos cara a cara con él, intentando reducir al mínimo los momentos de desfallecimiento y de lágrimas. No había que avergonzarse de las lágrimas, pues ellas testimoniaban la valentía del hombre, el valor de encararse con el sufrir. No obstante, muy pocos lo entendieron así. Algunos confesaban con vergüenza el haber llorado. Recuerdo a un compañero que cuando le pregunté cómo había vencido el edema contestó azorado: ¡lo expulsé del organismo con mis lágrimas!

ALGO NOS ESPERA

Siempre que resultaba posible, en el campo se aplicaban unos rudimentos de psicoterapia o de psicohigiene, tanto individual como colectivamente. Los esbozos de psicoterapia individual no iban más allá de unos «procedimientos para salvar la vida». Las acciones terapéuticas se reducían, generalmente, a evitar los suicidios. Una de las leyes más estrictas del campo prohibía cualquier acción que impidiera a un hombre consumir su suicidio. Por ejemplo, no se permitía cortar la soga de un hombre que intentaba ahorcarse. Por consiguiente, resultaba de suma importancia atajar los problemas antes, es decir, prevenir cualquier asomo de intento de suicidio.

Recuerdo dos casos de suicidio frustrado que guardan entre sí una sorprendente semejanza. Los dos prisioneros habían manifestado sus intenciones de suicidarse; ambos aducían el típico argumento del campo: ya no esperaban nada de la vida. La terapia, según lo expuesto con anterioridad, consistía en hacerles comprender que la vida sí esperaba algo de ellos. A uno de ellos le esperaba en el extranjero su hijo, un hijo al que adoraba. En el otro caso no se trataba de una persona sino de una cosa: ¡su obra! Era un científico que había iniciado la publicación de una colección de libros aún por concluir. Nadie más que él podía acabar ese trabajo, igual que nadie podía reemplazar al padre en el cariño a su hijo.

Esta unicidad y singularidad que diferencian a cada individuo, y confieren un sentido a su existencia, se fundamenta en su tra-

bajo creador y en su capacidad de amar. Cuando se acepta a la persona como un ser irrepitible, insustituible, entonces surge en toda su trascendencia la responsabilidad que el hombre asume ante el sentido de su existencia. Un hombre consciente de su responsabilidad ante otro ser humano que lo aguarda con todo su corazón, o ante una obra inconclusa, jamás podrá tirar su vida por la borda. Conoce el *porqué* de su existencia y será capaz de soportar casi cualquier *cómo*.

UNA PALABRA A TIEMPO

Las ocasiones para aplicar la psicoterapia colectiva eran, lógicamente, muy escasas. El buen ejemplo resultaba más convincente que las palabras. Por ejemplo, los jefes de barracón humanitarios, precisamente por su forma de ser y de actuar, gozaban de miles de oportunidades para ejercer un profundo influjo sobre los reclusos que se encontraban bajo su jurisdicción. La influencia inmediata de una determinada conducta es siempre más eficaz que las palabras. Aunque a veces una palabra también resulta eficiente, especialmente si la receptividad del otro se ve incrementada por efecto de las circunstancias. Recuerdo un incidente que permitió aplicar una breve sesión de psicoterapia colectiva con los prisioneros de un barracón, gracias a una concreta situación externa que acrecentó la necesidad interior de confianza.

Fue un mal día. Poco antes, a la hora de pasar revista, se leyó un manifiesto sobre los nuevos actos que, de ahí en adelante, se considerarían acciones de sabotaje y, por consiguiente, se castigarían con la horca. Entre esas faltas se incluían menudencias como cortar pequeñas tiras de nuestras viejas mantas para vendarnos los tobillos, y otros «robos» mínimos. Unos días antes, un prisionero al borde de la inanición, entró en el almacén de víveres y robó unos pocos kilos de patatas. El robo se descubrió y algunos prisioneros reconocieron al «ladrón». Cuando se enteraron las autoridades del campo ordenaron que les entregásemos al culpable; en caso contrario, todo el campo sufriría un ayuno de un día completo. Por supuesto que los dos mil quinientos hombres del campo prefirieron callar.

La tarde de aquel día de ayuno yacíamos extenuados en los camastros con el ánimo abatido. Apenas se pronunciaban palabras y si alguna se mascullaba se hacía con un deje de irritación. Para colmo se apagó la luz. Cundió un abismal desánimo. Pero el experimentado jefe de nuestro barracón, un hombre sabio, improvisó una corta charla sobre los pensamientos y los sentimientos que en aquellos instantes bullían en nuestras mentes: recordó a los muchos compañeros muertos en los últimos días, por enfermedad o por suicidio; aunque seguramente –añadió– la causa de su muerte, la verdadera razón, fuese el abandono de toda y cualquier esperanza. Tenía que existir algún medio –afirmó– para evitar que los prisioneros se desmoronaran hasta esos estados tan extremos. Y al decir estas últimas palabras me señalaba a mí para que les aconsejara.

Bien sabe Dios que no me encontraba en la mejor disposición para improvisar una disertación psicológica o predicar una especie de sermón que ofreciera a mis camaradas algún atisbo de consuelo médico. Tenía frío y hambre, estaba agotado y me sentía irritable. Con un gran esfuerzo me sobrepuse para aprovechar la oportunidad, pues en aquel momento era más necesario que nunca infundir ánimos.

ASISTENCIA PSICOLÓGICA

Empecé por recurrir al más trivial de los consuelos: a pesar de estar metidos en el sexto invierno de la Segunda Guerra Mundial, nuestra situación no era la peor de las posibles. Cabría preguntarse a sí mismo qué pérdidas irreparables había sufrido hasta ese momento; y di por sentado que para la mayoría eran escasas las pérdidas de este tipo. Los aún supervivientes teníamos razones para sostener la esperanza: la salud, la familia, la felicidad, las capacidades profesionales, la fortuna material, la posición social... Todas esas cosas todavía se podían recuperar o adquirir. Incluso nuestras vivencias en el campo quizá supusiesen una ganancia interior para el futuro... Y cité a Nietzsche: «Todo lo que no acaba conmigo me hace más fuerte».

Luego aludí al futuro inmediato. Afirmé con sencillez que, considerado con imparcialidad, éste se presentaba bastante negro.

Cada uno de nosotros podía aventurar que sus posibilidades de supervivencia eran mínimas. Calculé que mis probabilidades de supervivencia, a pesar de la erradicación de la epidemia de tifus, se encontraban en razón de uno a veinte. Sin embargo, reafirmé mi decidida intención de no perder la esperanza y tirarlo todo por la borda, pues desconocíamos qué podía depararnos el futuro, ni incluso en la hora siguiente. Y aunque no cabía esperar ningún «milagro» militar en los próximos días, quién mejor que nosotros, con nuestra larga experiencia en los campos, conocía los imprevisibles vaivenes de la suerte, al menos a nivel individual. La «suerte» del prisionero se presentaba de improviso, así: una mañana uno era destinado a un grupo especial de trabajo que gozaba de unas condiciones laborales particularmente favorables...

Pero no sólo hablé del futuro y del velo que lo cubría. También me referí al pasado: de todas sus alegrías y de la luz que irradiaba a pesar de la oscuridad del presente. Y para alejar de mis palabras el tono de un predicador, de nuevo cité al poeta: «Ningún poder de la tierra podrá arrancarte lo que has vivido». Y esa afirmación abarca a cualquier cosa de nuestra existencia, no sólo a las vivencias profundas: los pensamientos, los sufrimientos, las acciones... Nada se ha perdido, aunque pertenezca al pasado, porque nosotros lo hemos abierto al ser, y haber sido es también una forma de ser, quizá la forma más segura de ser.

A continuación me detuve en explicar la multitud de posibilidades que existen para llenar de sentido la vida. Mientras mis camaradas yacían inmóviles, aunque a veces se escuchaba algún lánguido gimoteo, les dije que la vida humana no cesa nunca, bajo ninguna circunstancia, y que ese inabarcable sentido de la vida también incluye el sufrimiento y la agonía, las privaciones y la muerte. Rogué a aquellas pobres criaturas que escuchaban atentamente en la oscuridad del barracón que encararan con gallardía la gravedad de nuestra situación. Sin dejarse abatir por la desesperanza, antes bien deberían alimentar la certeza de que esa lucha aparentemente desesperada no dañaría el sentido ni la dignidad de nuestra existencia. Les aseguré que en las horas difíciles siempre teníamos a alguien –un amigo, una esposa, un vivo o un muerto, o un Dios– que observaba nuestro comportamiento ante el destino; y ese alguien deseaba que

no lo decepcionáramos, al contrario, esperaba que sufriéramos con orgullo –y no miserablemente– y que muriéramos con dignidad.

Finalmente me referí a los sufrimientos de aquellos momentos, que para cada uno atesoraban un sentido especial. Era la naturaleza de ese sacrificio la que lo presentaba como absurdo para el mundo normal, donde impera el éxito material. Nuestro sacrificio sí escondía un sentido. Los que profesaran una fe religiosa, dije con franqueza, no tendrían dificultades para entenderlo. Les conté la historia de un camarada que, al ingresar en el campo, quiso hacer un pacto con el cielo para que su holocausto y su muerte salvaran al ser querido de un doloroso final. Para ese hombre el sufrimiento y la muerte, su sacrificio, tuvo un sentido significativo.

Por nada del mundo quería morir, ninguno de nosotros deseábamos tal cosa. El propósito de mis palabras era dotar a nuestras vidas de un sentido pleno, en aquel momento y en aquel lugar, precisamente en aquel barracón y en aquella situación prácticamente desesperada. Al rato, cuando de nuevo se encendieron las luces, comprobé que mi parlamento logró su objetivo, pues las miserables figuras de mis camaradas se acercaron renqueantes a darme las gracias, con lágrimas en los ojos. No obstante, he de confesar aquí que en escasas ocasiones me encontré con fuerzas interiores para establecer este tipo de contacto con mis compañeros de sufrimiento; por lo tanto, es muy posible que perdiera muchas oportunidades de ofrecer este consuelo.

PSICOLOGÍA DE LOS GUARDIAS DEL CAMPAMENTO

Llegamos ya a la tercera fase de las reacciones psíquicas del prisionero: la psicología tras la liberación. Pero antes de adentrarnos en ella conviene atender una pregunta que con frecuencia suelen formularle al psicólogo, especialmente si conoce el tema por experiencia propia: ¿Cómo era el perfil psicológico de los guardias del campo? ¿Cómo hombres de carne y hueso, iguales a los demás, pudieron tratar a los prisioneros de una manera tan brutal, tan inhumana? Si uno da crédito –por increíbles que parezcan– a las atrocidades cometidas en el holocausto, narradas una y otra vez por los super-

vivientes, no puede por menos que cuestionarse incrédulamente cómo un hombre es capaz de cometer tamañas crueldades, es decir, ¿es esto posible desde el punto de vista psicológico? Para responder a esta pregunta, sin descender a demasiados detalles, es preciso puntualizar algunas cuestiones previas.

En primer lugar, entre los guardias había algunos sádicos, sádicos en el sentido clínico más estricto y preciso. En segundo lugar, siempre se elegía a esos sádicos cuando se necesitaba una patrulla de guardias realmente implacables. A esta selección negativa, a la que ya nos referimos al principio de este escrito, como la realizada entre la masa de los prisioneros para escoger a los *kapos*, y en la que resulta fácil comprender que fueran elegidos los individuos más brutales y egoístas; a esta selección negativa, pues, se añadía en el campo la selección positiva de los sádicos.

Una de nuestras grandes alegrías en los comandos de trabajo, tras duras horas de bregar helados, consistía en calentarnos unos minutos, si lo permitían, ante una pequeña estufa alimentada con ramitas y virutas de madera. Pero siempre aparecía algún capataz que disfrutaba privándonos de ese menudo consuelo. ¡Cómo se reflejaba en su rostro aquel placer macabro! No sólo nos prohibía acercarnos al calor, sino que gozaba volcando la estufa y hundiendo su amoroso fuego en la nieve. Cuando a las SS les molestaba alguna persona en particular, siempre encontraban entre esas filas a algún miembro especialmente dotado y especializado en la tortura sádica, auténticas alimañas, en cuyas manos dejaban al desdichado prisionero.

En tercer lugar, la mayoría de los guardias tenían el corazón embotado por el hecho de presenciar, como testigos directos, durante largos años, y a un ritmo siempre creciente, los métodos brutales del campo. Estos hombres, endurecidos moral y mentalmente, se negaban, al menos, a tomar parte activa en las acciones de carácter sádico. Pero no impedían que los otros las consumaran.

En cuarto lugar, es preciso afirmar que algunos guardias sentían compasión por nosotros. Mencionaré sólo el caso del comandante de mi último campo, en el que fui liberado. Tras la liberación –únicamente el médico, también prisionero, tenía esta información antes de esa fecha– me enteré de que el comandante había

comprado de su bolsillo medicinas para los presos en las localidades más próximas, llegando a gastar cantidades apreciables de dinero. Por eso no extraña la actitud que adoptaron hacia él algunos prisioneros judíos. Al finalizar la guerra y ser libertados por las tropas norteamericanas, tres jóvenes judíos húngaros escondieron al comandante nazi en los bosques bávaros. A continuación se presentaron ante el oficial de las fuerzas americanas, quien estaba ansioso por capturar a aquel militar de las SS, para comunicarle que exclusivamente revelarían el lugar de su escondrijo si se les garantizaban ciertas condiciones: el oficial norteamericano debía prometer que no se le haría ningún daño a aquel hombre. Tras pensarlo un rato, el oficial americano prometió a los jóvenes judíos su protección para el comandante alemán. Y además de cumplir su promesa, y como prueba de ello, de alguna forma repuso al comandante a su antiguo puesto en el campo, pues le encargó de supervisar la recogida de ropas en las aldeas cercanas y distribuirlas entre nosotros, porque algunos aún vestíamos los harapos heredados de los desafortunados compañeros que nunca regresaron de Auschwitz.

En el polo opuesto se encontraba el prisionero más antiguo del campo, quien era, con mucho, peor que todos los guardias de las SS juntos. Golpeaba con saña a los demás prisioneros a la menor oportunidad, mientras el comandante alemán, que yo sepa, jamás levantó la mano contra uno de nosotros.

Es evidente que el mero dato de saber si un hombre fue guardia del campo o prisionero nada nos revela de su intimididad. La bondad humana se encuentra en todos los grupos, incluso en aquellos que, en términos generales, merecen ser condenados. Las fronteras entre estos grupos se difuminan y sobreponen en muchas ocasiones, y no debemos simplificar las cosas afirmando que unos hombres eran ángeles y otros demonios. Si un capataz, a pesar de las perniciosas influencias del campo, se mostraba amable con los reclusos, eso suponía un gran logro moral, mientras resultaba despreciable la vileza del preso que maltrataba a sus propios compañeros. Obviamente, estos hombres crueles desconcertaban hasta la desesperación a los prisioneros, mientras se sentían profundamente conmovidos por el mínimo gesto de afecto de cualquiera de los guardianes. Recuerdo el día en que un capataz me dio a escondidas un trozo de pan,

seguramente guardado de su propia ración del desayuno. Sin embargo, me obsequió con algo más que un trozo de pan, me dio un «algo» humano que me hizo saltar las lágrimas: la palabra y la mirada con que acompañó el regalo.

De todo lo expuesto debemos concluir que hay dos razas de hombres en el mundo y nada más que dos: la «raza» de los hombres decentes y la raza de los hombres indecentes. Ambas se entremezclan en todas partes y en todas las capas sociales. Ningún grupo social se compone exclusivamente de hombres decentes o indecentes. En este sentido, ningún grupo es de «pura raza». Por eso, a veces, asomaba entre los guardias alguna persona decente.

La vida en un campo de concentración desgarraba el alma humana y exponía a la luz sus abismos más escondidos. ¿Puede sorprender que a ese nivel de profundidad encontremos cualidades humanas que, en su íntima naturaleza, estén compuestas de bien y de mal? La frontera que separa el bien del mal, y que imaginariamente atraviesa a todo ser humano, fondea en las honduras del alma y hasta allí penetró el bisel de los sufrimientos soportados en un campo de concentración.

La Historia nos brindó la oportunidad de conocer al hombre quizá mejor que ninguna otra generación. ¿Quién es, en realidad, el hombre? Es el ser que siempre *decide* lo que es. Es el ser que inventó las cámaras de gas, pero también es el ser que entró en ellas con paso firme y musitando una oración.

TERCERA FASE

DESPUÉS DE LA LIBERACIÓN

Y ahora, al estudiar la última parte de la psicología en un campo de concentración, analicemos las reacciones del prisionero tras su liberación. Para describir las vivencias de la liberación, que por fuerza han de ser personales, retomamos el hilo de la narración en aquel pasaje en que, después de varios días de gran tensión, por fin se izó la bandera blanca a la entrada del campo. Al estado de ansiedad interior siguió una total relajación. Pero se equivocaría quien pensase que nos volvimos locos de alegría. ¿Qué sucedió, en realidad?

Con pasos torpes, los prisioneros nos agolpamos en la puerta del campo. Tímidamente miramos a nuestro alrededor y cruzamos entre nosotros miradas de curiosa interrogación. Luego nos aventuramos a dar unos pocos pasos fuera del campo y en esta ocasión no recibimos ninguna orden a gritos, ni teníamos que agacharnos o escabullirnos para esquivar un golpe o un puntapié. ¡Oh, no! ¡Por increíble que pareciera los guardias hasta nos ofrecían cigarrillos! Al principio ni los reconocimos: ¡qué prisa se dieron en vestirse de civiles! Lentamente nos adentramos por la carretera que se alejaba del campo. Muy pronto sentimos dolor en las piernas, que amenazaban con doblarse. Pero recobramos fuerzas y marchamos a trompicones: deseábamos contemplar los alrededores del *lager*, por primera vez, con los ojos de los hombres libres. «¡Somos libres!», nos gritábamos una y otra vez, y ni aun así podíamos creerlo. Rumiamos y repeti-

mos tantas veces esa palabra en los largos años que ocupó nuestros sueños, que tal vez la vaciáramos de significado. Su verdad se resistía a penetrar en nuestra conciencia; nos sentíamos impotentes para creer que aquella libertad era nuestra.

Llegamos a unos prados cubiertos de flores. Percibíamos su presencia, notábamos su presencia, pero no conseguían despertar en nosotros la menor emoción. El primer destello de alegría se produjo cuando divisamos un gallo con su cola de plumas multicolores. No fue más allá de un leve destello: todavía no pertenecíamos a ese mundo.

Al atardecer, de nuevo en nuestro barracón, un hombre le susurró a otro en tono confidencial: «¿Dime, estuviste contento hoy?».

Y el otro contestó un tanto avergonzado, porque desconocía que los demás nos sentíamos de manera parecida: «Para ser franco: no».

Lo expresaré en toda su crudeza: habíamos perdido la capacidad de alegrarnos y lentamente teníamos que volver a aprenderla.

En terminología psicológica lo que le sucedía a los prisioneros se denomina «despersonalización». Todo parecía irreal, misterioso, como un sueño. Nos costaba creer que fuera verdad. Cuántas veces habíamos soñado con la liberación, con la vuelta al hogar, con el apretado saludo a los amigos, con el cariñoso abrazo a la esposa; en esos mismos sueños nos sentábamos en la mesa de nuestra casa y contábamos detalladamente todos los sufrimientos del cautiverio, incluidas esas imágenes en que soñábamos con los ansiados y maravillosos momentos de la libertad. Pero durante años los sueños de libertad se desvanecían una y otra vez con el estridente ulular de las sirenas, la monótona señal para levantarnos... Y finalmente ahora, que el sueño se convertía en realidad, asomaba la duda... ¿Se desvanecería? ¿Podíamos creer de verdad en él?

El cuerpo funciona con menos inhibiciones que la mente; desde el primer momento usó de la libertad recién adquirida y empezó a comer con voracidad, durante horas y días enteros, incluso a mitad de la noche. Es asombrosa la cantidad de comida que se puede ingerir. Y cuando algún amable granjero de la vecindad invitaba a almorzar a un prisionero, éste comía y comía y bebía café; ese bienestar corporal azuzaba la locuacidad y el prisionero hablaba y hablaba horas enteras. La presión que durante años oprimía su men-

te desapareció al fin. Al oírlo hablar, uno tenía la impresión que *necesitaba* hacerlo, que le empujaba una fuerza irresistible. Algunas personas que sufrieron una intensa tensión durante un breve período de tiempo (por ejemplo, un interrogatorio de la Gestapo) me comentaron que experimentaron reacciones similares. En primer lugar se soltaba la lengua, y varios días después también estallaba algo que se escondía en el fondo de nosotros mismos; y, de pronto, aquellos sentimientos brotaban desde las entretelas del ser como si rompieran una extraña y compacta barrera que los reprimía.

Cierto día, poco después de la liberación, paseaba por una campiña florida, caminando hacia un pueblo cercano. Las alondras se elevaban hasta el cielo y lanzaban al aire sus alegres cantos; no había nada más que el cielo y la tierra, y el júbilo de las alondras, y la libertad del espacio. Me detuve, miré a mi alrededor, después fijé la mirada en el cielo, y finalmente caí de rodillas. Casi sin percibir la consciencia de mí mismo y del mundo, una frase, una única frase, retumbaba en mi cabeza: «Llamé al Señor desde mi estrecha prisión y Él me contestó desde el espacio en libertad».

No recuerdo cuánto tiempo permanecía allí, así, de rodillas, repitiendo una y otra vez mi jaculatoria. Pero estoy seguro de que aquel día, en aquel instante, mi vida comenzó de nuevo. Fui avanzando, paso a paso, hasta convertirme otra vez en un ser humano.

EL DESAHOGO

El camino que nos alejaba de la aguda tensión psicológica de los últimos días en el campo (de la guerra de nervios a la paz mental) no estaba exento de obstáculos. Sería un error creer que un prisionero liberado no necesitaba ya ninguna atención. Hemos de tomar en consideración lo siguiente: una persona sometida a una tensión psicológica tan tremenda y durante tanto tiempo corre un cierto peligro en el momento de la liberación, especialmente si ésta se produce de forma brusca. Este peligro (desde el ángulo de la psicohigiene) es la contrapartida psicológica de la aeroembolia. De la misma forma que un buzo –sometido a una intensa presión atmosférica– correría serio peligro si se sacara la escafranda de repen-

te, de la misma forma el hombre liberado repentinamente puede sufrir un daño en su salud psíquica.

Durante esta fase psicológica observé que en las personalidades más primitivas hizo mayores estragos la brutalidad que dominaba la vida en el campo; les resultaba muy difícil sustraerse a esas experiencias. Ya libres, consideraban que estaban en su derecho para usar la libertad de una manera licenciosa y arbitraria, sin sujetarse a ninguna norma. Lo único que cambió para ellos es que pasaron de oprimidos a opresores. Se convirtieron en instigadores, ya no víctimas, de la violencia y la injusticia. Disculpaban su comportamiento como la justa satisfacción ante sus terribles y dramáticos sufrimientos, y extendían su proceder hasta las situaciones más inofensivas. En una ocasión paseaba con un amigo camino del campo de concentración. Casi sin darnos cuenta, llegamos a un prado de espigas verdes. Automáticamente yo las evité, pero mi amigo me agarró del brazo y me arrastró hacia el sembrado. Intenté balbucir algo así como no tronchar las tiernas espigas. Él se enfadó conmigo, me miró airado y gritó:

«¡No me digas! ¿No nos han pisado bastante a nosotros? Mataron a mi mujer y a mi hijo en la cámara de gas –por no mencionar lo demás–, y tú me vas a prohibir destrozarse unas pocas espigas de trigo...».

Costaba tiempo y paciencia reconducir a esos hombres a aceptar la verdad lisa y llana de que a nadie le está permitido hacer el mal, ni aun cuando la injusticia se hubiese cebado con él. Debían de admitir de nuevo el valor de esta verdad, porque las consecuencias iban más allá de la pérdida de unos cientos granos de trigo. Todavía recuerdo a aquel prisionero que, arremangándose la camisa, metió su mano derecha bajo mi nariz y chilló: «¡Que me corten la mano si no me la tiñen con sangre el día de mi regreso a casa!». Quisiera recalcar que el autor de estas palabras no era una mala persona: fue el mejor de los camaradas en el campo y también después.

Además de la deformidad moral, consecuencia del cese repentino de la tensión psicológica, otras dos experiencias amenazaban con dañar la personalidad del hombre liberado: la amargura y el desencanto –la desilusión– que sufría al retornar a su vida anterior.

La amargura se surtía del cúmulo de decepciones que el recién liberado sufría, una tras otra, al reintegrarse a su vida anterior. Se rebelaba interiormente al comprobar que en muchos lugares se le recibía con un ligero encogimiento de hombros y unas cuantas frases rutinarias. Ante estos lánguidos recibimientos, se preguntaba para qué sufrió todos aquellos horrores. Por todas partes escuchaba expresiones estereotipadas: «No sabíamos nada»; «nosotros también sufrimos lo nuestro». Estos comentarios le hacían cuestionarse, con amargor: ¿Es que no tienen nada mejor que decirme?

La experiencia del desencanto es algo distinta. En este caso era el propio destino el que parecía cruel, y no sólo el amigo (cuya superficialidad e insensibilidad desagradaban hasta el punto de desear esconderse en un agujero y no ver ni oír a los seres humanos nunca más). Un hombre que durante años pensó haber tocado el fondo del sufrimiento se encontraba de repente con que el sufrimiento carecía de límites y que todavía podía sufrir más, y más intensamente.

Páginas atrás nos referimos a la necesidad de infundir ánimos en el prisionero para solventar su dramática situación: eso se conseguía proponiéndole metas futuras, presentándole un porvenir con sentido. Era preciso recordarle que la vida le esperaba, que un ser querido aguardaba su regreso con ansia. ¿Y después de la liberación? Algunos se encontraron con que nadie les esperaba ya.

¡Pobre de aquel que no encontró a la persona cuyo sólo recuerdo le infundía valor en el campo! ¡Desdichado quien al regresar descubrió una realidad totalmente distinta a la íntimamente añorada durante los años de cautiverio! Quizá se subió en un tranvía y viajó hacia la casa de sus recuerdos, quizá llamó al timbre, como tantas veces lo soñó en el *lager*; pero no le abrió la persona esperada porque no estaba allí, ni nunca volvería.

En el campo nos habíamos confesado, en confidencia de amigos, que en la tierra no había una alegría que compensase los sufrimientos soportados en aquella lastimera existencia. No esperábamos disfrutar la felicidad, no era eso lo que confería valor y sentido a nuestro sufrimiento, a nuestro sacrificio, a nuestra agonía. Sin embargo, tampoco estábamos preparados para la infelicidad. Ese desencanto, que aguardaba a un número no desdeñable de exprisioneros,

resultó una experiencia ardua y dolorosa de sobrellevar, y también muy difícil de tratar desde la vertiente técnica del psiquiatra. Aunque esa dificultad no tendría que desalentar al psiquiatra, al contrario, debería constituir un acicate y un estímulo más.

Transcurrido el tiempo, para todos y cada uno de los prisioneros llegó el día en que, al volver la vista atrás, hacia aquella espe-luznante experiencia del campo de concentración, les resultaba imposible comprender cómo fueron capaces de soportarlo. Del mismo modo que la liberación les pareció un bello sueño, ahora las atroces vivencias del campo resonaban como el eco lejano de una pesadilla fatal.

Al final de nuestra andadura, tras describir la psicología del prisionero de un campo de concentración, hemos de reconocer que la vuelta de aquel mundo ignominioso al caluroso hogar provocaba una maravillosa sensación de fortaleza interior, pues después de soportar aquellos increíbles sufrimientos, uno ya no tenía nada que temer, salvo a su Dios.

APÉNDICE

CONCEPTOS BÁSICOS DE LOGOTERAPIA

Los lectores de mi breve relato autobiográfico suelen solicitar una explicación más completa y directa de mi teoría terapéutica. En consecuencia, añadí a la edición original de *Un psicólogo en un campo de concentración* un sucinto resumen sobre la logoterapia.¹² Pero parece que no ha sido suficiente, porque he seguido recibiendo peticiones para que amplíe esos conceptos. En consecuencia, en esta edición¹³ he reescrito estos aspectos técnicos, ampliándolos de una manera considerable.

No me ha resultado un cometido fácil. Transmitir al lector, en formato reducido, el material que en alemán requirió veinte volúmenes, es una tarea capaz de desanimar a cualquiera. Recuerdo a un colega norteamericano que un día me preguntó en mi clínica de Viena: «¿Dígame, doctor, es usted psicoanalista?». A lo que yo respondí: «No exactamente psicoanalista; más bien soy psicoterapeuta». Entonces siguió preguntándome: «¿A qué escuela perte-

¹² Esta parte, que ha sido revisada y actualizada, apareció por primera vez con el título «Basic Concepts on Logotherapy», en la edición de 1962 de *Man's Search for Meaning*. (En las ediciones alemanas no suele incluirse esta segunda parte y en su lugar se publica *Synchronisation in Birkenwald*, una obra de teatro escrita por Viktor Frankl.) (*N. del E.*)

¹³ Se refiere a la edición norteamericana de 1984 (Washington Square Press, Nueva York).

nece?» «Sigo mi propia teoría; se llama *logoterapia*.» «¿Puede describirme, en pocas palabras, qué quiere decir con ese término?» «Sí –le dije–, pero antes de contestarle, ¿podría usted definirme en una frase la esencia del psicoanálisis?» Ésta fue su respuesta: «En el psicoanálisis, los pacientes deben recostarse en un diván y contar cosas que, a veces, resultan muy desagradables de decir». Le respondí con una rápida improvisación: «Pues bien, en la logoterapia, el paciente permanece sentado, bien derecho, pero tiene que oír cosas que, a veces, son muy desagradables de escuchar».

Por supuesto, me expresé en un tono más bien ameno, sin ninguna pretensión de esbozar algún resumen o compendio de la logoterapia. Sin embargo, esa leve simplificación esconde una mayor verdad de la que aparenta a primera vista, pues comparada con el psicoanálisis, la logoterapia es un método menos *introspectivo* y menos *retrospectivo*. La logoterapia mira más bien hacia el futuro, es decir, al sentido y los valores que el paciente quiere realizar en el futuro. La logoterapia, ciertamente, es una psicoterapia centrada en el sentido. Al mismo tiempo, la logoterapia rompe el círculo vicioso y los mecanismos de retroalimentación que juegan un papel tan crucial en el desarrollo de las neurosis. De esta forma se quiebra el típico egocentrismo del neurótico, en vez de encontrarse constantemente alimentado y fortalecido.

Ya advertí que la descripción anterior de la logoterapia simplificaba la cuestión al máximo. No obstante, al aplicar la logoterapia, el paciente se enfrenta con el sentido de su propia vida, y a continuación debe confrontar su conducta con ese sentido de la vida. Por consiguiente, mi definición improvisada de la logoterapia resulta válida en cuanto el neurótico pretende escaparse o no enfrentarse con su tarea concreta en la vida; y el volverle consciente de ese su sentido de la vida puede ejercer una ayuda fundamental para superar su neurosis.

Explicaré por qué empleé el término *logoterapia* para designar mi teoría. *Logos* es una palabra griega que equivale a «sentido», «significado» o «propósito». La logoterapia o, como la han denominado algunos estudiosos, la «Tercera Escuela Vienesa de Psicoterapia», se centra en el sentido de la existencia humana y en la búsqueda de ese sentido por parte del hombre. De acuerdo con la logoterapia,

la primera fuerza motivante del hombre es la lucha por encontrarle un sentido a su propia vida. Por eso aludo constantemente a la *voluntad de sentido*, en contraste con el principio del placer (podríamos denominarlo *voluntad de placer*) que rige el psicoanálisis freudiano y, en contraste, también con la *voluntad de poder*, enfatizada por la psicología de Alfred Adler.

LA VOLUNTAD DE SENTIDO

La búsqueda por parte del hombre del sentido de su vida constituye una fuerza primaria y no una «racionalización secundaria» de sus impulsos instintivos. Este sentido es único y específico, en cuanto es uno mismo y uno solo quien ha de encontrarlo; únicamente así el hombre alcanza un fin que satisfaga su propia voluntad de sentido. Algunos autores sostienen que el sentido y los valores no son más que «mecanismos de defensa», «formaciones reactivas» o «sublimaciones». Por lo que a mí respecta, yo no desearía vivir simplemente como carnaza de mis mecanismos de defensa, ni me sentiría inclinado a morir por mis «formaciones reactivas». El hombre, no obstante, ¡es capaz de vivir e incluso de morir por sus ideales y sus valores!

Hace unos años se realizó en Francia una encuesta de opinión. Los resultados demostraron que el ochenta y nueve por ciento de la población reconocía que el hombre necesita «algo» por lo que vivir. Todavía más, un sesenta y un por ciento afirmaba tener algo o alguien en su vida por cuya causa estaba dispuesto incluso a morir. Yo repetí esta encuesta entre los pacientes y el personal de mi departamento, en el Hospital de Viena, y el resultado fue prácticamente el mismo que se obtuvo con los miles de personas entrevistadas en Francia. La diferencia osciló alrededor de un dos por ciento. Otro estudio estadístico lo realizaron unos sociólogos sobre siete mil novecientos cuarenta y ocho estudiantes de cuarenta y ocho *colleges* de la Universidad de Johns Hopkins (su informe preliminar es parte de un trabajo de dos años patrocinado por el Instituto Nacional de Salud Mental). Preguntados sobre qué consideraban «muy importante» en ese momento para sus vidas, un dieciséis por ciento de los

estudiantes respondió «ganar un montón de dinero»; un setenta y ocho por ciento dijo que su objetivo principal era «encontrar un sentido y una finalidad para sus vidas». En otras palabras, la *voluntad de sentido* para muchas personas es cuestión de *hecho*, no de *fe*.

Naturalmente, en muchos casos, para ocultar sus conflictos internos, algunas personas insisten en levantar un velo enarbolando los principios morales como motor de su conducta; pero aun siendo eso cierto, representarían la excepción a la regla, y no la mayoría. Y en estos casos, además, la interpretación psicoanalítica se justifica como el pretexto de analizar la dinámica inconsciente que les sirve de base para esos comportamientos. En realidad no son sino pseudovalores que sencillamente se precisa desenmascarar (buena muestra de ello es el tipo fanático). Ahora bien, el desenmascaramiento o la desmitificación debe detenerse –sin ahondar más– en el mismo instante en que el psiquiatra tropiece con algún valor auténtico y genuino; por ejemplo, el deseo de una vida repleta de sentido. Si al alcanzar alguno de estos valores, el psiquiatra no suspendiera sus intentos de desenmascaramiento actuaría según sus principios *a priori* psicoanalíticos, y no en función de las necesidades del paciente, menospreciando con ello las aspiraciones genuinas del hombre, aquello que es genuinamente humano.

Hemos de estar en guardia contra la tendencia a calificar los principios morales como una simple expresión del hombre. Pues *logos* o «sentido» no es sólo algo que nace de la propia existencia, sino que se presenta frente a esa misma existencia. Si ese sentido que espera ser consumado por el hombre no fuese otra cosa que la expresión de sí mismo, o nada más que la proyección de un espejismo, perdería de inmediato su carácter de exigencia y desafío; resultaría ineficaz para motivar o responsabilizar al hombre. Esta argumentación se arguye tanto en lo referente a la sublimación de los impulsos instintivos, cuanto a lo que C. G. Jung denomina «arquetipos» del «inconsciente colectivo», que representan expresiones propias de la humanidad como un todo. Y también es válido contra el argumento de algunos pensadores existencialistas, que consideran los ideales humanos como meras invenciones. Según J.-P. Sartre, el hombre se inventa a sí mismo, concibe su propia «esencia»; es decir, concibe lo que es en esencia, incluso lo que debería o tendría que ser.

Sin embargo, yo afirmo que nosotros no inventamos el sentido de nuestra vida, nosotros lo descubrimos.

La investigación psicoanalítica en el campo de los principios es legítima; la cuestión estriba en conocer hasta qué límites es apropiada. La metodología de la experimentación nos recuerda que, según sus leyes, una investigación exclusivamente psicodinámica sólo puede, en principio, mostrarnos o revelarnos las fuerzas pulsionales del hombre. Ahora bien, los principios morales no impulsan al hombre, no le *empujan*, más bien tiran de él. Diré, en un tono coloquial, que esa diferencia la recordaba continuamente al traspasar las puertas de los hoteles de Norteamérica: hay que tirar de una y empujar otra. Por lo tanto, si afirmo que el hombre se ve *arrastrado* por los principios morales, eso implica que apelo a su voluntad: a la libertad del hombre para elegir entre aceptar o rechazar una oportunidad que la vida le plantea; o dicho de otra manera, la libertad para completar un determinado sentido o para rechazar ese mismo sentido.

No obstante, conviene aclarar con rotundidad que en el hombre no cabe hablar de eso que se acostumbra a denominar *impulso moral* o *impulso religioso*, interpretándolo funcionalmente igual a cuando se afirma que el hombre se encuentra determinado por sus instintos básicos. Nunca el hombre se siente impulsado a responder con una preestablecida conducta moral; en cada situación concreta decide actuar de una forma determinada. Y, además, el hombre no actúa para satisfacer su impulso moral, y silenciar así los reproches de su conciencia; lo hace por conquistar un objetivo o una meta con la que se identifica, por una persona que ama o por la gloria de Dios. Si obrara con el fin de acallar su conciencia se convertiría en un fariseo y, en ese instante, ya no sería una persona verdaderamente moral. Creo que hasta los mismos santos procuran exclusivamente servir a Dios, olvidándose por completo de los actos que conducen a su propia santidad. Si se centraran especialmente en los actos que conducen a la santidad terminarían con una personalidad perfeccionista, pero no santos. Ciertamente es que, como reza el dicho alemán, «la mejor almohada es una buena conciencia»; pero la moralidad es mucho más que un somnífero o un tranquilizante.

LA FRUSTRACIÓN EXISTENCIAL

El hombre es capaz de malograr su voluntad de sentido, en cuyo caso la logoterapia habla de «frustración existencial». El término «existencial» admite tres significados distintos: para referirse a la *existencia* misma, esto es, al modo de ser específicamente humano (1); el *sentido* de la existencia (2); y el afán por encontrarle un sentido concreto a la existencia personal, es decir, la *voluntad* de sentido (3).

La frustración existencial también puede cursar como neurosis. Para este tipo de neurosis, la logoterapia ha acuñado el término «neurosis noógenas», por oposición a la neurosis en el sentido estricto de la palabra: la neurosis psicógena. El origen de las neurosis noógenas proviene de la dimensión noológica (del griego *noos*, que significa «mente»), y no brotan directamente de lo psicológico de la existencia humana. Este término logoterapéutico denota elementos que anidan en el núcleo «espiritual» de la personalidad humana. Conviene insistir y recalcar que en el léxico de la logoterapia el término espiritual se encuentra ajeno a cualquier connotación religiosa: describe y define (antropológicamente) la dimensión específicamente humana.

NEUROSIS NOÓGENA

Las neurosis noógenas no surgen por conflictos entre impulsos e instintos, sino más bien de problemas existenciales (que en una formulación más general los deberíamos calificar como problemas espirituales). Entre ellos, la frustración de la voluntad de sentido suele jugar un papel primordial.

A la luz de lo dicho, resulta obvio que la terapia apropiada para las neurosis noógenas no es la psicoterapia tradicional, sino la logoterapia: una psicoterapia que se atreve a penetrar en la dimensión espiritual, la dimensión genuina del ser humano. De hecho, el *logos* griego admite la acepción de «significado» y de «sentido», pero también la de «espíritu». La logoterapia contempla desde niveles espirituales los temas espirituales, como pueden ser el afán del hombre por encontrarle un sentido a la vida o la frustración de ese sentido. Estas cuestiones se afrontan con sinceridad humana y frontalmente, en su actual

consistencia psíquica o espiritual, sin pretender rastrearlos hasta encontrar en ellos unas raíces y orígenes inconscientes, que en definitiva serían *instintivos*. Si un médico no acierta a distinguir la dimensión espiritual como opuesta a la dimensión instintiva, genera una tremenda confusión para explicar el comportamiento humano.

Citaré el siguiente ejemplo: un diplomático norteamericano de alta graduación acudió a mi consulta en Viena para continuar el tratamiento psicoanalítico comenzado cinco años atrás con un analista de Nueva York. En la primera sesión le pregunté qué le indujo a pensar en la necesidad de ser analizado; o de otra forma, cuál fue la causa para iniciar el tratamiento psicoanalítico. El paciente me contestó sentirse insatisfecho con su profesión y, además, tenía serias dificultades para aceptar la política exterior de Norteamérica. El psicoanalista le repetía con insistencia que debía reconciliarse con su padre, pues el gobierno estadounidense, al igual que sus superiores, «no eran otra cosa» que imágenes del padre y, consecuentemente, la insatisfacción que sentía por su trabajo era consecuencia del aborrecimiento que, inconscientemente, albergaba hacia su padre. A lo largo de un tratamiento psicoanalítico de cinco años, el paciente se sentía con mayor predisposición para aceptar esas interpretaciones, aunque al final ya le costaba diferenciar el bosque de la realidad entre la maraña de símbolos e imágenes presentados por el analista. Tras unas pocas entrevistas conmigo, se hizo patente la frustración de su voluntad de sentido en lo referente a su vocación profesional y su añoranza por realizar otro tipo de trabajo. Como no encontró ninguna razón para no abandonar su empleo y dedicarse a otra cosa, así lo hizo, con resultados muy gratificantes. Según su última información, lleva cinco años en su nueva ocupación y está contento. Dudo mucho de que en este caso se tratase de una neurosis y, por lo tanto, sobra cualquier psicoterapia o logoterapia, pues aquel hombre no era un paciente en el sentido clínico.

De la historia anterior se deduce que no todos los conflictos son necesariamente neuróticos; es más, a veces, es normal y saludable cierta dosis de conflictividad. De la misma forma, el sufrimiento no es siempre un fenómeno patológico; más que interpretarlo en términos de síntoma neurótico, el sufrimiento puede muy bien constituir un logro humano, especialmente cuando nace de la frustra-

ción existencial. Niego tajantemente que la búsqueda de un sentido para la propia existencia, o la duda de si realmente existe un sentido, proceda siempre de una enfermedad o sea el resultado de una enfermedad. La frustración existencial no es en sí misma ni patológica ni patogénica. La preocupación, o la desesperación, por encontrarle a la vida un sentido valioso es una *angustia espiritual*, pero en modo alguno representa una enfermedad. Bien pudiera suceder que si se interpreta la angustia en términos de enfermedad, el psiquiatra se sienta inclinado a enterrar la frustración existencial de su paciente bajo un tratamiento de drogas tranquilizantes. Pero ésa no será su misión, todo lo contrario: deberá guiar a ese paciente a través de su crisis existencial, una crisis que seguramente generará ocasiones de desarrollo y crecimiento interior.

La logoterapia entiende que su cometido consiste en ayudar al paciente a encontrar el sentido de su vida; por lo tanto, procede de un modo analítico al activar en la conciencia de la persona el *logos* oculto de su existencia. En ese aspecto, la logoterapia se parece al psicoanálisis. Ahora bien, los intentos de la logoterapia por recuperar los contenidos de la conciencia no se reducen a los hechos *instintivos*—que conforman el inconsciente del individuo—, sino que también le fuerzan a avivar las realidades *espirituales* que inciden en la vida, como el potencial sentido de la vida o la *voluntad* de sentido. No obstante, cualquier análisis, aunque rehúse admitir la dimensión noológica en su praxis terapéutica, intenta que el paciente cobre fuerte conciencia de lo que realmente anhela en lo más profundo de su ser. La logoterapia se diferencia del psicoanálisis porque concibe al hombre como un ser cuyos intereses primordiales se inscriben en la órbita de asumir un sentido a la existencia y realizar un conjunto de valores, y no en la mera gratificación y satisfacción de sus impulsos e instintos, o en el mero ajuste del conflicto interior generado por las exigencias del *ello*, del *yo* y del *superyó*,¹⁴ o en las luchas de adaptación y ajuste al entorno circundante y a la sociedad.

¹⁴ *Ello, yo y superyó* constituyen, en la teoría de Freud, los componentes de la estructura psicológica del hombre, y son los encargados de otorgar la forma última a las conductas humanas. (*N. del E.*)

NOODINÁMICA

Cierto que la búsqueda humana de sentido y de valores puede nacer de una tensión interior y no de un equilibrio interno. Ahora bien, precisamente esa tensión es un requisito indispensable de salud mental. Me atrevería a afirmar que nada en el mundo ayuda a sobrevivir, aun en las peores condiciones, como la conciencia de que la vida esconde un sentido. Hay mucha sabiduría en las palabras de Nietzsche: «El que tiene un *porqué* para vivir puede soportar casi cualquier *cómo*». Yo descubro en esas palabras un motor válido para cualquier psicoterapia. Los campos de concentración nazis dan fe de que los prisioneros más aptos para la supervivencia resultaron ser aquellos a quienes esperaba alguna persona o les apremiaba la responsabilidad de acabar una tarea o cumplir una misión (hecho confirmado con posterioridad por los psiquiatras norteamericanos en Japón y en Corea).

En cuanto a mí, cuando fui internado en el campo de Auschwitz me confiscaron un manuscrito listo para su publicación.¹⁵ Sin ninguna duda, mis intensos deseos de reconstruir ese libro me ayudaron a superar los inhumanos rigores de la vida en el campo. Por ejemplo, cuando caí enfermo de tifus en un campo de Baviera, para vencer los delirios de la fiebre, anoté en míseras tiras de papel, ideas y palabras claves que me sirvieran para redactar de nuevo el texto, si lograba sobrevivir hasta el día de la liberación. Estoy convencido de que esos esfuerzos, al límite de mi resistencia, me ayudaron a superar el riesgo de un colapso cardiovascular.

Lo expuesto con anterioridad confirma que la salud psíquica precisa un cierto grado de tensión interior, la tensión existente entre lo que uno ha logrado y lo que le queda por conseguir, o la distancia entre lo que uno es y lo que debería llegar a ser. Una tensión de esta naturaleza es inherente al ser humano y, por consiguiente, indispensable para su bienestar psíquico. En consecuencia, convendría

¹⁵ Era la primera versión de mi primer libro, cuya traducción inglesa fue publicada por Alfred A. Knopf, en Nueva York, en 1955, con el título *The Doctor and the Soul: An Introduction to Logotherapy*. La traducción al castellano la publicó en 1950 el Fondo de Cultura Económica, México, con el título *Psicoanálisis y existencialismo*.

no acobardarse y situar al hombre frente a frente al sentido de su existencia. Únicamente así despertaremos el estado de latencia de su voluntad de sentido. Considero una concepción errónea y peligrosa para la psicohigiene dar por supuesto que el hombre precisa ante todo equilibrio interior, o como se denomina en biología «homeostasis»: un estado sin tensiones, en equilibrio biológico interno. El hombre no necesita realmente vivir sin tensiones, sino esforzarse y luchar por una meta o una misión que le merezca la pena. Vivir sin tensiones a cualquier precio no resulta un proceder psicohigiénico, es más beneficioso sentir la urgencia de una misión por cumplir o el apremio del cumplimiento del deber. Releaguemos la «homeostasis» y situemos en primer lugar la «noodinámica» (en lenguaje logoterapéutico): la dinámica espiritual dentro de un campo de tensión bipolar, en el cual un polo representa el sentido a consumir, y el otro polo corresponde al hombre que debe cumplirlo. Y si la noodinámica significa un proceder válido para las condiciones normales del psiquismo, todavía se presenta más necesario en el caso de individuos neuróticos. Cuando los arquitectos pretenden apuntalar un arco con riesgo de hundirse, *aumentan* la carga en la clave, para que así sus piezas se unan con mayor fuerza. De la misma forma, si los terapeutas procuran fortalecer la salud mental de sus pacientes, no deben tener miedo a aumentar la tensión interior, si con ello les conducen a reorientar o encontrar el sentido de sus vidas.

Una vez puesto de manifiesto el efecto beneficioso del sentido de la vida, me ocuparé de las nocivas consecuencias que acarrea el fenómeno contrario: la carencia total y absoluta de un sentido de la vida; un fenómeno muy frecuente entre los pacientes de nuestros días, que se ven acosados por una íntima vaciedad, por el desierto o páramo que albergan en su intimidad. Y eso les arrastra o atrapa en una amarga sensación que ellos mismos denominan «vacío existencial».

EL VACÍO EXISTENCIAL

El vacío existencial es un fenómeno muy extendido en el siglo xx. Es comprensible y quizá se explique por el doble arancel que el hombre pagó para convertirse en un verdadero ser civilizado, humana-

mente civilizado. Al comienzo de la Historia, el hombre perdió algunos de los instintos básicos que rigen la vida del animal y le confieren seguridad; una seguridad que, como el paraíso, le está hoy vedada para siempre: se ve forzado a elegir. Además, en las últimas épocas del progreso actual, el hombre ha sufrido otra pérdida nuclear: las tradiciones. Las tradiciones cumplían la misión de contrapeso de su conducta, y ahora se diluyen en la sociedad moderna a pasos agigantados. Carece, pues, de instintos que le impulsen a determinadas conductas, y ya no conserva las tradiciones que le indicaban los comportamientos socialmente aceptados; en ocasiones ignora hasta lo que le gustaría hacer. En su lugar, desea hacer lo que otras personas hacen (conformismo), o hace lo que otras personas quieren que haga (totalitarismo).

Mi equipo del departamento neurológico realizó una encuesta entre los pacientes y enfermos del Hospital Policlínico de Viena; en ella se puso de manifiesto que el cincuenta y cinco por ciento de las personas encuestadas acusaban, en mayor o menor grado, encontrarse en una situación de vacío existencial. En otras palabras, más de la mitad experimentaron, al menos en algún momento, la carencia del sentido de la vida.

El vacío existencial se manifiesta principalmente en un estado de tedio (aburrimiento). Hoy entendemos mejor a Schopenhauer cuando afirmaba que, aparentemente, la humanidad estaba condenada a oscilar eternamente entre los extremos de la tensión y el aburrimiento. De hecho, en la actualidad, el hastío genera más problemas que la tensión y, desde luego, envía a más personas a la consulta del psiquiatra. Toda esta problemática se agudizó en las últimas décadas, pues la progresiva automatización redundó en un gradual aumento del tiempo de ocio para los obreros. La pena de este desarrollo es que, quizá, muchos no sepan en qué emplear este tiempo libre recién conquistado.

Consideremos, como ejemplo, la «neurosis dominical», esa especie de depresión que aflige a algunos activistas al cesar el trajín de la actividad semanal y encontrarse, el fin de semana, a solas con su intimidad, una intimidad quizá vacía de sentido o de dirección. Si rastreáramos bastantes casos de suicidio nos topáramos al final del camino con ese vacío existencial. Y tal vez, si consideramos el vacío

existencial que les sirve de sustento comprendamos mejor el aumento del alcoholismo y de los fenómenos de delincuencia juvenil. Este mecanismo psicológico explica también las crisis de los jubilados y de los ancianos.

Todo ello sin contar que, con frecuencia, el vacío existencial se presenta bajo máscaras y disfraces. A veces, la frustración de la voluntad de sentido se compensa mediante la voluntad de poder, hasta en su expresión más tosca: la voluntad de tener dinero. En otras ocasiones, el vacío de la voluntad de sentido se rellena con la voluntad de placer. Y eso explica que la frustración existencial suela provocar un desenfreno libidinoso, e incluso que las pulsiones de la libido se mezclen con las agresivas.

Algo parecido sucede en las neurosis. Una neurosis asocia diversos procesos y mecanismos neuróticos, de los que trataré más adelante. Una sintomatología similar invade a las personas con una frustración de sentido; en ese vacío existencial germinan y florecen los procesos y mecanismos neuróticos. A pesar de la coincidencia sintomatológica, estos pacientes no sufren una neurosis noógena. No obstante, nunca conseguiremos que el paciente supere ese estado si no complementamos su tratamiento psicoterapéutico con la logoterapia. En efecto, la única manera para que esa persona no recaiga consiste en dotar de sentido su vacío existencial. Así pues, la logoterapia está indicada no sólo en las neurosis noógenas, como ya señalamos, sino también en las psicógenas y, especialmente, en los casos que he denominado «(pseudo) neurosis somatógenas». Desde esta perspectiva se justifica la afirmación que un día hiciera Magda B. Arnold: «Toda terapia debe ser, además, logoterapia, aunque sea en un grado mínimo».¹⁶

Consideremos, a continuación, qué podemos hacer si un paciente nos pregunta cuál es el sentido de la vida.

¹⁶ Magda B. Arnold y John A. Gasson, *The Human Person*, The Ronald Press Company, Nueva York, 1954, p. 618.

EL SENTIDO DE LA VIDA

Dudo que un médico pueda responder a esta pregunta con nociones genéricas, pues el sentido de la vida difiere de un hombre a otro, de un día a otro y de una hora a otra. Por tanto, lo que importa no es el sentido de la vida en formulaciones abstractas, sino el sentido concreto de la vida de un individuo en un momento determinado. Plantear esta cuestión en términos generales equivale a la pregunta que le propusieron a un campeón de ajedrez: «Dígame, maestro, ¿cuál es la mejor jugada del ajedrez?». Sencillamente no hay contestación posible a esa pregunta, pues jamás se dará una buena jugada, o la mejor jugada, sin una referencia concreta a una determinada partida y a la peculiar personalidad del oponente. Exactamente igual ocurre con la existencia humana; no deberíamos perseguir un sentido abstracto de la vida, pues a cada uno le está reservada una precisa misión, un cometido a cumplir. Por consiguiente, ni puede ser reemplazado en su función, ni su vida puede repetirse: su tarea es única como única es la oportunidad de consumarla.

La noción del sentido de la vida también se entiende desde el ángulo inverso: si consideramos que cualquier situación plantea y reclama del hombre un reto o una respuesta a la que sólo él está en condiciones de responder. En última instancia, el hombre no debería cuestionarse sobre el sentido de la vida, sino comprender que la vida le interroga a él. En otras palabras, la vida pregunta por el hombre, cuestiona al hombre, y éste contesta de una única manera: *respondiendo* de su propia vida y con su propia vida. Únicamente desde la responsabilidad personal se puede contestar a la vida. De tal modo que la logoterapia considera que la esencia de la existencia consiste en la capacidad del ser humano para responder responsablemente a las demandas que la vida le plantea en cada situación particular.

LA ESENCIA DE LA EXISTENCIA

Este énfasis en la fuerza de la responsabilidad humana se refleja en el imperativo categórico de la logoterapia: «Obra así, como si vivieras por segunda vez y la primera vez lo hubieras hecho tan desacertada-

mente como estás a punto de hacerlo ahora». En mi opinión, pocas estrategias estimularían más el sentido de la responsabilidad del hombre que esta máxima, pues invita a imaginar, en primer lugar, que el presente ya es pasado y, en segundo lugar, que ese pasado es factible de modificarse y enmendarse: este precepto enfrenta al hombre con la *finitud* de la vida y con su *finalidad* personal y existencial.

La logoterapia intenta que el paciente cobre conciencia plena de sus responsabilidades personales; en consecuencia, le fuerza a elegir por qué, de qué o ante quién se siente responsable. Por eso el logoterapeuta, entre los distintos psicoterapeutas, es el menos inclinado a imponer a sus pacientes algún juicio de valor, porque jamás permitirá que una persona transfiera al médico la responsabilidad de juzgar su propia existencia.

Corresponderá al paciente, por tanto, decidir si debe interpretar su existencia como una responsabilidad ante la sociedad o ante su propia conciencia. Una gran mayoría siente esa responsabilidad ante Dios, a Él deben rendir cuentas; son las personas que no se quedan sencillamente en la tarea a cumplir, sino que vuelven la vista hacia quien les ha encomendado esa tarea.

La logoterapia no es una labor docente ni misionera. Se encuentra tan lejana del razonamiento lógico como de la exhortación moral. Intentaré explicarlo gráficamente: el papel del logoterapeuta es más parecido al de un especialista en oftalmología que al de un pintor. El pintor intenta ofrecernos una imagen del mundo tal y como él lo ve. El oftalmólogo, por su parte, pretende que veamos el mundo tal y como el mundo es. La función del logoterapeuta consiste en ampliar y ensanchar el campo visual del paciente hasta que visualice responsablemente el amplio espectro de valor y de sentido contenido en su horizonte existencial. La logoterapia no necesita imponer al paciente ningún juicio de valor, ya que la verdad se impone por sí misma.

Al declarar al hombre un ser responsable y capaz de descubrir el sentido concreto de su existencia, quiero acentuar que el sentido de la vida ha de buscarse en el mundo y no dentro del ser humano o de su propia *psique*, como si se tratara de un sistema cerrado. La misma argumentación permite afirmar que la auténtica meta de la existencia humana no se cifra en la denominada autorrealización.

La autorrealización por sí misma no puede situarse como meta. No debe considerarse el mundo como simple expresión de uno mismo, ni tampoco como mero instrumento, o como un medio para conseguir la ansiada autorrealización. En ambos casos la visión del mundo, o *Weltanschauung*, se convierte en *Weltentwertung*, es decir, menosprecio del mundo.

A esta característica esencial del hombre la designé «autotranscendencia de la existencia»:¹⁷ ser hombre implica dirigirse hacia algo o alguien distinto de uno mismo, bien sea realizar un valor, alcanzar un sentido o encontrar a otro ser humano. Cuanto más se olvida uno de sí mismo –al entregarse a una causa o a una persona amada– más humano se vuelve y más perfecciona sus capacidades. En efecto, cuanto más se afana el hombre por conseguir la autorrealización más se le escapa de las manos, pues la verdadera autorrealización sólo es el efecto profundo del cumplimiento acabado del sentido de la vida. En otras palabras, la autorrealización no se logra a la manera de un fin, más bien como el fruto legítimo de la propia trascendencia.

Ya avisé que el sentido de la vida cambia continuamente, pero no cesa nunca de existir. De acuerdo con la logoterapia, podemos descubrir o realizar el sentido de la vida según tres modos diferentes: realizando una acción (1); acogiendo las donaciones de la existencia (2); por el sufrimiento (3). En el primer procedimiento resultan obvios los recursos necesarios para alcanzarlo. El segundo y el tercer procedimiento precisan de una cierta explicación.

EL SENTIDO DEL AMOR

El segundo camino para descubrir el sentido de la vida se produce mediante la aceptación de una donación de la existencia; por ejemplo, la conmoción interior provocada por la belleza de una obra de

¹⁷ «Ser hombre significa trascenderse a sí mismo. La esencia de la existencia humana yace en su autotranscendencia. Ser hombre significa desde siempre estar preparado y ordenado hacia algo o alguien, entregarse a una obra a la que el hombre se dedica, a un ser que ama o a Dios, a quien sirve» (*La voluntad de sentido*). (N. del E.)

arte o del esplendor de la naturaleza, o por sentir –por el amor– el cercano calor de otro ser humano.

El amor es el único camino para arribar a lo más profundo de la personalidad de un hombre. Nadie es conocedor de la esencia de otro ser humano si no lo ama. Por el acto espiritual del amor se es capaz de contemplar los rasgos y trazos esenciales de la persona amada; hasta contemplar también lo que aún es potencialidad, lo que aún está por desvelarse y por mostrarse. Todavía hay más: mediante el amor, la persona que ama posibilita al amado la actualización de sus potencialidades ocultas. El que ama ve más allá y le urge al otro a consumir sus inadvertidas capacidades personales.

En logoterapia el amor no se interpreta como un mero epifenómeno¹⁸ de los impulsos e instintos sexuales, según el proceder del mecanismo llamado sublimación. El amor es un fenómeno tan primario como el sexo. Normalmente el sexo es una forma de expresar el amor. El sexo está justificado, incluso santificado, en la medida en que es vehículo del amor, y sólo en esa medida. Así, el amor no se entiende como un mero efecto secundario del sexo, sino que el sexo se considera un medio para expresar la experiencia de esa fusión absoluta y definitiva que es el amor.

EL SENTIDO DEL SUFRIMIENTO

Y el tercer cauce para encontrarle un sentido a la vida es a través del sufrimiento.

Cuando uno se enfrenta con un destino ineludible, inapelable e irrevocable (una enfermedad incurable, un cáncer terminal...), entonces la vida ofrece la oportunidad de realizar el valor supremo, de cumplir el sentido más profundo: aceptar el sufrimiento. El valor no reside en el sufrimiento en sí, sino en la actitud frente al sufrimiento, en nuestra actitud para soportar ese sufrimiento.

¹⁸ Fenómeno que se produce como consecuencia de un fenómeno primario anterior.

Citaré un ejemplo muy claro:¹⁹ un doctor en medicina general me consultó sobre la fuerte depresión que padecía. Era incapaz de sobreponerse al dolor del fallecimiento de su esposa, con quien compartió un matrimonio excepcionalmente feliz. Su esposa había muerto dos años atrás. ¿Cómo podía ayudarle? ¿Qué decirle? Me abstuve de comentarle nada y, en vez de ello, le pregunté: «¿Qué habría sucedido, doctor, si usted hubiera muerto primero y su esposa le hubiese sobrevivido?». «Bueno –dijo– para ella habría sido terrible, ¡sufriría muchísimo!» Ante lo cual repliqué: «Lo ve, doctor, usted le ha ahorrado a ella todo ese sufrimiento; pero para conseguirlo ha tenido que llorar su muerte y sobrevivirla».

No dijo nada, me tomó la mano y, quedamente, abandonó mi consulta. El sufrimiento deja de ser sufrimiento, en cierto modo, en cuanto encuentra un sentido, como suele ser el sacrificio.

Claro está que en este caso no se consumó una terapia en el sentido estricto de la expresión, pues la desesperación de aquel hombre no era patológica y yo no podía devolverle la vida a su esposa. Pero sí acerté a modificar su actitud hacia su destino inevitable, de tal modo que a partir de entonces encontró un sentido a su sufrimiento.

Uno de los axiomas básicos de la logoterapia mantiene que la preocupación primordial del hombre no es gozar del placer, o evitar el dolor, sino buscarle un sentido a la vida. Y en esas condiciones el hombre está dispuesto hasta a aceptar el sufrimiento, siempre que ese sufrimiento atesore un sentido.

Pero permítaseme dejar bien sentado que el sufrimiento no es en absoluto *necesario* para otorgarle un sentido a la vida. El sentido es posible sin el sufrimiento o a pesar del sufrimiento. Para que el sufrimiento confiera un sentido ha de ser un sufrimiento inevi-

¹⁹ Es éste un ejemplo paradigmático del proceder logoterapéutico para encontrar los valores del paciente que le mueven a la acción, al cumplimiento de su deber específico. Frankl lo cita en multitud de ocasiones, en concreto en los siguientes libros: *Homo patiens*, *La idea psicológica del hombre*, *Ante el vacío existencial*, *La psicoterapia y la dignidad de la existencia*, *El hombre en busca del sentido último*, *Logoterapia y análisis existencial*, *Teoría y terapia de las neurosis*. (N. del E.)

table, absolutamente necesario. El sufrimiento evitable debe combatirse con los remedios oportunos; el no hacerlo así sería síntoma de masoquismo, no de heroísmo.

La psicoterapia tradicional tiende a restaurar en la persona la capacidad para el trabajo y para disfrutar de la vida. Esos objetivos son compartidos también por la logoterapia, aunque avanza un paso más al pretender que el paciente recupere su capacidad de sufrir, si fuera necesario, y por ello encontrarle un sentido al sufrimiento. En este contexto, Edith Weisskopf-Joelson, profesora de Psicología en la Universidad de Georgia, en su artículo sobre logoterapia defiende que «nuestra actual filosofía de la higiene mental enfatiza la idea de que las personas deberían ser felices, por ello la infelicidad resultaría un síntoma de desajuste. Este sistema de valores puede ser responsable, ante la realidad de la infelicidad inevitable, del incremento del sentimiento de desdicha por el hecho de no ser plenamente feliz».²⁰ En otro artículo expresaba la esperanza de que la logoterapia «logre contribuir a contrarrestar algunas tendencias indeseables en la cultura estadounidense actual, donde al paciente incurable se le conceden pocas oportunidades para sentirse orgulloso de su sufrimiento y de considerar que lo ennoblece en vez de degradarle», de tal modo que «no sólo se siente infeliz, sino además se avergüenza de serlo».²¹

En ocasiones la existencia no permite desempeñar un trabajo profesional o disfrutar de la vida, pero nunca nos puede arrebatar el sufrimiento inevitable. Al aceptar el desafío de sufrir con entereza, la vida mantiene su sentido hasta el último instante y lo conserva hasta el final, en su acepción más literal. Dicho de otra forma, el sentido de la vida es de carácter incondicional, pues incluye también hasta el sentido potencial de un sufrimiento ineludible.

Traigo ahora a la memoria mi experiencia más honda en un campo de concentración. Las posibilidades de sobrevivir en uno de esos campos no superan la proporción de uno a veintiocho, como

²⁰ «Some Comments on a Viennese School of Psychiatry», *The Journal of Abnormal and Social Psychology*, 51 (1955), pp. 701-703.

²¹ «Logotherapy and Existential Analysis», *Acta Psychoterap.*, 6 (1958), pp. 193-204.

muestran fehacientemente las fuentes estadísticas. No parecía posible, cuanto menos probable, rescatar el manuscrito de mi primer libro, que escondía en mi chaqueta cuando llegué a Auschwitz. Debía aceptar el destino y sobreponerme a la pérdida de mi hijo espiritual. Me embargó la triste sensación de que nadie ni nada me sobreviviría, ni un hijo físico, ni un hijo espiritual, nada que fuera mío. En tales circunstancias no resistía a la tentación de cuestionarme si mi vida no se encontraba totalmente huérfana de cualquier sentido.

Muy pronto recibí una respuesta a esa desesperanzada y apasionada pregunta, que me mantenía en una encarnizada tensión interior. Sucedió al abandonar mi ropa y heredar, a cambio, los harapos de un prisionero enviado a la cámara de gas nada más poner los pies en la estación de Auschwitz. En vez de las muchas páginas de mi libro encontré en el bolsillo de aquella andrajosa chaqueta una única página, arrancada de un libro de oraciones en hebreo, con la más sublime oración judía: el *Shemá Israel*. ¿Cómo interpretar esa «coincidencia» si no en términos de un desafío para *vivir* mis pensamientos en vez de limitarme a exponerlos en un papel?

Un poco más tarde, según recuerdo, me pareció que no tardaría en morir. En esa crítica situación, sentía unas preocupaciones distintas a las de mis compañeros. Ellos se preguntaban: «¿Sobreviviremos a este campo? Pues en otro caso, estos sufrimientos no tienen sentido». Sin embargo, yo me cuestionaba otra pregunta: «¿Estas muertes y el sufrimiento de estas gentes tan cercanas, guardan algún sentido? Así debía de ser, pues en caso contrario, definitivamente el sobrevivir perdía su sentido, porque la vida cuyo sentido último dependa del azar o de la casualidad para mantenerse vivo seguramente no merece la pena ser vivida».

PROBLEMAS METACLÍNICOS

Con creciente frecuencia, cada vez más, el psiquiatra se siente interpelado con un nuevo tipo de interrogantes: ¿Qué es la vida? ¿Qué es el sufrimiento? En los tiempos actuales, los pacientes acuden al psiquiatra con sus problemas humanos, y no con síntomas neuróticos. Algunas personas que hoy visitan al psiquiatra, en tiempos no

muy lejanos acudían al sacerdote, al pastor o al rabino; y aún hoy deberían acudir a ellos. Pero la gente, en la cultura actual, se resiste a ponerse en manos de un eclesiástico, por eso el médico ha de atender más a cuestiones humanas y filosóficas que a conflictos emocionales o síntomas patológicos.

UN LOGODRAMA

Me gustaría citar el siguiente caso:²² en una ocasión, la madre de un muchacho muerto a los once años ingresó en mi clínica tras un intento de suicidio. Mi ayudante, el Dr. Kocourek, la invitó a participar en una sesión de psicoterapia de grupo; por casualidad entré yo en la sala destinada a los psicodramas. En ese momento la mujer contaba su historia. Tras la muerte de su hijo se quedó sola con otro hijo disminuido físico como consecuencia de una parálisis infantil. Necesitaba una silla de ruedas. La madre se rebelaba abiertamente contra el destino. Intentó suicidarse con su hijo y éste se lo impidió. ¡Él quería vivir! Para él la vida continuaba teniendo sentido. ¿Por qué no lo tendría también para su madre? ¿Cómo encontrar el sentido de su vida? ¿Cómo podríamos ayudarla a encontrarlo y a ser consciente de ese sentido?

Improvizando, participé en el debate. A otra mujer del grupo le pregunté la edad: treinta, me contestó. Le repliqué: «No, usted no tiene treinta, sino ochenta años; se encuentra tendida en su lecho de muerte y vuelve la vista hacia su pasado. Una vida sin hijos pero repleta de éxitos económicos y de prestigio social». A continuación la invité a que imaginara cómo se sentiría en esa hipotética situación. «¿Qué pensaría usted? ¿Qué se diría a sí misma?» Reproduzco textualmente lo que se grabó en la cinta magnetofónica de la sesión: «Oh, me casé con un millonario, y llevé una vida cómoda y

²² También esta historia clínica representa un proceder típico de la praxis logoterapéutica: proyectar (mentalmente) la repercusión en el futuro de las actuaciones del sujeto en el presente. Frankl narra este caso en diversas obras: *Ante el vacío existencial*, *Logoterapia y análisis de la existencia*, *El hombre doliente*, *El hombre en busca del sentido último*. (N. del E.).

llena de lujo, ¡y la viví plenamente! ¡Coqueteé con los hombres, y me burlé de ellos! Pero ahora tengo ochenta años y ningún hijo. Al volver la vista atrás, desde mi ancianidad, soy incapaz de comprender el sentido de todo aquello, y siento que mi vida fue un fracaso: ¡debo reconocer que mi vida fue un tremendo fracaso!».

Luego invité a la madre del muchacho paralítico a que se imaginara a sí misma contemplando *su* vida como algo ya pasado, recreando la situación como la señora anterior. Escuchemos lo que dijo, igualmente grabado: «Yo deseaba tener hijos y mi deseo se cumplió. Un hijo se murió y el otro, minusválido, hubiese acabado en una institución benéfica si yo no me hubiese encargado de cuidar de él. Aunque está tullido e inválido, es mi hijo al fin y al cabo. Por eso luché para que su vida fuese lo mejor posible. Hice de mi hijo un ser humano mejor!». En ese momento se le saltaron las lágrimas y, entre sollozos, continuó: «En cuanto a mí puedo recordar mi pasado con paz, pues he intentado con todas mis fuerzas cuidar a mi hijo, lo hice lo mejor que supe. Lo hice por el bien de mi hijo. ¡Mi vida no ha sido un fracaso!».

Al contemplar su vida desde el ocaso de la muerte percibió, de pronto, el sentido que la animaba, la misión que debía realizar; y ese sentido abarcaba también sus sufrimientos. Por el mismo razonamiento se hizo patente que quizás una vida tan corta como, por ejemplo, la de su hijo muerto, podría encontrarse más plena de alegrías y de amor, con mayor sentido, que otras vidas mucho más largas en años.

Al cabo de un rato dirigí otra pregunta al conjunto del grupo. Les pregunté si un chimpancé, con el que se experimentaba para producir el suero de la poliomielitis, y al que pinchaban continuamente, sería capaz de percibir el sentido de su sufrimiento. Unánimemente contestaron que no. El chimpancé es incapaz de penetrar en el mundo del hombre, y el mundo del hombre es el único lugar donde se comprende el sufrimiento. Finalicé formulando las siguientes cuestiones: «¿Y qué hay del hombre? ¿Están seguros de que lo humano constituye un punto terminal en la evolución? ¿Acaso no es concebible la existencia de otra dimensión, de un mundo más allá del mundo del hombre; de un mundo donde la pregunta sobre el sentido último del sufrimiento humano obtenga una respuesta cabal?».

EL SUPRASENTIDO

Este sentido último excede y sobrepasa, lógicamente, la capacidad intelectual del hombre: a este contexto que sobrepasa la limitación humana lo denominamos en logoterapia *suprasentido*. Al hombre no se le reclama, como predicen muchos filósofos existencialistas, que soporte lo absurdo de la vida, al contrario, se le pide que asuma racionalmente su propia capacidad para captar la sensatez incondicional de la vida. El *logos* es más profundo que la lógica.

El psiquiatra que se sitúe más allá del concepto de suprasentido, antes o después, se sentirá desconcertado por sus pacientes, tal y como me sucedió a mí cuando mi hija de seis años me preguntó: «¿Por qué hablamos del *buen* Dios?». A lo que respondí: «Hace unas semanas tenías sarampión y el *buen* Dios te curó». Pero la niña no quedó satisfecha, y replicó: «Sí, papá, pero no olvides que primero me lo envió».

No obstante, si un paciente posee una creencia religiosa firmemente arraigada, no existe ninguna objeción en utilizar el efecto terapéutico de sus convicciones. Y, por consiguiente, reforzar así sus recursos espirituales. Para ello, el psiquiatra ha de situarse en el lugar del paciente. Y eso fue exactamente lo que hice en cierta ocasión que me visitó un rabino de Europa oriental y me contó su historia. Había perdido a su esposa y a sus seis hijos en el campo de concentración de Auschwitz, muertos en la cámara de gas, y ahora resultaba que su segunda esposa era estéril. Le insinué que la vida no puede tener como finalidad única la procreación, porque entonces la vida en sí misma carecería de sentido, y lo que en sí mismo es insensato es imposible que se convierta en sensato por el mero hecho de su perpetuación. Ahora bien, el rabino enjuició y examinó esta argumentación a la luz de su ortodoxia judía, y expresó su desesperanza por carecer de un hijo que, a la hora de la muerte, le rezara la *Kaddish*.²³

Pero no me di por vencido. Hice un último intento por ayudarle y le pregunté si no esperaba ver a sus hijos de nuevo en el Cie-

²³ La oración que los judíos rezan a los muertos.

lo. Me contestó entre sollozos y lágrimas, y en ese instante afloró la verdadera causa de su desesperación: me explicó que sus hijos, al morir como mártires inocentes,²⁴ ocuparían en el cielo los más altos lugares, mientras él, viejo pecador, ni soñaba con alcanzar esos puestos. No le contradije, pero repliqué:

«¿Y no cabe suponer, rabino, que usted sobreviviera a sus hijos precisamente para tener la oportunidad de purificarse a través de estos años de sufrimiento, para hacerse merecedor de reunirse con ellos en el Cielo, aunque no atesore su misma inocencia? ¿No está escrito en los Salmos que Dios guarda todas nuestras lágrimas?²⁵ Tal vez ninguno de sus sufrimientos haya sido en vano.» Por primera vez en muchos años, con este nuevo punto de vista que le ofrecí para contemplar la situación, el rabino encontró alivio para su sufrimiento.

LA TRANSITORIEDAD DE LA VIDA

Los hechos que parecen robarle el sentido a la vida incluyen no sólo el sufrimiento o la angustia, sino también la muerte. Jamás me cansaré de repetir que el único aspecto verdaderamente transitorio de la vida es lo que en ella hay de potencial. Ahora bien, lo potencial, al actualizarse, se convierte en realidad, se hace real. Todo lo real se guarda y se archiva en el pasado, de donde se le rescata y se le preserva de la transitoriedad. Pues nada del pasado está irremediablemente perdido: todo se almacena en él irrevocablemente.

De lo dicho se desprende que la transitoriedad de nuestra existencia en modo alguno la vuelve carente de sentido; por el contrario, espolea nuestra responsabilidad si comprendemos que las posibilidades son esencialmente transitorias. Es decir, de las múltiples posibilidades presentes en cada instante, es el hombre quien condena a algunas a no ser y rescata a otras para el ser. ¿De esas diversas posibilidades, cuál se convertirá, por la elección del hombre, en

²⁴ Murieron únicamente por la santificación del nombre de Dios.

²⁵ «Tienes cuenta de mi vida errante, pon mis lágrimas en tu redoma. ¿No están escritas en tu libro?» (Sal 56,9).

una acción imperecedera, en una «huella inmortal en la arena del tiempo»? En todo momento el hombre debe decidir, para bien o para mal, cuál será el monumento de su existencia.

Con frecuencia el hombre se fija únicamente en la rastrojera de lo transitorio y pasa por alto el fruto ya granado del pasado, pues en el pasado quedan cincelados los valores, y sus gozos y sufrimientos. De ahí, del pasado, el hombre es capaz de rescatar sus acciones. Nada puede deshacerse y nada puede volverse a hacer. Yo afirmaré que *haber sido* es la forma más segura de ser.

La logoterapia, consciente de la esencial transitoriedad de la existencia humana, no es pesimista sino activista. Podríamos explicarlo de la siguiente forma: el pesimista se parece a un hombre que día a día arranca la correspondiente hoja del almanaque y observa, con miedo y tristeza, cómo se reduce según transcurre el tiempo. La persona activa igualmente arranca las hojas día a día, pero toma la precaución de archivarla junto a las otras y de anotar unas cuantas notas al dorso. De esa manera recoge y refleja, con orgullo y goce, el arsenal de valores atesorados en esas notas, unas notas escritas a lo largo de una vida vivida intensamente. ¿Qué le importa comprobar que va envejeciendo? ¿Tiene alguna razón para envidiar a los jóvenes, o para sentir nostalgia por la lozanía perdida? ¿Por qué ha de envidiar a la gente joven? ¿Por el esplendoroso horizonte de sus posibilidades, por el futuro que les espera? «No, gracias –se dirá–; en vez de posibilidades por hacer yo cuento con las realidades de mi pasado: mis trabajos, los amores sentidos y regalados, y los sufrimientos asumidos valientemente. De esos sufrimientos es de lo que me siento más orgulloso, aunque quizá no susciten envidia.»

LA LOGOTERAPIA COMO TÉCNICA

Resulta imposible calmar un miedo realista, como el temor a la muerte, por medio de una interpretación psicodinámica; tampoco se puede curar un temor neurótico –la agorafobia, por ejemplo– por el simple conocimiento filosófico. La logoterapia ha desarrollado una técnica para tratar este tipo de casos. Para comprender la técnica se

precisa primeramente entender los mecanismos que accionan a las personas neuróticas. Comencemos por la ansiedad anticipatoria. Lo típico y característico de este temor es provocar en el paciente precisamente aquello que teme. Por ejemplo: una persona teme sonrojarse al entrar en una gran sala abarrotada de gente; sin la menor duda se ruborizará al entrar en esa sala. En este contexto, podríamos extrapolar el siguiente aforismo: «el deseo es el padre del pensamiento», y afirmar «el miedo es la madre del suceso».

Aunque suene a irónico, igual que el miedo provoca lo que uno teme, la intención excesiva paraliza la consecución de aquello que se desea con todas las fuerzas. Esta intención excesiva –«hiperintención», como yo la denomino– se observa especialmente en los casos de neurosis sexuales. Cuanto más se empeña un hombre en demostrar su potencia sexual, o una mujer en su capacidad para sentir un orgasmo, menos posibilidades tienen de éxito. El placer es, y así debe seguir, un efecto o producto secundario, y se destruye o se malogra si se pretende convertir en un fin en sí mismo.

Además de la intención excesiva, como acabamos de describir, también la atención excesiva –«hiperreflexión», en la terminología de la logoterapia– puede resultar patógena (es decir, causar enfermedades). Con el siguiente informe ilustraré lo que quiero decir. Una joven acudió a mi consulta a causa de su frigidez. Su padre había abusado de ella en su niñez. Sin embargo, la historia clínica evidenció que esa traumática experiencia no desencadenó su neurosis sexual. La paciente leyó varios trabajos de divulgación sobre el psicoanálisis, y de ellos dedujo que necesariamente esa traumática experiencia infantil le acarrearía nefastas consecuencias en el futuro. Durante años vivió con esa expectativa temerosa ante lo sexual. Esta ansiedad anticipatoria se resolvía, tanto en una excesiva intencionalidad para confirmar su feminidad, como en una excesiva atención en sí misma y no en su compañero. Esa tensión resultaba suficiente para privarla del placer sexual, ya que para la paciente el orgasmo era un objeto tanto de atención como de intención, en vez de un efecto no buscado de la entrega a su pareja. Tras unas pocas sesiones de logoterapia, la atención e intención excesivas de la paciente acerca de su capacidad para experimentar el orgasmo se hicieron «de-reflexivas» –así introducimos otro término de la logoterapia. Cuando recodificó su

atención enfocándola hacia el objeto apropiado –el compañero–, el orgasmo se produjo espontáneamente.²⁶

La logoterapia fundamenta su técnica denominada «intención paradójica» en un doble principio: por un lado, el miedo provoca precisamente aquello que se teme; por otra parte, la hiperintención estorba la realización del efecto que se desea.²⁷ Por la intención paradójica se invita al paciente fóbico a realizar precisamente lo que teme, al menos por un momento o por una vez.

Recuerdo otro caso. Un joven médico me consultó sobre su temor a transpirar. Siempre que temía empezar a transpirar, la ansiedad anticipatoria era suficiente para precipitar una sudoración. Para cortar este proceso tautológico, aconsejé al paciente que si ocurría la sudoración, decidiera deliberadamente mostrar a la gente cuánto era capaz de sudar. Una semana después me informó de que había conseguido, al encontrarse frente a personas que antes desencadenaban su ansiedad anticipatoria, decirse para sus adentros: «Hasta ahora sólo sudaba un cuarto de litro, pero ahora voy a sudar por lo menos diez». En una sola sesión de logoterapia, y en el tiempo de una semana, se libró de una fobia sufrida durante años.

El lector advertirá que este procedimiento consiste en invertir la actitud del paciente: su temor se ve reemplazado por un deseo paradójico. Por medio de este tratamiento, el viento se aleja de las velas de la ansiedad.

Ahora bien, este procedimiento debe aprovechar la capacidad específicamente humana de distanciarse de sí mismo; esa capacidad básica de distanciarse de sí mismo es un efecto inherente al sentido del humor y se actualiza siempre que se aplica la técnica logoterapia.

²⁶ Para tratar los casos de impotencia sexual, la logoterapia desarrolló una técnica fundamentada en la teoría de la «hiperintención» y la «hiperreflexión», como describí con detalle en otra obra (Viktor E. Frankl, «The Pleasure Principle and Sexual Neurosis», *The International Journal of Sexology*, vol. 5, n.º. 3, 1952, pp. 128-130). Por supuesto, en esta breve presentación de los principios de la logoterapia no hay espacio para explicarla con detalle.

²⁷ Lo describí por primera vez en alemán en 1939 (Viktor E. Frankl, «Zur medikamentösen Unterstützung der Psychotherapie bei Neurosen», *Schweizer Archiv für Neurologie und Psychiatrie*, 43, pp. 26-31).

terapéutica denominada «intención paradójica». Al mismo tiempo se capacita al paciente para situarse a una cierta distancia de su propia neurosis. Gordon W. Allport escribió:²⁸ «El neurótico que aprende a reírse de sí mismo puede estar en el camino de gobernarse a sí mismo, tal vez de curarse». La intención paradójica es la constatación empírica y la aplicación clínica de esa afirmación de Allport.

Unos cuantos casos más quizás ayuden a explicar mejor este método. Señalaré la historia de un paciente tratado por varios doctores en distintas clínicas sin obtener ningún avance terapéutico. Cuando me visitó se encontraba al límite de la desesperación, casi al borde del suicidio. Era contable y durante años padeció el calambre de los escribientes, en esos momentos corría grave riesgo de perder su empleo por la frecuencia y la intensidad de las crisis. La situación aconsejaba una terapia breve e inmediata, casi una curación repentina. Para iniciar el tratamiento, mi ayudante recomendó al paciente hacer precisamente lo contrario de lo que venía haciendo; es decir, en vez de tratar de escribir con la mayor claridad y pulcritud, intentar garabatear lo más posible. Se le aconsejó repetirse interiormente: «Bueno, ahora voy a demostrarle a todo el mundo lo buen chupatintas que soy». Al intentar garabatear deliberadamente, le resultó del todo imposible. «Intenté hacer garabatos, pero no pude, así de sencillo», nos contó al día siguiente. En cuarenta y ocho horas remitió el dolor del calambre del escribiente y así continuó en el período de observación después del tratamiento. Hoy es un hombre feliz y trabaja a pleno rendimiento.

Un colega del Departamento de Laringología del Hospital Policlínico de Viena me contó un caso parecido, pero referente al habla. Era una de las historias clínicas más severas de tartamudeo de sus muchos años de práctica médica. El paciente no recordaba ninguna situación en la que se sintiera libre de su tartamudeo, a excepción de una ocasión. Sucedió a los doce años, un día que se coló en el autobús urbano. Cuando el conductor lo descubrió, se le ocurrió la estratagema de ganarse su simpatía, para salvarse de la corres-

²⁸ *The Individual and His Religion*, The MacMillan Co., Nueva York, 1956, p. 92.

pondiente sanción, presentándose como un pobre muchacho tartamudo. En ese preciso instante, al intentar tartamudear a posta, fue incapaz de hacerlo. Sin darse cuenta, puso en práctica la intención paradójica, aunque sin propósitos terapéuticos.

La anterior relación de historias clínicas podría inducir a pensar que la intención paradójica sólo es eficaz en los casos monosintomáticos. No resultaría correcta esa apreciación. Por medio de esta técnica logoterapéutica mi equipo del Hospital Policlínico de Viena consiguió curar incluso neurosis obsesivo-compulsivas en los grados más graves y pertinaces. Me referiré, por ejemplo, a una mujer de sesenta y cinco años con una persistente y severa obsesión por la limpieza desde los cinco. Era un caso tan grave que yo llegué a plantearme practicarle una lobotomía como único procedimiento para la curación. No obstante, mi ayudante comenzó el tratamiento logoterapéutico con la técnica de la intención paradójica. A los dos meses la paciente consiguió adaptarse a una vida normal. Antes de ser admitida en la clínica nos confesó: «La vida es un infierno para mí». Disminuida por su compulsión y por su obsesión bacteriofóbica, vivía sin levantarse de la cama al sentirse incapaz de realizar ninguna tarea doméstica. No sería exacto afirmar que hoy está completamente libre de sus síntomas, pues en cualquier momento puede ser presa de alguna obsesión, pero sí se siente capaz de «reirse de ella», según sus propias palabras; es decir, capaz de autoaplicarse la intención paradójica.

La intención paradójica también se aplica en los casos de trastorno del sueño. El temor al insomnio²⁹ produce una hiperintención por quedarse dormido que, a su vez, incapacita al paciente para lograrlo. Para superar ese miedo suelo aconsejar al paciente que se resista a dormir e intente permanecer despierto. En otras palabras, la hiperintención de quedarse dormido, nacida de la ansiedad anticipatoria de no conseguirlo, debe reemplazarse por la intención paradójica de no quedarse dormido, a la que seguramente seguirá en breve el sueño.

²⁹ El miedo a no dormir es debido, en la mayoría de los casos, a la ignorancia del paciente de que el organismo se concede a sí mismo y *por sí mismo* la cantidad de sueño mínima que realmente necesita.

La intención paradójica no es una panacea, pero sí un instrumento útil en el tratamiento de las situaciones obsesivas, compulsivas y fóbicas, especialmente cuando subyace la ansiedad anticipatoria. Además, constituye una estrategia terapéutica de efectos a corto plazo; y de una terapia a corto plazo no deben concluirse sólo efectos terapéuticos temporales. Una de las «ilusiones más comunes de la ortodoxia freudiana –escribía el desaparecido Emil A. Gutheil–³⁰ es que la durabilidad de los resultados se corresponde con la duración de la terapia». En mis archivos consta el informe de un paciente a quien se aplicó la intención paradójica hace más de veinte años y aún permanecen sus efectos terapéuticos.

Otro hecho que debe considerarse es la efectividad de la intención paradójica con independencia de la etiología del caso en cuestión. Lo cual confirma los planteamientos de Edith Weisskopf-Joelson:³¹ «Aunque la terapia tradicional ha insistido en que las prácticas terapéuticas deben fundamentarse en las bases etiológicas, es muy posible que determinados factores puedan ser causa de neurosis durante la niñez temprana, y que factores totalmente diferentes puedan curar esas neurosis en la edad adulta».

Con frecuencia comprobamos cómo lo que se presenta bajo la apariencia de una causa de neurosis (los complejos, los conflictos y los traumas), no son en realidad causas de la neurosis sino síntomas de la misma. El arrecife que se hace visible con la marea baja no es la causa de la marea baja; por el contrario, es la marea baja la que descubre y hace visible el arrecife. Ahora bien, ¿qué es la *melancolía* sino una especie de marea baja anormal? ¿Y los sentimientos de culpa que surgen de manera típica en las «depresiones endógenas» –no confundirlas con las depresiones neuróticas– son la causa de esta modalidad especial de depresión? En realidad es justamente lo contrario, la marea baja emocional deja ver los sentimientos de culpa, los hace aparecer en la superficie consciente.

³⁰ *American Journal of Psychotherapy*, 10 (1956), p. 134.

³¹ «Some Comments on a Viennese School of Psychiatry», *The Journal of Abnormal and Social Psychology*, 51 (1955), pp. 701-703.

En cuanto a la verdadera causa de las neurosis, además de sus elementos constitutivos –sean de naturaleza psíquica o somática–, parece que los mecanismos retroactivos del tipo de la ansiedad anticipatoria constituyen un importante factor patógeno. Ante un concreto síntoma concurre una fobia; la fobia desencadena de nuevo el síntoma, y la aparición de éste refuerza la intensidad de la fobia. Una cadena similar de hechos se observa en los casos obsesivo-compulsivos, cuando el paciente lucha contra las ideas que le acosan.³² Esas ideas, con este proceder, aumentan la capacidad de acechar al paciente, puesto que la presión precipita una contrapresión. ¡De nuevo queda reforzado el síntoma! Contrariamente, si el paciente deja de enfrentarse contra sus obsesiones e intenta ridiculizarlas, procediendo con ironía –al aplicar la intención paradójica–, *se rompe el círculo vicioso*: el síntoma remite o se debilita, y finalmente se atrofia. Y si el paciente no se encuentra inmerso en un vacío existencial que suscite y provoque el síntoma, conseguirá, en primer lugar, ridiculizar su temor neurótico y, a continuación, logrará ignorarlo por completo.

Según lo expuesto con anterioridad, la ansiedad anticipatoria debe contraatacarse con la «intención paradójica»; la hiperintención y la hiperreflexión se combaten con la «de-reflexión», aunque ésta sólo es posible con un cambio de orientación del paciente hacia su vocación específica y su misión en la vida.³³

Jamás el ensimismamiento del neurótico por sí mismo, ya sea en forma de autocompasión o de desprecio, es capaz de romper el círculo vicioso. La clave de la curación se encuentra en la autotranscendencia, en la trascendencia de uno mismo.

³² Esto se debe a menudo al miedo del paciente a que sus obsesiones le induzcan a una futura psicosis, o a una psicosis ya efectiva; el paciente desconoce el hecho empírico de que una neurosis obsesivo-compulsiva le está inmunizando contra una psicosis formal, más que poniéndole en peligro de caer en ella.

³³ Esta idea se ve confirmada por las tesis de Allport, que en una ocasión dijo: «A medida que el foco del problema se reorienta hacia objetivos ajenos al yo del paciente, la vida en su totalidad se vuelve más plena de sentido incluso aunque la neurosis no desaparezca nunca del todo» (*op. cit.*, p. 95).

LA NEUROSIS COLECTIVA

Cada época tiene su propia neurosis colectiva. Y cada época precisa su propia psicoterapia para vencerla. El vacío existencial es la neurosis colectiva más frecuente en nuestro tiempo. Se describe como una forma privada y personal de nihilismo, y el nihilismo se define por la radical afirmación de la carencia de sentido del hombre. Por eso la psicoterapia nunca podrá recomponer esta situación social si no se mantiene a salvo del impacto y la influencia de las tendencias actuales de la filosofía nihilista. Si así sucediese, representaría un síntoma más de la neurosis colectiva, en vez de un recurso para su posible curación. La psicoterapia no sólo sería reflejo de una filosofía nihilista, sino que, además –involuntariamente–, transmitiría al paciente una caricatura del hombre, y no su verdadera imagen.

Existe un grave riesgo inherente a la enseñanza de la teoría de la «nada» del hombre; es decir, de afirmar que el hombre es el resultado de las condiciones biológicas, psicológicas y sociológicas; o dicho de otra forma, el producto de la herencia y del ambiente. Esta concepción del hombre lo convierte en un robot, no en un ser humano. El fatalismo neurótico se ve alimentado y fortalecido por una psicoterapia que niega al hombre su libertad.

Sin ninguna duda, el hombre es un ser finito y su libertad limitada. No se trata, pues, de librarse de los condicionantes (biológicos, psíquicos, sociológicos), sino de la libertad para adoptar una postura personal frente a esos condicionantes. Ya lo afirmé con claridad en cierta ocasión: «Como profesor de dos disciplinas, neurología y psiquiatría, soy plenamente consciente de en qué medida el hombre está sujeto a las condiciones biológicas, psicológicas y sociales. Pero además de profesor en estos dos campos soy superviviente de otros cuatro –de concentración, se entiende– y como tal quiero testimoniar el incalculable poder del hombre para desafiar y luchar contra las peores circunstancias que quepa imaginar».³⁴

³⁴ «*Value Dimensions in Teaching*», una película en color producida por Hollywood Animators Inc. para la California Junior College Association.

CRÍTICA AL PANDETERMINISMO

Al psicoanálisis se le critica con frecuencia su pansexualismo. Yo, por mi parte, dudo que tal reproche sea del todo legítimo. Sin embargo, considero que el psicoanálisis postula algo más equivocado y peligroso que el pansexualismo: eso que yo denominaría «pandeterminismo». Con esta expresión me refiero a la visión del hombre que niega su capacidad para asumir posturas personales frente a las circunstancias, con independencia de cuáles sean. El hombre no está absolutamente condicionado y determinado; al contrario, es él quien decide si cede ante determinadas circunstancias o si resiste frente a ellas. En otras palabras, el hombre, en última instancia, se determina a sí mismo. El hombre no se limita a existir, sino que decide cómo será su existencia, en qué se convertirá en el minuto siguiente.

Por la misma razón, todo ser humano posee la libertad para cambiar a cada instante. Podemos predecir el futuro de un hombre dentro del amplio marco de un estudio estadístico, pero su personalidad individual siempre resultará impredecible. La base de cualquier predicción conjugaría las condiciones biológicas, psicológicas o sociológicas. Sin embargo, es preciso recordar que uno de los rasgos principales de la existencia humana es, precisamente, su capacidad para elevarse por encima de esas condiciones y trascenderlas. Análogamente, y en último término, el hombre se trasciende a sí mismo: el ser humano es un ser autotrascendente.

Permítaseme citar el caso del Dr. J. Es el único hombre con el que me he cruzado en mi vida al que me atrevería a calificar como un ser diabólico, mefistofélico. En aquella época se le conocía con el sobrenombre del «asesino de masas de Steinhof», el gigantesco hospital psiquiátrico de Viena. Fue el encargado de poner en práctica el programa de eutanasia iniciado por los nazis; lo desempeñó con un fanatismo tal que hizo todo lo posible para que ni un solo psicótico escapara a la cámara de gas. Cuando regresé a Viena, después de la guerra, me interesé por la suerte del Dr. J. «Los rusos lo mantenían prisionero en una de las celdas de aislamiento de Steinhof», me informaron. «Pero al día siguiente la puerta de su celda apareció abierta y nunca se volvió a saber nada de él». Las circunstancias parecían indicar que, como a muchos otros,

sus camaradas le habrían ayudado a escapar y estaría camino de América del Sur.

Años después visitó mi consulta un antiguo diplomático austriaco, prisionero tras el telón de acero durante muchos años, primero en Siberia y después en la famosa prisión Lubianka de Moscú. Mientras cumplimentaba su examen neurológico, me preguntó, de pronto, si conocía al Dr. J. Tras mi respuesta afirmativa, continuó: «Yo coincidí con él en Lubianka. Murió allí de cáncer de próstata, a los cuarenta años. Pero antes de morir fue el mejor compañero, casi ejemplar. Consolaba a todo el mundo. Mantenía un comportamiento impecable. Era el mejor amigo que encontré en mis largos años de cautiverio».

Ésta es la historia del Dr. J., el «asesino de masas de Steinhof». ¡Cómo predecir el comportamiento de un hombre! Somos capaces de adivinar los movimientos de una máquina, o de un autómatas; más aún, incluso se puede intentar predecir los mecanismos o los «dinamismos» de la *psique* humana. Pero el hombre es algo más que *psique*.

Aparentemente, el pandeterminismo es una enfermedad infecciosa que los educadores nos han inoculado; exactamente igual sucede con muchos adeptos a las religiones, quienes no perciben que de ahí entresacan las bases más hondas de sus propias convicciones. Pues, o bien se reconoce la libertad decisoria del hombre a favor o en contra de Dios, a favor o en contra de los hombres, o toda religión es un espejismo y toda educación una ilusión. Ambas presuponen la libertad del hombre, en caso contrario partirían de un concepto erróneo.

Sin embargo, la libertad no es la última palabra. La libertad es una parte de la historia y la mitad de la verdad. La libertad es la cara negativa de cualquier fenómeno humano, cuya cara positiva es la responsabilidad. De hecho, la libertad se encuentra en peligro de degenerar en mera arbitrariedad salvo si se ejerce en términos de responsabilidad. Por eso *yo aconsejo que la estatua de la Libertad en la costa este de los Estados Unidos se complemente con la estatua de la Responsabilidad en la costa oeste.*

EL CREDO PSIQUIÁTRICO

No es concebible una situación que condicione al hombre de tal forma que le prive de la más mínima libertad. Por consiguiente, al neurótico y aun al psicótico les queda también un resquicio de libertad, aunque sea muy limitada. Todavía más, la psicosis no roza siquiera el núcleo íntimo de la personalidad del paciente. Recuerdo a un hombre de unos sesenta años, con alucinaciones auditivas desde hacía décadas. Era tomado por su entorno unánimemente como un idiota y a mí me pareció una personalidad absolutamente derrumbada. Y, sin embargo, ¡qué extraño encanto irradiaba aquel hombre! De niño quiso ser sacerdote, pero hubo de contentarse con la menuda alegría de cantar los domingos por la mañana en el coro de la iglesia. A la consulta le acompañaba su hermana; ella me informó de que, a veces, se excitaba en extremo, pero cuando estaba a punto de estallar siempre se dominaba en el último momento. Me interesó mucho la psicodinámica que acompañaba a este caso, pues sospeché una fuerte fijación del paciente con su hermana. Le pregunté cómo hacía para controlarse: «¿Por quién lo hace?». Tardó unos largos segundos en contestar: «Lo hago por Dios». En ese momento afloró lo más profundo de su personalidad y de ella brotó una auténtica vida religiosa, a pesar de la pobreza de su formación intelectual.

Un psicótico incurable quizá pierda la capacidad para resultar útil, pero conserva la dignidad del ser humano. Tal es mi credo psiquiátrico.³⁵ Sin esta convicción no merecería la pena ejercer de

³⁵ *Credo psiquiátrico*: «Realmente no existen enfermos “del espíritu”, y permanece allí, detrás de la psicosis, aun cuando la mirada del psiquiatra apenas lo pueda distinguir. Yo he calificado esto, alguna vez, como el credo psiquiátrico: esta fe en la continuidad de la persona espiritual aun detrás de los síntomas de la enfermedad psicótica; pues si no fuera así, decía yo, no tendría sentido para el médico curar el organismo psicofísico, “repararlo”» (*La voluntad de sentido*).

Credo psicoterapéutico: «La fe en esta capacidad del espíritu del hombre, bajo cualquier circunstancia y condición, de desapegarse de lo psicofísico y ubicarse a una distancia fecunda. Si no valiera la pena –de acuerdo con el primer credo, el psiquiátrico– “reparar” el organismo psicofísico, por no ser una persona íntegramente espiritual la que, a pesar de su enfermedad, espera recu-

psiquiatra. ¿A santo de qué? ¿Por consideración a una máquina cerebral dañada y sin posibilidad de repararla? Si el paciente no fuera algo más que eso, estaría plenamente justificada la eutanasia.

LA PSIQUIATRÍA REHUMANIZADA

Durante demasiado tiempo –medio siglo– la psiquiatría intentó interpretar la mente humana como un simple mecanismo y, en consecuencia, la terapia de la enfermedad mental como una mera técnica. En mi opinión ese sueño ha tocado a su fin. En los nuevos horizontes aparece una psiquiatría humanizada, frente a los rancios cuadros de una medicina psicologizada.

Si algunos médicos persisten en desempeñar su principal papel clínico únicamente como técnicos, han de reconocer que estudian a sus pacientes como máquinas, prescindiendo del ser humano que se esconde detrás de la enfermedad.

El ser humano no es un objeto más entre otros objetos; las *cosas* se determinan unas a otras, pero el *hombre*, en última instancia, es su propio determinante. Lo que alcance a ser –considerando el realismo de la limitación de sus capacidades y de su entorno– lo ha de construir por sí mismo. En los campos de concentración, en aquel laboratorio vivo, en aquel banco de pruebas, comprobamos y fuimos testigos de la actitud de nuestros camaradas: mientras unos actuaron como cerdos otros se comportaron como santos. El hombre goza de ambas potencialidades: de sus decisiones, y no tanto de las condiciones, según cuál de las dos pone en juego.

Nuestra generación es muy realista pues, después de todo, hemos llegado a conocer al hombre en estado puro: el hombre es ese ser capaz de inventar las cámaras de gas de Auschwitz, pero también es el ser que ha entrado en esas mismas cámaras con la cabeza erguida y el *Padrenuestro* o el *Shemá Israel* en los labios.

perarse, entonces nosotros –de acuerdo con el segundo credo– no estaríamos en condiciones de apelar a lo espiritual en el hombre para que ofrezca su poder de resistencia a lo psicofísico, pues no se daría el antagonismo noopsíquico» (*La voluntad de sentido*). (N. del E.)

OTRAS OBRAS DE VIKTOR FRANKL

Un listado completo de todas las obras de Viktor Frankl se encuentra en la página Web del Instituto Viktor Frankl, de Viena:
www.viktorfrankl.org.

OBRAS EN ALEMÁN

Ärztliche Seelsorge. Grundlagen der Logotherapie und Existenzanalyse.
Franz Deuticke, Viena, 1997.

Trotzdem ja zum Leben sagen. Ein Psychologe erlebt das Konzentrationslager. Kösel, Múnich, 2002; y dtv/Deutscher Taschenbuch Verlag, Múnich, 2003.

Die Psychotherapie in der Praxis. Eine kasuistische Einführung für Ärzte. Franz Deuticke, Viena, 1982; y Piper, Múnich, 1997.

Der unbewußte Gott. Psychotherapie und Religion. Kösel, Múnich 1994, y dtv/Deutscher Taschenbuch Verlag, Múnich, 2002.

Theorie und Therapie der Neurosen. Einführung in Logotherapie und Existenzanalyse. Uni-Taschenbücher 457, Ernst Reinhardt, Múnich/Basilea, 1999.

Psychotherapie für den Alltag. Rundfunkvorträge über Seelenheilkunde. Herder, Friburgo de Brisgovia, 1998.

Der Wille zum Sinn. Ausgewählte Vorträge über Logotherapie. Hans Huber, Berna/Estocardá/Viena, 1997.

- Der leidende Mensch. Anthropologische Grundlagen der Psychotherapie.* Hans Huber, Berna, 1998.
- Das Leiden am sinnlosen Leben. Psychotherapie für heute.* Herder, Friburgo de Brigovia, 2003.
- Der Mensch vor der Frage nach dem Sinn. Eine Auswahl aus dem Gesamtwerk.* Prólogo de Konrad Lorenz. Serie Piper 289, Múnich, 2003.
- Die Sinnfrage in der Psychotherapie.* Prólogo de Franz Kreuzer. Serie Piper 214, Múnich, 1997.
- Logotherapie und Existenzanalyse. Texte aus sechs Jahrzehnten.* Psychologie Verlags Union, Weinheim, 1998; y Beltz Taschenbuch, Weinheim, 2003.
- Was nicht in meinen Büchern steht. Lebenserinnerungen.* Psychologie Verlags Union, Weinheim, 2002.
- Zeiten der Entscheidung.* Editado por Elisabeth Lukas. Herder, Friburgo de Brigovia, 1998.
- Bergerlebnis und Sinnerfahrung.* (Con imágenes de Christian Handl.) Tyrolia, Innsbruck/Viena, 2002.

OBRAS EN INGLÉS

- Man's Search for Meaning. An Introduction to Logotherapy.* Beacon Press, Boston, 2000.
- The Will to Meaning: Foundations and Applications of Logotherapy.* Nueva York y Cleveland, The World Publishing Company, 1969; edición de bolsillo: New American Library, Nueva York, 1989.
- The Unheard Cry for Meaning. Psychotherapy and Humanism.* Simon & Schuster, Nueva York; y Hodder & Stoughton, Londres, 1988.
- Viktor Frankl – Recollections. An Autobiography.* Insight Books, Perseus Books Publishing, Nueva York, 1997; edición de bolsillo: Perseus Book Group, Nueva York, 2000.
- Man's Search for Ultimate Meaning.* (Una edición revisada y ampliada de *The Unconscious God*, con un prólogo de Swanee Hunt.) Perseus Book Publishing, Nueva York, 1997; edición de bolsillo: Perseus Book Group, Nueva York, 2000.

OBRAS EN ESPAÑOL

- La idea psicológica del hombre.* Ediciones Rialp, Madrid, ²2003.
- La presencia ignorada de Dios. Psicoterapia y religión.* Herder Editorial, Barcelona, ¹¹2002.
- Ante el vacío existencial. Hacia una humanización de la psicoterapia.* Herder Editorial, Barcelona, ⁹2003.
- Psicoterapia y humanismo. ¿Tiene un sentido la vida?* Fondo de Cultura Económica, México/Madrid/Buenos Aires, 1983.
- La psicoterapia al alcance de todos. Conferencias radiofónicas sobre terapéutica psíquica.* Herder Editorial, Barcelona, ⁷2003.
- El hombre doliente. Fundamentos antropológicos de la psicoterapia.* Herder Editorial, Barcelona, ⁵2003.
- La voluntad de sentido. Conferencias escogidas sobre logoterapia.* Herder Editorial, Barcelona, ³1994.
- Logoterapia y análisis existencial. Textos de cinco décadas.* Herder Editorial, Barcelona, ³2003.
- La psicoterapia y la dignidad de la existencia.* Editorial Almagesto, Buenos Aires, 1991.
- Teoría y terapia de las neurosis. Iniciación a la logoterapia y al análisis existencial.* Herder Editorial, Barcelona, ²2001.
- Lo que no está escrito en mis libros – Memorias* San Pablo, Buenos Aires, 1997.
- El hombre en busca de sentido último.* Paidós Ibérica, Barcelona, ³2002.
- Psicoterapia y existencialismo. Escritos selectos sobre logoterapia.* Herder Editorial, Barcelona, ²2003.
- En el principio era el sentido.* Con Franz Kreuzer. Paidós Argentina, Buenos Aires y Paidós Ibérica, Barcelona, 2001.

